



salesianos
SANTIAGO EL MAYOR

Delegación
de Formación

FORUM.COM

Caminos

por recorrer



– papeles de formación continua –

Abrimos
CAMINOS

Nº 195 - 24 de septiembre de 2022

ÍNDICE

<u>Este número</u>	3
Caminos por recorrer	
<u>Retiro</u>	4
Vivir y trabajar juntos	
<u>Formación</u>	13
Jesús no impone nunca	
<u>Comunicación</u>	20
El desafío de la revolución digital a la Iglesia	
<u>Carisma</u>	29
¿Quién es Artemides Zatti?	
<u>Pastoral</u>	36
Raíz, raíces, tronco y ramas	
<u>La Solana</u>	44
En la vejez seguirá dando fruto	
<u>Educación</u>	47
La Teología para la vida entra en el aula	
<u>Por tu Palabra</u>	56
El comentario de textos bíblicos	
<u>El Anaquel</u>	61
Tres enredos espirituales de hoy	
<u>Historias de probada juventud</u>	71
Abrimos caminos	

forum.com – papeles de formación continua

Revista fundada en 2000 – Tercera época
Delegación Inspectorial de Formación “Santiago el Mayor”

Delegado de Formación: Juan José Bartolomé
Dirección: Mateo González [forum@salesianos.es]
Jefe de redacción: José Luis Guzón
Depósito Legal: LE 1436-2002 – ISSN: 1695-3681

ESTE NÚMERO

Camino por recorrer

El lema pastoral de este curso es “Abrimos caminos” y va a estar muy presente en las portadas de este forum.com y los de los próximos meses ya que esta propuesta formativa aspira a expandir nuestros horizontes y ayudarnos a comprender la sociedad en la que estamos. En estos últimos meses de Año Jubilar Compostelano ‘añadido’ el camino se ha convertido para muchos peregrinos en una experiencia existencial.

Así lo señala la bendición de los peregrinos que se hace en Roncesvalles, en el tradicional inicio español del camino francés cuando se pide al Señor que sea para los caminantes “compañero en la marcha, guía en las encrucijadas, aliento en el cansancio, defensa en los peligros, albergue en el camino, sombra en el calor, luz en la oscuridad, consuelo en sus desalientos y firmeza en sus propósitos para que, por tu guía, lleguen incólumes al término de su camino y, enriquecidos de gracias y virtudes, vuelvan ilesos a sus casas, llenos de saludable y perenne alegría”. Esto mismo pedimos para nuestro camino personal en el que la formación pueda ayudarnos a trazar nuevas metas que alcanzar por caminos más certeros. Y aquí te ofrecemos una selección de artículos sin necesidad de navegar por otros caminos más farragosos.

Finalmente, al comienzo de este nuevo curso, te recuerdo que tienes a tu disposición nuestro correo electrónico: forum@salesianos.es. Tu aportación, comentario, sugerencia o queja servirá para que el equipo de este subsidio pueda seguir introduciendo mejoras en este curso en el que nos encaminamos al número 200 de esta humilde publicación que tiene ya 22 años de andadura.

¡Buena lectura! ¡Buen curso!

* *Mateo González Alonso*



Vivir y trabajar juntos

Fernando García, SDB

1. Oración inicial

- D.:** En el nombre del Padre...
- D.:** Señor Jesús, Camino, Verdad y Vida,
tú nos has enviado para ser testigos de tu Resurrección
en medio de los jóvenes con nuestra vida resucitada.
- T.:** Aquí estamos, conscientes de la gracia de ser tus apóstoles,
sin saber, a ciencia cierta, a dónde nos llevará el compromiso
que asumimos al aceptar seguir tus caminos.
Pero sabiendo que eres Tú quien nos conduces.
Tu vida nos apasiona, tu entrega nos convence:
Tú eres nuestro Camino, nuestra Verdad, nuestra Vida.
Sabemos que te estás revelando siempre;
en cada sonrisa, en cada lágrima, nuestras y de los nuestros.
Haz que tengamos el coraje de mirarte en cada rostro humano.
Haz que te busquemos no sólo en lo bueno,
sino también en lo que hiere o desgasta.
Que no deje de herirnos la realidad de nuestros jóvenes.
Que no nos acostumbremos a tu ausencia en el mundo que habitan.
Que no nos quedemos quietos, de brazos cruzados y corazón frío.
Abrenos los ojos, para tener la osadía de ver más allá de las
apariencias,
y reconocerte crucificado en aquellos que sufren el azote de la
pobreza, el paro, el desamparo, el olvido, el rechazo...
Abrenos los oídos para escuchar tu latido, tu gemido,
tu grito clamando hermandad a nuestro alrededor.
A ti el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amén

2. Breve presentación en vídeo del tema

Enlace: https://youtu.be/I45HCm_IngQ
Duración: 9 min, 16 s

3. Lectura meditada de la carta nº 7 del Sr. Inspector

Introducción

La prisa y la rutina son dos serios inconvenientes para quien busca aprender de lo que vive. Una, nos hace pasar de una cosa a la otra sin que las experiencias reposen en nuestro interior, la otra, adormece la capacidad de asombro y de admiración y con ello, de ilusionarnos ante lo que pasa a nuestro alrededor.

El silencio y la contemplación nos ayudan, en cambio, a interiorizar lo que nos sucede desde las claves desde las que vivimos. Por eso, he buscado en este mes de julio, *retirarme a un lugar apartado*, para contemplar el curso que termina y el que muy pronto vamos a iniciar.

Un año en el que hemos celebrado un Capítulo Inspectorial que un hermano me definió cuando nos despedíamos, como un momento de comunión y como una experiencia salesiana que le había dado impulso y entusiasmo vocacional.

Las ideas que comparto con vosotros en esta carta nacen de haber visitado todas nuestras comunidades y se las pude expresar en persona a los directores cuando, en el mes de junio, hacía balance con ellos de mis impresiones tras finalizar este segundo año de servicio a la inspectoría. Antes de entrar en cada uno de los tres puntos que desarrollo, os indico **dos claves de lectura** que me parecen indispensables para que esta carta pueda tener incidencia en la vida de quien la lee.

La primera es **acercarnos a su contenido con una mirada creyente**. Podríamos pensar que no puede ser de otra manera para unos religiosos, pero es cierto que las frases que se dicen, no siempre tienen una repercusión que se manifiesta en nuestra vida. Una mirada creyente supone interpretar los acontecimientos que se viven con la mirada, el corazón y las actitudes de Jesús. Una mirada creyente que nace de la contemplación y por ello es incompatible con la prisa. Que interpela a la conversión y por tanto no puede hacer las paces con la rutina.

La segunda es **imitar esa cualidad de Don Bosco del sentido de lo concreto**, que tanto ensalzó el papa Francisco en su discurso en Valdocco con ocasión del bicentenario. Tener la capacidad de transformar los grandes ideales en propuestas muy concretas y por tanto realizables. Así fue para Don Bosco y así tiene que seguir siendo para nosotros para que lo que vivimos, hablamos, compartimos se traduzca en detalles concretos que cambian nuestra vida con esa pedagogía preventiva que forma parte de nuestro carisma.

Con esta mirada creyente y con este reto de ser capaces de concretar en nuestra situación vital, lo que Dios nos puede estar pidiendo, os invito a leer cuanto sigue.

Para la interiorización

El Sr. Inspector nos anima a mirar nuestra realidad inspectorial con una mirada creyente y el sentido de lo concreto propio de don Bosco.

- ¿Contemplo la realidad actual, sabiendo interpretar los acontecimientos que se viven con la mirada, el corazón y las actitudes de Jesús? Pido a Jesús que me enseñe a mirar mi mundo como Él lo ve y amarlos como Él lo quiere.

- ¿Tengo, como don Bosco, ese **sentido de lo concreto capaz de transformar los grandes ideales en propuestas realizables**, en detalles preventivos que cambian nuestra forma de vivir? Pido a don Bosco que me ayude a ser padre y guardián de los jóvenes.

Vivir y trabajar juntos es para nosotros Salesianos, exigencia fundamental y camino seguro para realizar nuestra vocación (C 49).

La situación que viven nuestras comunidades es muy distinta a la que fue hace unas décadas. No somos un grupo de jóvenes y adultos que se reparten toda la tarea que hay que realizar en una casa para que así el trabajo esté bien hecho. Vivir y trabajar juntos, en comunidades que rondan los setenta años de media de edad, no puede interpretarse como un reparto de cargos de quienes viven juntos para realizar una tarea. Precisamente por eso, la vida y el trabajo en común, puede adquirir hoy un significado más profundo cuando se pasa de una visión pragmática centrada en lo organizativo, a una forma de vivir que pertenece a la esencia de la vida religiosa.

Nuestras 48 comunidades, como compartí con vosotros en el informe sobre el estado de la inspección, viven un ambiente tranquilo y sereno, en el que los elementos fundamentales de nuestra vida consagrada se cuidan tanto a nivel personal como comunitario. Desde esta afirmación de partida considero que hay algunos elementos que debemos tener en consideración para que nuestro *vivir y trabajar juntos* sea cada vez más auténtico, visible y creíble.

No podemos conformarnos con habitar bajo el mismo techo, en una casa con un buen ambiente en el que no hay problemas significativos. Vivir es mucho más que eso. La vida se comparte con el otro cuando se sale de uno mismo y se pasa de hablar de lo que se hace a compartir lo que se siente. Cuando somos capaces de salir de esas corazas generadas a lo largo de los años y que, en ocasiones, nos han producido un estilo de vida comunitario que respeta lo formal, pero se hace compatible con sentirse independiente y en ocasiones emocionalmente solo¹.

Vivir juntos requiere generar espacios en la comunidad para la convivencia, el encuentro, la oración y la comunicación entre nosotros. En este tiempo, en el que tocamos con la mano la vulnerabilidad física provocada por la edad, la enfermedad o las situaciones vitales de hermanos con los que vivimos, necesitamos más que nunca que esa Vida abundante que Jesús nos prometió, se exprese con actitudes y experiencias concretas donde se vive el amor, el perdón, la acogida, la escucha, la compasión y la preocupación fraterna de los unos para con los otros. Esa es la vida que queremos compartir juntos, la prometida por Jesús, no solo el ciclo biológico de nuestra existencia.

El trabajo para una comunidad no es el mero reparto y la organización de las tareas de una casa. Como hemos recordado este año, junto a la templanza, es uno de los diamantes que brillan en la parte frontal del manto que manifiesta la visibilidad de la identidad querida por Don Bosco para cada salesiano a lo largo de su vida. Trabajo es entrega a las personas y a la misión, hasta el último aliento, procurando hacer bien todas las cosas con sencillez y mesura. Es aceptar las exigencias de cada día y las renunciaciones de la vida apostólica aceptando el calor y el frío, la sed y el hambre, el cansancio y el desprecio siempre que se trate de la gloria de Dios y de la salvación de las almas².

Un testimonio así, se puede dar con grandeza de espíritu, hasta en los momentos de menor actividad y de mayor fragilidad física. Lo he podido comprobar al contemplar la

¹ CG27, 42.

² C. 18.

vida de algunos hermanos nuestros. Así está llamado a vivir cada salesiano en comunidad, dando testimonio de una alternativa de vida que interpela en una sociedad instalada en la comodidad, en la exigencia, en el capricho, y en la queja permanente.

La misión en cada una de nuestras casas ha sido confiada a una comunidad educativo pastoral, en cuyo núcleo se encuentra una comunidad religiosa. En cada casa estamos llamados a pensar cómo puede cada uno, desde sus posibilidades, cualidades y situación vital, contribuir con realismo y generosidad a esa misión confiada. Considero que este es el modo de convertir en operativa la llamada del Rector Mayor a vivir el sacramento salesiano de la presencia.

En el inicio del evangelio de Lucas, personas de diferentes estratos sociales le preguntan explícitamente a Juan el Bautista, después de escuchar su predicación: ¿Qué tenemos que hacer? (Lc 3,10.12.14). Con la misma concreción, cada salesiano y cada comunidad, podemos preguntarnos qué hacer, para llevar a la práctica esta invitación a vivir la presencia entre los jóvenes y educadores, como un sacramento salesiano; esta llamada a vivir y trabajar juntos, reforzando los vínculos de nuestra vida fraterna para que se haga realidad lo que proclaman nuestras Constituciones: *Por eso nos reunimos en comunidades en las que nos amamos hasta compartirlo todo en espíritu de familia y construimos la comunión de las personas*³.

Para la interiorización

*En la vida cotidiana de nuestras comunidades reina un ambiente tranquilo y sereno, ocasión de oro para hacer más **auténtico, visible y creíble** nuestro vivir y trabajar juntos.*

- ¿**Qué más podríamos hacer juntos** para que nuestra comunidad se convierta en el ‘hogar’ donde se comparten vivencias y sentimientos, se destierra la soledad afectiva y se atienden y sanan flaquezas evidentes en algún hermano?
- ¿Cómo convertir **nuestra comunidad** en ese “*hospital de campaña*” en el que, con actitudes y experiencias concretas, se vive el amor, el perdón, la acogida, la escucha, la compasión y la preocupación fraterna de los unos para con los otros?

Sumergido en el mundo y las preocupaciones de la vida pastoral el Salesiano aprende a encontrar a Dios en aquellos a quienes es enviado (C. 95)

Este artículo, que se sitúa al final de la segunda parte de nuestras Constituciones, me mueve a invitaros a reflexionar sobre nuestra propia vida espiritual y nuestra condición de hombres de oración: «*Al descubrir los frutos del Espíritu en la vida de los hombres, especialmente de los jóvenes, el Salesiano da gracias por todo; al compartir sus problemas y sufrimientos, invoca para ellos la luz y la fuerza de su presencia. Se nutre de la caridad del Buen Pastor, cuyo testigo quiere ser y participa en las riquezas espirituales que le ofrece su comunidad*»⁴.

En la línea de lo que aquí se expresa he reflexionado muchas veces sobre el último capítulo de la *Evangelii Gaudium*, en el que papa Francisco nos invita a ser

³ C. 49.

⁴ C. 95.

evangelizadores con Espíritu: «Evangelizadores con Espíritu quiere decir evangelizadores que oran y trabajan. Desde el punto de vista de la evangelización, no sirven ni las propuestas místicas sin un fuerte compromiso social y misionero, ni los discursos y praxis sociales o pastorales sin una espiritualidad que transforme la acción. ¡Cómo quisiera encontrar las palabras para alentar una etapa evangelizadora más fervorosa, alegre, generosa, audaz, llena de amor hasta el fin y de vida contagiosa!»⁵.

Alegres, generosos, audaces, satisfechos de lo que hacemos y vivimos. Así tenemos que ser nosotros, porque sin una vida espiritual rica, que impregne la acción y la haga deseable, ésta por sí sola, no llenará nuestra vida. Sin un encuentro personal con Jesús y un diálogo con él en la oración, nuestra vida perderá la capacidad de interpelar a la de las personas a las que somos enviados y paulatinamente nuestra oración podrá volverse cada vez más rutinaria y mecánica.

Juanito Bosco aprendió de Don Calosso a *gustar de la vida espiritual*. Cuenta en las Memorias del Oratorio que desde entonces dejó de actuar como una máquina que repite fórmulas de sin pensar. Este recuerdo que nos dejó escrito es toda una indicación pedagógica para quienes somos sus hijos. Este gusto por la vida espiritual hizo posible en Don Bosco su actividad incansable y llevó a quienes vivieron con él, a decir que vivía como si viera al invisible.

En tiempos de sequía espiritual, donde la tendencia de la vida nos lleva a estar en tantas situaciones donde Dios no es para nada evidente, cada salesiano y cada comunidad, sin dejar de estar sumergidos en el mundo, tenemos que enriquecer constantemente nuestra vida espiritual. Estamos llamados a ser evangelizadores con Espíritu, a *vivir la experiencia de la paternidad de Dios y a reavivar la dimensión divina de nuestra actividad*: «Sin mí, no podéis hacer nada»⁶.

Por eso os estoy invitando a reflexionar sobre nuestra condición de hombres de oración. Una oración que conecte con la vida y se nutra de ella, como el lugar en el que descubrir a Dios. Una oración que nos ayude a tener los sentimientos de Jesús para volver una y otra vez a la vida cotidiana e interpretar lo bueno y lo malo que hay en ella, con la mirada y con el corazón de Jesús y no con otros criterios.

Don Bosco no quiso para nosotros grandes prácticas de piedad, como las de las Congregaciones al uso en su tiempo, pero nos quiso profundos y por eso nuestra tradición nos ha insistido en momentos y detalles para cultivar la vida espiritual que no podemos perder: Las visitas breves y frecuentes al sagrario para compartir la vida con el Señor, el sacramento de la Eucaristía y de la Reconciliación, el rosario personal como expresión de amor a la Virgen, la meditación cotidiana para llegar a ser, como Don Bosco, contemplativos en la acción.

De entre estos momentos hay uno que quisiera recordar en esta carta y al que se hace referencia en el artículo 91 de nuestras Constituciones: «*Nuestra voluntad de conversión se renueva en el retiro mensual y en los ejercicios espirituales de cada año. Son tiempos de recuperación espiritual que Don Bosco consideraba como la parte fundamental y la síntesis de todas las prácticas de piedad*».

Son palabras importantes que deben interpelarnos. Estos años de pandemia nos han complicado muchos hábitos de nuestra vida y concretamente, el ritmo normal de la realización de los ejercicios espirituales, se ha visto condicionado en no pocos casos. Mirando hacia el nuevo curso quisiera expresar mi convicción de que por muchas cosas que haya que hacer a lo largo del año, necesitamos reservarnos con calidad este *tiempo de recuperación*, aprovechando el abanico de lugares, momentos y personas que puedan

⁵ EG, 261-262.

⁶ C. 12.

ayudarnos a reunirnos de diferentes comunidades para vivir juntos esta especial experiencia espiritual.

Cuidemos nuestra oración personal y comunitaria para cuidar nuestra vida, cuidemos las formas como nos ha exhortado recientemente el papa en su carta apostólica sobre la formación litúrgica del pueblo de Dios⁷. Cuidemos los signos, el ambiente, la estética de la liturgia, para que así nos ayudemos en comunidad a rezar. Cuidemos la calidad y la riqueza de nuestra vida espiritual porque *solo podremos formar comunidades que rezan si personalmente somos hombres de oración*⁸.

Para la interiorización

La misión nació – y renace – en el seguimiento de Jesús. Sin un encuentro personal con Jesús y un diálogo con él en la oración, nuestra vida pierde la capacidad de interpelar a la de las personas a las que somos enviados; y paulatinamente nuestra oración tiende a volverse cada vez más rutinaria y mecánica.

- ¿Advierto que es frecuente en mi - y en mi comunidad – **un vivir tan inmerso en lo que está pasando que no deja espacio a Dios en mi vida diaria**? O, al contrario, ¿llevo una vida personal de oración que me conecta con la vida y se nutre de ella, y hace de **mi misión concreta la “zarza ardiente” de mi encuentro con Dios**?
- ¿Puedo afirmar que **mi vida de oración me ayuda a tener los sentimientos de Jesús** para volver una y otra vez a la vida cotidiana e interpretar lo bueno y lo malo que hay en ella, con la mirada y con el corazón de Jesús y no con otros criterios?
- ¿Sigo cultivando mi vida espiritual con esas **prácticas tradicionales salesianas** que don Bosco tanto recomendaba: las visitas breves y frecuentes al sagrario para compartir la vida con el Señor, el sacramento de la Eucaristía y de la Reconciliación, el rosario personal como expresión de amor a la Virgen, la meditación cotidiana...

La casa salesiana se convierte en familia cuando el afecto es correspondido y todos, hermanos y jóvenes, se sienten acogidos y responsables del bien común (C16)

Esta frase de nuestras Constituciones me permite introducir el último punto que quiero compartir con vosotros. El espíritu de familia es una categoría carismática que refleja un ideal, un estilo de relaciones, un ambiente que construir y cuidar en el día a día, teniendo como referencia la experiencia histórica, pedagógica y espiritual que vivió Don Bosco.

Durante este curso he recordado en la visita inspectorial, la exhortación que el papa Francisco nos hacía a todos los religiosos con ocasión del año de la vida consagrada a ser «*expertos en comunión*»⁹. Tal vez, en este momento, ese sea el aprendizaje y una de las aportaciones más importantes, que cada salesiano tiene que realizar en la casa que habita.

⁷ Aconsejo que con la mirada puesta en nuestra propia vivencia personal y en nuestra condición de educadores de los jóvenes leamos la carta apostólica *Desiderio desideravi*, del 29 de junio de 2022.

⁸ C. 93.

⁹ Carta del papa Francisco con ocasión del año de la Vida Consagrada, 21 de noviembre de 2014.

La comunión comienza en la propia comunidad y se extiende más allá de las relaciones interpersonales que se establecen en el seno de la comunidad religiosa. Cada casa tiene diferentes ambientes que deben caminar juntos con los espacios de coordinación y participación que nos hemos dado. El Consejo de la CEP cumple esta misión de ser un espacio de reflexión y comunión entre los salesianos y seculares que tienen tareas específicas de impulsar los ambientes de una casa

¿Cómo nos situamos cada uno, ante esta realidad rica y en ocasiones compleja de las estructuras educativas y pastorales de nuestra casa? Pienso que la respuesta la tenemos en la indicación que nos hizo el Papa: *Me situó como un experto en comunión.*

Eso significa que, aunque no esté en los lugares de decisión de los ambientes de la casa, aunque no tenga tareas específicas relevantes que realizar en ellos, no me coloco desde fuera en la casa que habito, sino que conozco a las personas y me encuentro con ellas como lo haría Don Bosco.

Eso significa que recibo con interés las informaciones de la casa de la que me siento participe y confío y apoyo a las personas que asumen responsabilidades específicas en el desarrollo de nuestro Proyecto Educativo Pastoral.

Eso significa que evito esas actitudes que conducen a la queja, al desencanto, a la crítica. Así lo expresó Don Bosco a los socios salesianos, en el texto que tenemos recogido en el apéndice de nuestras Constituciones: «*Renunciemos al egoísmo individual; por consiguiente, jamás busquemos nuestro propio beneficio personal, sino trabajemos con gran celo por el bien común de la Congregación. Debemos amarnos, ayudarnos con el consejo y la oración, promover el honor de nuestros hermanos, no como propiedad de uno solo, sino como esencial y rica herencia de todos¹⁰».*

Ser expertos en comunión nos evoca las orientaciones prácticas que Don Bosco nos dejó en la Carta de Roma, para que la familiaridad genere afecto, el afecto confianza y el que quiere ser amado demuestre con gestos concretos que ama a los demás, teniendo como modelo a Jesús: ¡He aquí el maestro de la familiaridad!

Por eso, en estos años en los que en la mayor parte de nuestras presencias aún conservamos una comunidad salesiana situada en el núcleo animador de la casa, considero esencial que cada salesiano reflexionemos sobre cuáles son los modos adecuados a nuestro alcance, para ser en la casa una memoria viva de Don Bosco.

En efecto, nosotros estamos llamados a reflejar con nuestras actitudes y nuestra vida cotidiana la memoria de una historia, de una pedagogía y de una espiritualidad. Este testimonio puede incidir en los educadores que llegan a nuestras casas más que muchas lecturas o charlas formativas. Hacer de la comunidad salesiana un lugar de formación en el Sistema Preventivo, en la tradición e identidad carismática, supone un reto que toca tanto la forma de vida de nuestras comunidades, como la búsqueda de espacios y momentos adecuados para poder llevarlo a cabo.

Pienso que ésta es, a corto plazo, una de las tareas más importantes que tenemos que realizar en relación a nuestros educadores. La convivencia cotidiana es un espacio de formación en la identidad carismática, que no puede ser suplido por la participación en ningún plan inspectorial. Todas estas iniciativas que a lo largo de estos años se han desarrollado en los diversos ambientes pastorales son importantísimas y la participación de educadores de todas nuestras casas es estratégico, pero no será suficiente si a nivel local, en el día a día, con intervenciones pedagógicas y estructuradas, no se ve acompañado por una comunidad local en la que los salesianos podemos aportar mucho

¹⁰ *Regole o Costituzioni della Società Salesiana di san Francesco di Sales.* Turín 1885, en el anexo I de las Constituciones y Reglamentos de los Salesianos de Don Bosco.

desde nuestra experiencia vital de la historia, pedagogía y espiritualidad que Don Bosco nos dejó como legado.

Para la interiorización

Nos advierte el Sr. Inspector que tal vez, en este momento ser «expertos en comunión»¹¹, “sea el aprendizaje y una de las aportaciones más importantes, que cada salesiano tiene que realizar en la casa que habita”.

- **¿Me sitúo dentro de la comunidad educativa y pastoral a la que anima mi comunidad como agente y experto en comunión?** Aunque no esté en los lugares de decisión, ni tenga tareas específicas que realizar, ¿conozco a las personas implicadas, las frecuento y colaboro con ellas en lo que pueda?
- **¿Me interesa estar informado de las decisiones que se toman en los órganos de dirección de la obra, me siento corresponsable y apoyo a las personas que asumen responsabilidades específicas en el desarrollo de nuestro Proyecto Educativo Pastoral?**
- **Que aún conservemos en la inspectoría una comunidad salesiana situada en el núcleo animador de la obra, es una gran oportunidad** para ser, en cada comunidad, “memoria viva de Don Bosco”, de su historia, pedagogía y espiritualidad. **¿Soy consciente de que tal es el reto que afrontamos:** hacer de la comunidad salesiana una escuela de formación carismática que toca tanto la forma de vida de nuestras comunidades, como la búsqueda de espacios y momentos adecuados para poder llevarlo a cabo?

Conclusión

En mi intervención final del Capítulo Inspectorial quise agradecer la oportunidad que nos habíamos dado de regalarnos unos días para estar juntos, para escucharnos, dialogar y así buscar como inspectoría, lo que Dios nos está pidiendo. Estamos en un tiempo en el que no valen los genericismos¹² y necesitamos concretar y llevar a la práctica las ideas que en ese importante foro habíamos expresado.

Cierto que las palabras que pronunciamos resuenan de forma diferente según los contextos que cada uno habita, pero no lo es menos, que todos estamos en camino, sabiendo que el tiempo es superior al espacio y haciendo posibles procesos que nos ayuden a ser los Salesianos que Don Bosco quiso.

Tenemos el reto de encontrar los modos adecuados para ser o ayudar a otros a ser, esos educadores y evangelizadores con corazón salesiano. Por ello, en este contexto rico de intervenciones educativas y pastorales que hay en nuestra inspectoría, he querido en esta carta, dirigida a los Salesianos de Don Bosco, pararme a reflexionar sobre nuestra vida fraterna, nuestra aportación a la misión, nuestra vida espiritual y nuestro lugar en la Casa como testigos de una herencia y un carisma recibido.

No hay razón para que alguien piense que esta invitación no es para él. El reto vocacional nos interpela y nos invita a una revisión de vida para ser fecundos con el testimonio de nuestra vida. Con esta invitación termino, porque la fe se suscita por medio de

¹¹ Carta del papa Francisco del 21 de noviembre de 2014 con ocasión del año de la Vida Consagrada.

¹² CG27, 56.

testimonios creíbles de vida y para nosotros salesianos, ese testimonio al que estamos llamados, se expresa en una rica vida espiritual, una presencia y cercanía con las personas, una entrega generosa a la misión:

«En un clima de mutua confianza y de perdón diario, se siente la necesidad y la alegría de compartirlo todo, y las relaciones se regulan no tanto recurriendo a la ley, cuanto por el movimiento del corazón y de la fe. Un testimonio así suscita en los jóvenes el deseo de conocer y seguir la vocación salesiana¹³».

4. Oración final

D.: *Dios Padre,*
T.: *Te confesamos como origen de nuestra Congregación
y fuente del carisma salesiano;
concédenos contemplar el mundo de hoy,
en especial el mundo de los jóvenes, con tus ojos y bajo tu luz.
Podremos así identificar lo que estás esperando de nosotros:
que los acompañemos, con la fuerza de tu Espíritu,
en sus penas y alegrías llevándolos hacia ti.
María, Madre de la Iglesia y Auxiliadora de los cristianos,
te creemos “presente entre nosotros...,
nos confiamos a ti... para ser entre los jóvenes,
testigos del amor inagotable” (C. 8) de tu Hijo, Jesucristo, nuestro Señor,
que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.*

D.: *Don Bosco, Padre y maestro,*
T.: *te pedimos que todos nosotros, los salesianos, tus hijos,
y todos los miembros de la Familia Salesiana logremos tener
tus ojos,
para no contemplar otra cosa que a los jóvenes del mundo;
tu corazón,
para amarlos como tú has sabido amarlos y así hacerlos sentir amados;
tu mente,
llena de fantasía apostólica para responder a sus necesidades y expectativas;
tus manos,
para hacer realidad tus sueños con nuestro trabajo;
tus pies,
para ir hacia ellos allí donde se encuentren.
Y junto a ellos nos reencontremos un día contigo y con Dios.
Amén*

¹³ C. 16.

FORMACIÓN

“Jesús no impone nunca” *Amoris Laetitia*, discernimiento y madurez cristiana¹⁴

Pietro Schiavone¹⁵

«Es importante observar —escribe Bartolomé, patriarca ecuménico de Constantinopla— que *Amoris laetitia* recuerda ante todo y sobre todo la misericordia y la compasión de Dios, y no solamente las normas morales y las reglas canónicas de los hombres»¹⁶.

Este es el tema al cual ha regresado el papa Francisco una y otra vez desde el comienzo de su pontificado. En un discurso pronunciado en 2016, con la ocasión de la apertura del encuentro eclesial de la diócesis de Roma¹⁷, el Papa afirmó que «mirar a nuestras familias con la delicadeza con la que las mira Dios nos ayuda a poner nuestra conciencia en su misma dirección», y agregó que «poner el acento en la misericordia nos sitúa ante la realidad de modo realista, pero no con un realismo cualquiera, sino con el realismo de Dios», y que es necesario renunciar «a los “recintos” “que nos permiten mantenernos a distancia del nudo de la tormenta humana, para que aceptemos de verdad entrar en contacto con la existencia concreta de los otros y conozcamos la fuerza de la ternura”», para concluir diciendo: «Esto nos impone desarrollar una pastoral familiar capaz de acoger, acompañar, discernir e integrar».

Son verbos que el Papa ha relanzado en respuesta a la pregunta: «¿Cómo evitar que en nuestras comunidades surja una doble moral, una exigente y una permisiva, una rigorista y una laxista?». Después de haber precisado que «ambas no son la verdad», afirma Francisco: «El Evangelio elige otro camino. Por esto, aquellas cuatro palabras —acoger, acompañar, integrar, discernir— sin meter la nariz en la vida moral de la gente».

Se trata, pues, de discernir e integrar tomando en consideración los condicionamientos y las circunstancias. También porque, como leemos en *Amoris laetitia* (AL), «la Iglesia posee una sólida reflexión acerca de los condicionamientos y circunstancias atenuantes» (AL 301). Discernir e integrar no para tener bajo tutela, sino para ayudar a darse cuenta

¹⁴ Artículo publicado en la edición española de “La civiltà cattolica” (julio 2022).

¹⁵ Es un sacerdote jesuita, actual vicerrector de la Iglesia del Gesù, en Roma. Ha publicado numerosos escritos, entre los que destacan: “Discernere la volontà di Dio” (Paoline 2018) y “Sant'Annibale Maria di Francia maestro di discernimento” (Rogate 2017).

¹⁶ Bartolomé, «La compassione del Dio vivente», *L'Osservatore Romano*, 3 de diciembre de 2016.

¹⁷ Francisco, «La alegría del amor: el camino de las familias en Roma», Basílica de San Juan de Letrán, 16 de junio de 2016.

de la realidad en la que se vive y, a partir de la vida, «discernir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, lo que agrada, lo perfecto» (Rom 12,2).

Son indicaciones que observamos como una guía¹⁸, junto con una afirmación relacionada con los bautizados divorciados y vueltos a casar por lo civil: «La lógica de la integración es la clave de su acompañamiento pastoral» (AL 299).

«Prestar atención a la realidad concreta»

Al comienzo del capítulo segundo de *Amoris laetitia*, titulado «Realidad y desafíos de las familias», encontramos una afirmación de importancia fundamental. Citando la exhortación apostólica *Familiaris consortio* (FC), de san Juan Pablo II, en su n.º 4, escribe el Papa: «Es sano prestar atención a la realidad concreta, porque “las exigencias y llamadas del Espíritu Santo resuenan también en los acontecimientos mismos de la historia” a través de los cuales “la Iglesia puede ser guiada a una comprensión más profunda del inagotable misterio del matrimonio y de la familia”» (AL 31).

Esta misma enseñanza había sido impartida ya en los números 4 y 11 de *Gaudium et spes* (GS). El primero habla del «deber permanente de escrutar a fondo los signos de los tiempos e interpretarlos a la luz del Evangelio, de forma que, de manera acomodada a cada generación, [la Iglesia] pueda responder a los perennes interrogantes de los hombres sobre el sentido de la vida presente y futura y sobre la relación mutua entre ambas», y reafirma el deber de «conocer y comprender el mundo en el que vivimos, sus expectativas, sus aspiraciones» (GS 4).

No menos luminoso es el segundo texto: «El Pueblo de Dios, movido por la fe, por la cual cree que es guiado por el Espíritu del Señor, que llena el orbe de la tierra, procura discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos que comparte con sus contemporáneos cuáles son los signos verdaderos de la presencia o del designio de Dios. Pues la fe ilumina todo con una luz nueva y manifiesta el plan divino sobre la vocación integral del hombre, y por ello dirige la mente hacia soluciones plenamente humanas» (GS 11).

Son afirmaciones que dan fundamento a la necesidad de tener en cuenta a las personas, los tiempos, los lugares y otras circunstancias, precisamente porque el Espíritu está presente y opera en los acontecimientos de la historia.

De lo dicho se sigue el deber de prestar atención a la realidad —que, de una u otra manera, nos implica— a fin de identificar, mediante el discernimiento, los requerimientos y llamamientos del Espíritu.

Lo señala una vez más el papa Bergoglio cuando cita la *Relatio finalis* de 2015 en su n.º 51 (que, a su vez, cita FC 84): «Frente a situaciones difíciles y familias heridas, siempre es necesario recordar un principio general: “Los pastores, por amor a la verdad, están obligados a discernir bien las situaciones”» (AL 79).

Esto es así, entre otras cosas, porque, como indica Francisco inmediatamente después, siempre con la *Relatio finalis*, «el grado de responsabilidad no es igual en todos los casos, y puede haber factores que limitan la capacidad de decisión. Por lo tanto, al mismo tiempo que la doctrina se expresa con claridad, hay que evitar los juicios que no toman

¹⁸ Para la versión integral de este estudio véase P. M. Schiavone, «“Amoris laetitia” e santa discrezione. Una “chance” per conseguire “maturità cristiana”», *Ignaziana* 22 (2016), pp. 248-262, cf. <http://www.ignaziana.org/indice.html>.

en cuenta la complejidad de las diversas situaciones, y hay que estar atentos al modo en que las personas viven y sufren a causa de su condición» (ibíd.)¹⁹.

Se ha de considerar, además, que el Papa menciona (AL 296-300) una «innumerable diversidad de situaciones concretas». De ahí se sigue que ni el Sínodo ni esta exhortación puedan ofrecer «una nueva normativa general de tipo canónico, aplicable a todos los casos. Solo cabe un nuevo aliento a un responsable discernimiento personal y pastoral de los casos particulares, que debería reconocer que, puesto que “el grado de responsabilidad no es igual en todos los casos”, las consecuencias o efectos de una norma no necesariamente deben ser siempre las mismas» (AL 300)²⁰. También por este motivo, «los Padres sinodales han expresado que el discernimiento de los pastores siempre debe hacerse “distinguiendo adecuadamente”, con una mirada que “discierna bien las situaciones”. Sabemos que no existen “recetas sencillas”» (AL 298)²¹.

La invitación a dirigir la atención hacia la realidad concreta imprime el ritmo de la exhortación de principio a fin. Baste pensar que el término «situación» aparece no menos de noventa veces, que se habla de «circunstancias» cerca de quince, y que el sustantivo «condicionamiento» con el verbo «condicionar» se repite nueve veces²².

En cuanto a las situaciones en particular es oportuno recordar que, después de haber deplorado que, a veces, «hemos presentado un ideal teológico del matrimonio demasiado abstracto, casi artificiosamente construido, lejano de la situación concreta y de las posibilidades efectivas de las familias reales» (AL 36), el Papa constata que «nos cuesta dejar espacio a la conciencia de los fieles, que muchas veces responden lo mejor posible al Evangelio en medio de sus límites y pueden desarrollar su propio discernimiento ante situaciones donde se rompen todos los esquemas» (AL 37), y concluye: «Estamos llamados a formar las conciencias, pero no a pretender sustituirlas» (ibíd.)²³. De ahí se sigue la necesidad de apuntar hacia una «pastoral positiva, acogedora, que posibilita una profundización gradual de las exigencias del Evangelio» (AL 38), y ello a imitación de Jesús, que, «al mismo tiempo que proponía un ideal exigente, nunca perdía la cercanía compasiva con los frágiles, como la samaritana o la mujer adúltera» (ibíd.). Desde luego, debe quedar siempre firme que «los presbíteros tienen la tarea de “acompañar a las personas interesadas en el camino del discernimiento de acuerdo a la enseñanza de la Iglesia y las orientaciones del Obispo”» (AL 300).

Discreción y voluntad de Dios

Lo arriba expuesto implica la atenta valoración de la realidad concreta, es decir, de los elementos de orden tanto objetivo como subjetivo que pueden contribuir a sintonizarnos con la voluntad divina.

¹⁹ «No podemos olvidar que cada uno lleva consigo el peso de la propia historia, que lo distingue de cualquier otra persona. Nuestra vida, con sus alegrías y dolores, es algo único e irrepetible, que se desenvuelve bajo la mirada misericordiosa de Dios. Esto exige, sobre todo de parte del sacerdote, un discernimiento espiritual atento, profundo y prudente para que cada uno, sin excluir a nadie, sin importar la situación que viva, pueda sentirse acogido concretamente por Dios» (Francisco, carta apostólica *Misericordia et misera*, n.º 14).

²⁰ El texto coloca en este punto una nota, numerada como 336: «Tampoco en lo referente a la disciplina sacramental, puesto que el discernimiento puede reconocer que en una situación particular no hay culpa grave».

²¹ Benedicto XVI, *Diálogo con el Papa en la fiesta de los testimonios*, VII Encuentro Mundial de las Familias en Milán (2 de junio de 2012).

²² Señalamos en particular AL 302 porque recuerda los n.ºs 1735 y 2352 del *Catecismo de la Iglesia Católica* (CEC). Para ulteriores precisiones véase P. M. Schiavone, «“Amoris laetitia” e santa discrezione...», op. cit., pp. 252-254.

²³ Esto no implica en absoluto una manumisión, ni menos aún una desvalorización de la doctrina católica. Cf. AL 35.

Pero ¿cómo se llega a reconocerla a partir de tales elementos? ¿Cómo se pasa a la acción in Domino? Estas son las preguntas que plantea la discreción²⁴.

San Pablo, después de haber exhortado en Ef 5,8-17 a actuar «como hijos de la luz», enseña que «toda bondad, justicia y verdad son fruto de la luz»; invita: «Fijaos bien cómo andáis; no seáis insensatos (*ásofoi*), sino sensatos (*sofói*)», y concluye: «no estéis aturdidos (*áfrones*), daos cuenta de lo que el Señor quiere» (Ef 5,8-10.15-17).

Ayudar a actuar no como *áfrones*, sino como atentos buscadores de la voluntad de Dios, es una de las tareas de los presbíteros. Lo leemos en el decreto *Presbyterorum Ordinis* (PO), del Vaticano II: «Por eso corresponde a los sacerdotes, en cuanto educadores en la fe, procurar personalmente o por medio de otros²⁵ que cada uno de los fieles sea llevado en el Espíritu Santo a cultivar su propia vocación según el Evangelio, a la caridad sincera y activa, y a la libertad con que Cristo nos liberó» (PO 6,2). Y sin medias tintas agrega: «Las ceremonias pueden ser hermosas y las asociaciones florecientes, pero de poco valdrían si no están en función de educar a los hombres para alcanzar la madurez cristiana» (ibíd.).

Pero ¿en qué consiste esta madurez? La inequívoca respuesta es: «Para que progresen en ella, los presbíteros les ayudarán para que puedan descubrir en los acontecimientos mismos, grandes o pequeñas, cuáles son las exigencias de la realidad, cuál es la voluntad de Dios (*quid res exigant, quae sit Dei voluntas*)» (ibíd.). Este *quid res exigant* (res es la realidad concreta) resuena en el n.º 31 de *Amoris laetitia*, incluyendo las situaciones, las circunstancias y los condicionamientos. Que no se escape, pues, la cercanía entre *quid res exigant* y *quae sit Dei voluntas*. Pero veamos cómo proceder al contemplar las enseñanzas de san Ignacio de Loyola.

Un método para realizar esta «lectura»

Pongamos de inmediato en claro que, para Ignacio, la discreción es un don del Espíritu: el que tiene un cargo de responsabilidad —leemos en las *Constituciones* de la Compañía de Jesús (C)²⁶—, antes de tomar una decisión debe prestar atención a «las personas, lugares y tiempos y otras circunstancias, con la discreción que la Luz eterna le diere» (C 746). Leemos, asimismo: «La caridad y discreción del Espíritu Sancto mostrará el modo que se debe tener» (C 209). «La caridad y la discreción» son dos virtudes que deben coexistir. Es el sentido de la fórmula *discreta caritas* (cf. C 208, 237, 269, 582, etc.)²⁷: «Una caridad llena de discernimiento y de discreción, un discernimiento y una elección inspirada y orientada por el amor, un amor que opera el discernimiento y proviene del Espíritu del amor»²⁸. Viene a la mente la oración de Pablo «Que vuestro amor siga creciendo más y más en penetración y en sensibilidad para apreciar los valores» (Flp 1,9-10).

Para crecer en conocimiento y llegar a un pleno discernimiento vale la pena insistir en la necesidad de que «se proceda con mucha consideración y peso [ponderación] en el Señor nuestro» (C 204), teniendo en cuenta «las ocurrencias [circunstancias] varias y diversidad de los sujetos» (C 367; cf. 64) y, más en concreto, «la edad, ingenio, inclinación, principios que un particular tuviese o del bien común que se sperase» (C

²⁴ Cf. P. M. Schiavone, *Il discernimento. Teoria e prassi*, Milán, Paoline, 2016, pp. 548-564.

²⁵ En primer lugar, a través de los diáconos y de aquellos que han sido llamados a vivir una vida de especial consagración: los lectores y los catequistas.

²⁶ Cf. «Constituciones de la Compañía de Jesús», en San Ignacio de Loyola, *Obras*. Edición manual, (ed. de Iparraguirre S.I., C. de Dalmases S.I. y M. Ruiz Jurado S.I.), Madrid, BAC, 1997, pp. 179-306.

²⁷ En C 754 se habla de «prudente caridad». A la «discreta caridad» se opone la «caridad indiscreta» (C 2017). En C 182 se habla de «indiscretas devociones». En C 211, 462 y 825 aparecen, respectivamente, las fórmulas «discreto celo», «discreta consideración» (cf. C 193) y «discreta y moderadamente».

²⁸ Comentario de Maurizio Costa en Ignazio di Loyola, s., *Gli Scritti*, Roma, AdP, 2007, p. 680, nota 168.

354; cf. 92), el «talento» (C 522) y también el «cuerpo» (C 298, 301), la «medida y proporción de lo que cada uno puede llevar, como la discreción dictará» (C 285), la «disposición de las personas» a aceptar o rechazar una corrección o una penitencia, junto a «la edificación universal y particular dellas a gloria divina» (C 269); más aún, para «mayor servicio y alabanza» (C 618) y «bien universal mayor» (C 623) (cf. C 626)²⁹.

Así pues, se trata de tener presente a la persona «real» (talentos y carismas, capacidades intelectivas y volitivas, hábitos y condicionamientos, temperamento y carácter, etc.), y también la situación ambiental (tradiciones, costumbres, mentalidades, exigencias de la gente del lugar, etc.), y la incidencia, ya sea positiva o negativa, que una decisión puede acarrear para las personas, la familia, el grupo, y para los otros en general. No hay que olvidar que la adaptación a los individuos debe considerarse como principio constitutivo de la discreción y como cualidad que no puede no caracterizar a un educador en la fe. Recuérdense las palabras de Jesús a los discípulos a propósito de su revelación: «No podéis cargar con ellas por ahora» (Jn 16,12) y el principio de los *Ejercicios espirituales* (EE)³⁰ según el cual corresponde adecuarse a «la disposición de las personas que quieren tomar ejercicios espirituales», es decir, teniendo en cuenta su «edad, letras o ingenio [...] porque no se den a quien es rudo o de poca complissión cosas que no pueda descansadamente llevar y aprovecharse con ellas» (EE 18,1-2). Quien así no obrara, se convertiría *ipso facto* en «indiscreto».

Damos por descontado que, antes de comenzar a buscar la voluntad de Dios, es preciso cultivar la libertad interior «desnudándose de toda aflicción» y tener «ante los ojos la mayor gloria divina y bien común y el particular en quanto se puede» (C 222); se debe pedir luz al Señor y recurrir al consejo de otros. Más aún: los responsables, «quanto más dificultad y duda tuvieren, más encomendarán la cosa a Dios nuestro Señor, y más la comunicarán con otros, que puedan en esto ayudar a sentir la voluntad divina» (C 211); o, mejor, para «que Dios nuestro Señor enseñe en este caso su santísima voluntad» (C 220).

Por último, ponderarán «las razones a una parte y a otra» (C 222) y adoptarán las decisiones consecuentes. De forma aún más incisiva se dice que quien está llamado a gobernar «provea en todo lo que sintiere, ponderadas todas cosas, ser más agradable a la divina y summa Bondad y mayor servicio y gloria suya» (C 437).

La expresión «en todo lo que sintiere [...] ser más agradable a la divina y summa Bondad» es el equivalente al *in Domino* que encontramos con mucha frecuencia en las *Constituciones*. Este se refiere a la persona que, en atención y docilidad al Espíritu, recuerda, examina y valora, reflexiona y ora, decide y actúa. De este examen ahondado debería emerger el juicio de la discreción habiendo considerado todo, en conciencia, es decir, con conciencia y convicción, sienta en la presencia de Dios (*in Domino*) que debo adoptar esta (y no otra) decisión para mayor gloria de la Santísima Trinidad y para el bien integral de todas y cada una de las personas involucradas.

De todos modos, no hay que pensar que se cuenta con una varita mágica. «Frente a los valores contrastantes que nos atraen de todas partes —escribió Peter-Hans Kolvenbach, exprepósito general de los jesuitas— no es fácil hoy tomar decisiones libres. Es raro que las motivaciones de una elección estén todas de un lado. Hay siempre pros y contras. El discernimiento en este punto se hace fundamental y consiste en conocer los datos de hecho, reflexionar, hacer el discernimiento de los motivos que nos impulsan, examinar los valores y las prioridades, considerar el impacto que una decisión podrá tener sobre los pobres, decidir y vivir nuestras opciones»³¹.

²⁹ La indicación de tener en cuenta las diferentes circunstancias aparece en otros pasajes y para otras materias. Cf. *ibíd.*, p. 681, nota 170.

³⁰ Cf. «Ejercicios espirituales», en San Ignacio de Loyola, *Obras*. Edición manual, op. cit., pp. 179-306.

³¹ P.-H. Kolvenbach, «Pedagogia ignaziana: un approccio pratico», *Appunti di Spiritualità* 36, Nápoles, CIS, 1994.

«El alimento sólido es para perfectos»

En la exhortación apostólica *Amoris laetitia* los términos «discernimiento» y «discernir» aparecen en total cerca de cuarenta veces. De hecho, en particular están llamados a discernir³² los pastores, es decir, los obispos y los presbíteros, la Iglesia local, los cónyuges y los fieles. Y ello, evidentemente, dando por descontada la necesaria preparación y, como escribiera el autor de la carta a los Hebreos (cf. *Heb 5,12-14*), la adecuada experiencia.

En cuanto a los pastores, cabe señalar que el confesor no es un «aplicador de la norma», sino «un pastor y un padre implicado de forma personal en el bien del penitente y en su camino cristiano». Y que «hoy la actitud indicada por *Amoris laetitia* exige que el confesor asuma más responsabilidad personal en la adecuada valoración del penitente y de las personas involucradas en su actuar, con corazón misericordioso y con intención terapéutica. Su papel es, por cierto, más exigente. Pero hay que decir que se hace también más significativo, más rico y ministerialmente más pleno»³³.

Por lo que respecta a los fieles y a los cónyuges, téngase presente que ya san Juan Pablo II había escrito que la Iglesia «no lleva a cabo el propio discernimiento evangélico únicamente por medio de los Pastores [...], sino también por medio de los seglares»; y que «para hacer un auténtico discernimiento evangélico en las diversas situaciones y culturas en que el hombre y la mujer viven su matrimonio y su vida familiar, los esposos y padres cristianos pueden y deben ofrecer su propia e insustituible contribución» (FC 5).

El autor de la carta a los Hebreos, después de haber observado que los destinatarios de sus palabras deberían «ser ya maestros, por razón del tiempo», constata, dirigiéndose a ellos: «seguís necesitando que alguien os vuelva a enseñar los primeros rudimentos de los oráculos divinos; y estáis necesitados de leche y no de alimento sólido» (*Heb 5,12*). El hagiógrafo señala después que «quien vive de leche, desconoce la doctrina de la justicia, pues todavía es un niño»; y concluye con una afirmación que debería invitar a todos (en particular a los presbíteros) a proceder a un examen de conciencia personal: «El alimento sólido es para perfectos, que con la práctica y el entrenamiento de los sentidos saben distinguir el bien del mal» (*Heb 5,13-14*).

Recordemos con Josep Maria Rovira Belloso³⁴ que «el discernimiento prudencial aparece como una actividad inalienable del hombre consciente y libre, capaz de enfrentarse lúcidamente con todos los factores que juegan en una situación real determinada». Esto significa haber superado «la etapa de los puros instintos» y tener buenos motivos para comprender que «discernir es una actividad reflexiva propia del espíritu del hombre», que «todo hombre está llamado a ser responsable ante los problemas que atañen a él y a su mundo» y que, «en la medida de esta responsabilidad, el hombre debe discernir la respuesta más adecuada —en la línea de la verdad, la justicia y el amor— a los problemas de su propio ser y entorno».

Téngase también en cuenta el principio indicado por la Conferencia Episcopal Italiana en su *Catecismo de adultos*: «La responsabilidad personal de cada uno es proporcional a su capacidad actual de apreciar y querer el bien en una situación caracterizada por múltiples condicionamientos psíquicos, culturales y sociales. Tender a la plenitud de la vida cristiana no significa hacer lo que abstractamente es más perfecto, sino lo que concretamente es posible. No se trata de rebajar la montaña, sino de caminar hacia la

³² Recuérdese que la exhortación está dirigida a los obispos, a los presbíteros y a los diáconos, a las personas consagradas, a los esposos cristianos y a todos los fieles laicos.

³³ B. Petrà, «“Amoris laetitia”. Un passo avanti nella Tradizione», *Il Regno* 8 (2016), p. 251.

³⁴ J. M.^a Rovira Belloso, «¿Quién es capaz de discernir?», *Concilium. Revista Internacional de Teología* 139 (1978), pp. 597-608: 599.

cima con el propio paso» (n.o 919). Pero siempre en el pleno respeto de la «conciencia de las personas» (AL 303). Por eso es necesario «alentar la maduración de una conciencia iluminada, formada y acompañada por el discernimiento responsable y serio del pastor, y proponer una confianza cada vez mayor en la gracia», entre otras cosas porque el discernimiento «es dinámico y debe permanecer siempre abierto a nuevas etapas de crecimiento y a nuevas decisiones que permitan realizar el ideal de manera más plena» (ibíd.).

Por último, es oportuno recordar otra enseñanza del Papa: «Jesús no impone nunca, Jesús es humilde, Jesús invita. Si quieres, ven. La humildad de Jesús es así. Él invita siempre, no impone. Todo esto nos hace pensar. Nos dice, por ejemplo, la importancia que, también para Jesús, tuvo la conciencia: escuchar en su corazón la voz del Padre y seguirla»³⁵.

En el mismo texto subraya después el Papa que «Jesús nos quiere libres», y pregunta: «¿Y esta libertad dónde se hace?». La respuesta reza: «Se hace en el diálogo con Dios en la propia conciencia. Si un cristiano no sabe hablar con Dios, no sabe oír a Dios en la propia conciencia, no es libre». De aquí surge el deber de «aprender a oír más nuestra conciencia», sobre todo porque «la conciencia es el espacio interior de la escucha de la verdad, del bien, de la escucha de Dios; es el lugar interior de mi relación con Él, que habla a mi corazón y me ayuda a discernir, a comprender el camino que debo recorrer, y una vez tomada la decisión, a seguir adelante, a permanecer fiel»³⁶.

* * *

Viene al caso una enseñanza del beato John Henry Newman: «Caso de verme obligado a hablar de religión en un brindis de sobremesa [...], beberé “¡Por el Papa!”, con mucho gusto. Pero primero “¡Por la Conciencia!”, después “¡Por el Papa!”»³⁷.

No menos interesante y apropiado es otro pasaje de la misma carta: «La conciencia es una ley de nuestro espíritu, pero que va más allá de él, nos da órdenes, significa responsabilidad y deber, temor y esperanza... La conciencia es la mensajera del que, tanto en el mundo de la naturaleza como en el de la gracia, a través de un velo nos habla, nos instruye y nos gobierna. La conciencia es el primero de todos los vicarios de Cristo»³⁸.

Téngase también en cuenta lo que escribiera monseñor Bruno Forte, secretario especial del Sínodo. Después de observar que «La Iglesia no ha hecho un sínodo para dar o no dar la comunión a los divorciados vueltos a casar», el arzobispo de Chieti-Vasto agrega que «pensarlo así es una reducción», y señala que su «objetivo fue el de poder crecer en la capacidad de ser una Iglesia madre que acompaña e integra, ayudando a cada uno a encontrar su lugar en la voluntad de Dios»³⁹.

Por último, merece toda atención la petición del Papa a los confesores para ser «acogedores con todos; testigos de la ternura paterna, a pesar de la gravedad del pecado; solícitos en ayudar a reflexionar sobre el mal cometido; claros a la hora de presentar los principios morales; disponibles para acompañar a los fieles en el camino penitencial, siguiendo el paso de cada uno con paciencia; prudentes en el discernimiento de cada caso concreto; generosos en el momento de dispensar el perdón de Dios»⁴⁰.

³⁵ Francisco, «Ángelus», 30 de junio de 2013.

³⁶ Ibíd. Ya Romano Guardini había hablado de la conciencia como el lugar de «entendimiento con Dios»: «Entendimiento del hombre interiormente alerta y dispuesto para el querer divino que se determina continuamente en el instante que pasa» (R. Guardini, *La coscienza*, Brescia, Morcelliana, 1977, p. 42).

³⁷ J. H. Newman, «Carta al duque de Norfolk», en *Carta al duque de Norfolk. Desarrollo de la Doctrina Cristiana*, Madrid, Rialp, 2013, p. 82.

³⁸ Ibíd., V, cita aquí según CEC 1778.

³⁹ B. Forte, «Il “Vangelo della famiglia” secondo Francesco», *Crede* 15 (2016), p. 14.

⁴⁰ Francisco, Carta apostólica *Misericordia et misera*, n.º 10. Véanse también los n.ºs 11 y 13.

El desafío de la revolución digital a la Iglesia⁴¹

Jesús Martínez Gordo⁴²

Como ya es sabido, a partir de las primeras semanas del confinamiento decretado en marzo de 2020 a causa de la pandemia del COVID-19, cuando no fue posible ofrecer asistencia pastoral o espiritual alguna de manera presencial, se pudo comprobar que había que iniciarse en el empleo de algunos recursos digitales con el fin de seguir relacionados. Aquella situación evidenció la necesidad de que la Iglesia se sumara definitivamente a la revolución digital en marcha. Próximos a una nueva Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales (29 de mayo), y siguiendo el consejo del papa Francisco en su mensaje para este año de “escuchar con los oídos del corazón”, dispongámonos a acoger y analizar todo lo que ha traído consigo semejante desafío, para aprovechar su potencialidad en la necesaria recreación del mensaje evangélico desde una legítima pluralidad.

1. Lo digital como oportunidad teológico-pastoral

Traigo a colación, tan solo a modo ilustrativo, algunas iniciativas que, disruptivas con respecto al modo –hasta entonces– tradicional de proceder, han sido acogidas con bastante normalidad. Me refiero, en concreto, al envío de WhatsApps, Telegrams y mensajes SMS y, luego, a la creación de grupos a los que se remitían, diariamente, oraciones, textos escriturísticos e, incluso, homilías –habladas o escritas– y gracias a los cuales era factible mantener un mínimo de relación comunitaria y saber los unos de los otros. En ocasiones, los grupos de chat cedían el paso a las videoconferencias para la formación teológica, para impartir catequesis, así como para tratar algún asunto ordinario de la vida parroquial o comunitaria o, simplemente, para interesarnos unos por otros.

En términos generales, se puede decir que hubo una gran preocupación, primero, por la dimensión litúrgica, celebrativa y oracional (las llamadas misas en *streaming* y el cuidado de la plegaria, así como el reparto de la comunión a los enfermos, casa por casa, cuando fue posible). En un momento posterior, se canalizó el interés por el anuncio, la palabra o la evangelización (particularmente, la catequesis y la formación teológica), sin descuidar,

⁴¹ Pliego publicado en la revista ‘Vida Nueva’, núm. 3.271 del 21-27 de mayo de 2022.

⁴² Facultad de Teología de Vitoria-Gasteiz.

obviamente, la caridad y la justicia; en este último caso, visitando y ayudando a los necesitados. El ministerio de la presidencia y de la animación de la comunidad quedó muy centralizado en los presbíteros, asumiendo, en ocasiones, casi todos los servicios que, hasta entonces, prestaban otros bautizados, vistas las dificultades del laicado para salir, de manera autorizada, a la calle.

Y también me refiero, por supuesto, a lo que se podrían denominar soluciones imaginativas –en especial, a lo largo de la Semana Santa y Pascua de 2020– y, en cierta medida, “paliativas”: por ejemplo, pasearse por el pueblo y bendecir aquellas casas en cuyos balcones o ventanas luciera algún distintivo cristiano el Domingo de Ramos. O procesionar la cruz el Viernes Santo e, incluso, leer algunos pasajes de la resurrección el mismo Domingo de Pascua.

Probablemente, una de las soluciones imaginativas, con mucho eco mediático, fueron los llamados “cepillos electrónicos”. A lo largo del año 2020, se pudo ver cómo irrumpían terminales electrónicos que permiten hacer donativos mediante tarjeta u otros dispositivos. Se trata –según se informó– de terminales TPV equipados con tecnología sin contacto en la que se permite seleccionar la cantidad que se quiere aportar (de 2, 5, 10 o 15 euros) acercando la tarjeta o el dispositivo móvil con el fin de contribuir al mantenimiento de la parroquia.

Sin duda, se pueden incorporar otras iniciativas, tanto o más interesantes que las que ahora reseño, pero con estas trato de indicar tan solo unos pocos ejemplos de cómo se han empleado algunas aplicaciones de la revolución digital en la pastoral ordinaria; concretamente, las que posibilitan una relación telemática.

A título personal, puedo señalar dos: la primera, como profesor. La segunda, como cristiano, interesado en favorecer otro modelo de Iglesia más en sintonía con el aprobado por la gran mayoría de los padres conciliares en el Vaticano II y ratificado por el Papa.

La pandemia me sorprendió presentando en diferentes lugares mi libro *Ateos y creyentes. Qué decimos cuando decimos “Dios”* (PPC, 2019) e impartiendo un postgrado sobre la materia en la Facultad de Teología de Vitoria-Gasteiz. Pasados los primeros momentos de desconcierto, propuse a los matriculados conectarse vía Skype, un sistema de videoconferencia que había usado en alguna ocasión. Resueltos los problemas técnicos (asunto que llevó su tiempo), reanudamos la programación tal y como se había perfilado. Pero sucedió que la dureza del confinamiento nos llevó, por invitación de algunos de los matriculados, a conectarnos otros días de la semana para ir comentando la situación general y la de algunas personas que nos eran más cercanas o conocidas, y ver si era posible echar una mano. Y, así, acabamos conectados todos los días, excepto cuando tocaba encuentro académico, para tratar estos y otros asuntos de la vida ordinaria en los que también se estaba jugando “lo que decimos cuando decimos ‘Dios’”. Pero la pandemia nos sorprendió, igualmente, a un grupo de cristianos, inquietos por el futuro de nuestra diócesis (Bilbao), hablando y encontrándonos, de manera informal, para tratar de ver qué podíamos hacer. El primer confinamiento complicó esta incipiente relación... hasta que nos pusimos de acuerdo en seguir conectados telemáticamente (en esta ocasión, vía Google Meet) e invitar a otras personas que –pertenecientes a diferentes grupos, movimientos, comunidades, parroquias y asociaciones laicales– pudieran sintonizar con esta preocupación por el futuro de nuestra diócesis. Como resultado de estos encuentros y relaciones, nació el colectivo Berpiztu – Kristau Taldea, un grupo de creyentes –según se puede leer en su página web– preocupado desde hace tiempo por el presente y el futuro de la Iglesia en Bizkaia y que ha tenido la impresión, en más de una ocasión, de que –si no hacían “algo”– el futuro de su Iglesia diocesana “podía encontrarse seriamente comprometido, corriendo el riesgo de no ser un resto –pequeño en número, pero espiritual, teológica y comprometidamente significativo–, sino un residuo del pasado”.

Estas, y otras iniciativas, se podrían agrupar siguiendo el esquema de los cuatro pilares o dimensiones de la comunidad cristiana: la liturgia, la espiritualidad, la experiencia

religiosa y la oración; el anuncio, la palabra y la evangelización; el cuidado de la caridad y la promoción de la justicia; y la presidencia de la comunidad y el gobierno y magisterio eclesiales.

Siendo imposible abordarlas todas en la presente reflexión, con el detenimiento requerido, me permito ofrecer unos escasos datos socio-teológicos referidos a la Iglesia como comunidad de seguidores de Jesucristo y a la primera de estas cuatro dimensiones o pilares de la comunidad cristiana.

Sé que esto es imposible de realizar pretendiendo ignorar la gran diversidad de modelos eclesiales y comunitarios existentes, según se prime una de estas dimensiones. Pero sé, a la vez, que no todos los modelos son igualmente consistentes, tanto desde el punto de vista teológico como desde el pastoral, para quien, como es mi caso, vive la pertenencia eclesial como la condición de posibilidad para seguir en el tiempo presente a **Jesús**, el Cristo, es decir, a quien comunicó su programa en el Monte de las Bienaventuranzas y en la parábola del juicio final; al que sigue siendo crucificado en los Calvarios de nuestros días e identificándose con sus víctimas y a quien se anticipa como fuente de vida y plenitud en infinitud de Tabores contemporáneos que también jalonan nuestra existencia.

Por tanto, “creo en Iglesia”, es decir, eclesialmente, ya que, gracias a ella, percibo la presencia, escucho el programa y voy al encuentro del Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo.

2. Iglesia o comunidad presencial, personal y virtual o en red

Puede parecer una perogrullada, pero no está de más recordar que la fe es, a la vez, adhesión personal e incorporación a una comunidad, en nuestro caso, a la de los seguidores de Jesús de Nazaret.

La clave de esta doble y complementaria referencia es la relación, por supuesto, personal con el Crucificado Resucitado en sus mediaciones, transparencias, huellas o presencias de todo tipo (entre ellas, las cósmicas, las protobiológicas, las antropológicas, las litúrgicas, la escriturística y, por supuesto, la histórica). Y, a la vez, la interacción con otras personas que, participando de una relación semejante, conformamos el grupo de sus seguidores, la *ecclesia*.

Cuando considero el desafío que está planteando la revolución digital a la doble vertiente, personal y comunitaria, de la fe y, sobre todo, a su eclesialidad, me encuentro con varios hechos reseñables. Pero, en concreto, retengo uno que me parece particularmente importante y significativo de la época en la que nos hemos adentrado: la creación de la diócesis virtual *in partibus* de Partenia por el obispo **Jacques Gaillot** (1935).

2.1. La constitución de la diócesis ‘in partibus’ de Partenia

En la última década del pasado siglo, concretamente el año 1996, el obispo francés Jacques Gaillot comunica, a partir de su sustitución como prelado de Evreux, la creación de lo que, si no me equivoco, puede ser considerada como la primera diócesis virtual con el nombre de Partenia.

J. Gaillot es nombrado responsable último de la Iglesia local de Evreux (Francia) en 1982. Su presidencia viene marcada por la celebración –durante tres años– de un sínodo diocesano y por un magisterio en el que la centralidad la tienen los pobres y marginados,

así como por la convicción de que Jesús pertenece a la humanidad y no solo a los cristianos, y por el rechazo de cualquier complacencia cuando estén en juego la dignidad de la persona y, de manera particular, la vida y los derechos de los más pobres.

El año 1995 es particularmente importante en su vida como obispo de Evreux: después de criticar en un libro las leyes de inmigración del ministro del Interior de aquel tiempo, es convocado a Roma, donde se le informa de que al día siguiente, viernes 13 de enero, al mediodía, ya no será obispo de Evreux. “Si firma su dimisión, se le dice, será tratado como obispo emérito de Evreux. Si no la firma, será obispo transferido”. Ante su negativa, es nombrado obispo *in partibus* de Partenia, una diócesis situada en la meseta de Sétif (Argelia), desaparecida en el siglo V.

Una vez cesado, reside durante un año en el barrio Du Dragon, en París, con familias sin papeles. Se extiende su reconocimiento social como el obispo de los pobres.

Al año siguiente, pone en marcha, con sede en Zúrich, la página web llamada Partenia, símbolo –como todavía se puede leer– “de todos los que en la Iglesia y fuera de ella tienen el sentimiento de no existir”. En esta nueva diócesis, tipificable como “virtual”, se publican sus escritos sobre temas de actualidad en siete lenguas, durante 14 años, alcanzando una media de 800.000 entradas o visitas mensuales desde todas las partes del mundo.

A lo largo de este tiempo, Gaillot, además de escribir en Partenia, continúa con sus compromisos en favor de los últimos del mundo hasta 2010, fecha en la que, cumplidos 80 años, comunica su retirada, dejando de publicar.

El 1 de septiembre de 2015, a los 84 años, es recibido por el papa **Francisco** en la Casa Santa Marta, un gesto interpretado como de rehabilitación.

Además, desde hace unos años, no se puede ignorar la presencia de algunos obispos en las redes sociales (Twitter y Facebook, entre otras), reuniendo, en torno a sus escritos y posicionamientos, a un considerable número de personas, a lo largo y ancho de todo el mundo. Ni tampoco se puede desconocer la de no pocos presbíteros y asociaciones religiosas y laicales.

2.2. La cuestión teológico-pastoral

A partir de este hecho brota una reflexión teológico-pastoral referida a la necesidad de que se reconozca jurídicamente la existencia de diócesis y comunidades virtuales.

Como es sabido, el *Código de Derecho Canónico* de 1983, después de transcribir en el canon 369 casi literalmente el número 11 del decreto *Christus Dominus* (CD) sobre el ministerio pastoral de los obispos del Vaticano II, indica –en el 372 & 1– que, “como regla general, la porción del Pueblo de Dios que constituye una diócesis u otra Iglesia particular debe quedar circunscrita dentro de un territorio determinado, de manera que comprenda a todos los fieles que habitan en él”.

Por otra parte, en el decreto *Presbyterorum ordinis* (PO) sobre el ministerio y la vida de los presbíteros se lee que “se pueden establecer... algunas diócesis peculiares o prelaturas personales y otras providencias por el estilo, en las que puedan entrar o incardinarse los presbíteros para el bien común de toda la Iglesia, según módulos que hay que determinar para cada caso, quedando siempre a salvo los derechos de los ordinarios del lugar” (PO 10). El papa **Pablo VI** implementa este acuerdo conciliar en el número 4 del *motu proprio* de 1966 *Ecclesiae Sanctae*: “La Sede Apostólica podrá útilmente erigir Prelaturas, de las

que formen parte sacerdotes del clero secular que hayan recibido una formación especial, sometidas a la jurisdicción de un Prelado propio y dotadas de estatutos propios”.

Por tanto, existen dos tipos de diócesis: las territoriales (que son la inmensa mayoría) y las personales, es decir, las que no están implantadas en un territorio al servicio – perfectamente delimitado– de los católicos allí ubicados, sino de un colectivo humano concreto: por ejemplo, el grupo de las fuerzas armadas o los sacerdotes que integran la prelatura del Opus Dei. Es el caso, igualmente, de algunas iglesias o comunidades católicas orientales denominadas “uniatas” y clandestinas en Estonia, Letonia y Lituania durante la represión soviética. Y el del Ordinariato para los fieles católicos orientales residentes en España, por decisión del papa Francisco (2017).

Pero también conviene tener presente que, desde hace unos años, se ha generalizado la existencia de páginas webs entre una buena parte de las 5.000 diócesis que conforman la Iglesia católica. Y, sobre todo, aunque mucho menos, de obispos –como he adelantado– en las redes sociales (Twitter, Facebook, Instagram, entre otras).

Entiendo que con la puesta en funcionamiento de la diócesis de Partenia no solo se ensayó una renovada forma de presencia pública de la fe, sino también otra manera de reorganizarse como seguidores de Jesús de Nazaret, bajo la autoridad – cierto que canónicamente fallida– de un obispo singular que, sin embargo, tuvo la audacia de convocar a los que, como él, tenían, “en la Iglesia y fuera de ella, el sentimiento de no existir”. Procediendo de esta manera, J. Gaillot puso en funcionamiento lo que se podría denominar algo así como una nueva modalidad de diócesis, junto a la territorial y a la personal: la virtual o en red.

Y la verdad es que no deja de sorprenderme que sea seguido en el empleo de tal recurso por obispos que pueden acabar procediendo, de hecho, como prelados de diócesis virtuales, más allá de que tengan –o no– problemas de aceptación en las diócesis territoriales que se les han encomendado.

Esta última consideración sobre la presencia virtual de obispos en las redes sociales también vale para muchos presbíteros, religiosos, religiosas y laicos y laicas. Estamos asistiendo a una redimensión del criterio territorial que nos lleva, por lo menos, a plantearnos una mejor articulación con lo funcional y carismático o –si se prefiere– hacia modelos de pertenencia eclesial en los que se conjugue la preferencia por la adscripción virtual con una limitada o muy reducida apuesta por lo territorial o por la prelatura personal.

Se trata de un modo de ser Iglesia que no hay que echar en saco roto, ya que puede ser el primero de una larga serie. Creo que las singularidades de determinados colectivos ya están requiriendo algo parecido. Me refiero, en concreto, al numeroso grupo de las personas mayores, no todas ellas analfabetas digitales. Y, por supuesto, a otros, más jóvenes; e, igualmente, a quienes se hacen presentes, de manera preferente, en ambientes especializados o a las que la pertenencia territorial no les satisface, por las razones que sean.

3. La liturgia, la espiritualidad, la experiencia religiosa y la oración

La influencia de la revolución digital en el pilar o dimensión litúrgica, espiritual y oracional es incuestionable. Pero, además del empleo de algunos de sus recursos –ya reseñados–, creo oportuno resaltar tres datos que me permiten contextualizar cuatro cuestiones teológico-pastorales que –según entiendo– están replanteando el empleo de estos y otros medios digitales: las misas en *streaming*; las llamadas burbujas oracionales; y una aplicación para localizar a un sacerdote cercano en el caso de que se busque el servicio de una confesión individual.

3.1. Las misas en ‘streaming’

En primer lugar, están las llamadas misas en *streaming*, es decir, las eucaristías celebradas en solitario por el sacerdote y retransmitidas en directo vía telemática u *online*, sobre todo, durante la pandemia.

Este servicio pastoral adentró a muchas personas en la instalación, empleo y conocimiento de programas que, ignotos o muy poco empleados hasta entonces (estoy pensando en Skype y en Hangouts), se pusieron de moda de repente y que, al final, acabaron barridos por la sencillez y disponibilidad de Zoom y, posteriormente, de Google Meet, además de YouTube.

Las misas en *streaming* se celebraban, casi siempre, en un local o en una iglesia vacía o, en el caso de las comunidades más imaginativas, con las fotografías que habían enviado los mismos feligreses. Y así, nos encontramos con eucaristías telemáticas doblemente virtuales: por su celebración *online* y por la “presencia” de los retratos de algunos parroquianos.

La retransmisión de estas misas fue entonces –y lo sigue siendo en la actualidad– objeto de un interesante debate centrado en clarificar qué es y qué se entiende por comunidad y presencialidad y cuál ha de ser el sentido –si lo tiene– del llamado “ayuno eucarístico”. Y también una magnífica ocasión para recordar –por más que a alguno le pusiera particularmente nervioso– el debate, mantenido por **H. Küng** a la finalización del Vaticano II, sobre la presidencia de la eucaristía por laicos y laicas en ausencia prolongada de sacerdote, tal y como habrían hecho las comunidades paulinas de primera hora. Fue una tesis calificada por los especialistas de su tiempo como errónea desde el punto de vista escriturístico, pero no disparatada desde el punto de vista dogmático, es decir, posible si tuviera a bien decidirlo la Iglesia algún día. Pero tesis y posibilidad clausuradas autoritativamente por el papa Pablo VI.

Y también se volvió a poner encima de la mesa una pregunta que no está de más volver a recordar y que sigue siendo un desafío: ¿qué es, teológica y pastoralmente, más procedente? ¿Ver ‘en línea’ una eucaristía o participar en la misma, aunque sea contando, para ello, con una presidencia ministerial extraordinaria, como sucede, por ejemplo, con el bautismo en determinadas situaciones o como ha acontecido, en otros momentos de la historia, con el sacramento de la reconciliación o, simplemente, tal y como notifica monseñor **Eugenio Coter**, obispo del Vicariato Apostólico de Pando en Bolivia, pidiendo perdón a Dios y sin recibir la absolución de un sacerdote, porque no es posible contar con él? Se trata de un modo de proceder –este último– que se realiza en su diócesis amazónica, siguiendo las indicaciones de la Penitenciaría Apostólica de marzo de 2020.

He aquí el primer desafío teológico-pastoral. Probablemente, ni el primero ni el más importante, pero, en todo caso, reabierto en una situación excepcional, como lo ha sido el confinamiento por la pandemia del COVID-19 y por el empleo de algunas de las aplicaciones traídas por la revolución digital.

Pero hay una segunda cuestión que, referida a la “propiedad” de la eucaristía, formulo en forma de sucesivas preguntas: ¿por qué razón un sacerdote celebra la misa solo, habida cuenta de que la presencia de la comunidad es un elemento constitutivo de la liturgia católica? La cumbre de la actividad de la Iglesia es –sostiene el Vaticano II– que “todos se reúnan, alaben a Dios en medio de su Iglesia, participen en el sacrificio y coman la cena del Señor” (SC 10). Si esto es así, ¿no es más correcto que el sacerdote o el obispo sufran el “ayuno eucarístico” con el Pueblo de Dios del que forman parte, puesto que la Eucaristía pertenece a la Iglesia? ¿En qué razones teológicas se fundan quienes sostienen que solo el presbítero o el obispo constituyen la comunidad cristiana y que el ministerio sacerdotal está definido por el poder o por la necesidad de celebrar la eucaristía? Más

aún, ¿no recuerda el Vaticano II que lo importante es que oremos sin cesar, conscientes de que “la participación en la sagrada liturgia no abarca toda la vida espiritual” (SC 12)? Si esto es así, cuando se celebra una misa en *streaming*, ¿no se está emitiendo una clara señal del tan denostado clericalismo?

Entiendo, a diferencia de los partidarios de las misas en *streaming*, que apostar por ellas es una decisión precipitada y que se presta a ser interpretada –sin dejar de reconocer toda la buena voluntad del mundo– como comportamiento clericalista; a no ser que se haya aclarado antes y debidamente la cuestión de la Iglesia, comunidad o diócesis virtual, además de territorial y personal.

Mientras esa forma de diócesis o comunidad (la virtual) no exista, tiene pleno sentido que un presbítero o un obispo se digan a sí mismos algo parecido a esto: “Si, como ha sucedido durante el confinamiento por el COVID-19 y en otros sitios de manera más habitual, las personas que forman parte de la comunidad no pueden reunirse para participar del banquete eucarístico, yo, presbítero u obispo, identificado con las alegrías y penas de la comunidad que presido, ayuno con ellos”. He aquí el segundo de los desafíos teológico- pastorales; cierto que también relacionado con el cuarto pilar o dimensión, el de la presidencia, el gobierno y el magisterio.

3.2. Las burbujas oracionales

Está, como segundo dato socio- teológico, el descubrimiento –tanto antes como durante la pandemia– de nuevas formas de orar en personas que, solas o en pequeños grupos, lo hacen al margen de la actividad pastoral ordinaria, pero en sintonía con la máxima evangélica de que cuando dos o más se reúnen en su nombre, Jesús está presente en medio de ellos. Y no extraña que recurran a un sinfín de aplicaciones digitales. Es lo que algunos han denominado las “burbujas oracionales”.

Hay, en concreto, dos aplicaciones “estrella” que –de pago, pero con algunos contenidos gratuitos– ofrecen soporte para la meditación, así como cursos de estudio de textos bíblicos y *podcasts*.

La primera de ellas es *Hallow*. Lanzada el año 2018 con la intención de ayudar a los usuarios a “alcanzar una rutina en la oración” y “a conectarse con personas que piensan del mismo modo”, tiene más de 500.000 descargas en la versión española de Play Store y 13.000 reseñas. La segunda, llamada *Glorify* –de **Edd Beccle**, un emprendedor británico de 22 años– ha sido pensada para ayudar a los cristianos a reforzar su fe. Tiene, en el momento en que escribo estas líneas, más de un millón de descargas y 254.00 reseñas, en la también sección española de Play Store. Y, como estas, otras muchas más.

A estas dos cabría añadir, sin ánimo de agotar el enorme elenco de las mismas, la aplicación *Confesor GO*. Impulsada por un sacerdote de Cuenca, **Ricardo Latorre**, y con 10.000 descargas en el año 2022, permite localizar un confesor que, cercano al lugar en el que se encuentra el usuario, está disponible para atenderle. El 9 de diciembre de 2016 un periódico de Vocento informaba de que el entonces obispo de San Sebastián, monseñor **José Ignacio Munilla**, y cien sacerdotes más, se habían dado de alta en esta aplicación, dispuestos, obviamente, a prestar este servicio.

La aparición y empleo creciente de estas aplicaciones muestra, una vez más, las oportunidades que abren algunos de los recursos que aporta la revolución digital. Y también, algunas de las muchas consideraciones teológico-pastorales, empáticas y críticas, a las que se presta su empleo.

Refiriéndose en concreto a las oracionales, el hermano **Alois de Taizé** declaró que con su empleo estaban pasando “cosas sorprendentes”. Lo hizo con ocasión del tradicional

encuentro europeo de fin de año, que se tenía que haber celebrado de manera presencial en Turín en 2021 y que, finalmente, se realizó, a consecuencia del coronavirus, a través del canal YouTube y que tendrá una segunda fase del día 7 al 10 de julio en la misma ciudad italiana. Es asombrosa, prosiguió, la capacidad que poseen los jóvenes para “adentrarse en el silencio, gracias a las nuevas tecnologías”. Pero matizó esa primera admiración indicando que “creer en Cristo significa fortalecer la vida comunitaria y la unidad”; lo cual quiere decir que internet “no puede reemplazar los encuentros cara a cara”.

He aquí el desafío teológico- pastoral que plantean estas “burbujas oracionales”.

Hay, además, otra cuestión a la que he aludido más arriba: el recurso de lo virtual en el ámbito oracional, devocional y celebrativo se está realizando, entre algunos colectivos, al precio del rigor intelectual. Recreo y prolongo lo que sostiene el historiador de la Iglesia **Massimo Faggioli**, profesor y vaticanista estadounidense.

El consumo de los contenidos proporcionados por blogs religiosos y sitios web –señala– está reforzando las corrientes preexistentes, partidarias –tanto entre los seguidores de muchas de las nuevas espiritualidades como de la liturgia tradicional– de un anti-intelectualismo, a la vez, devoto y entusiasta. Son webs que, auto-presentándose como católicas y visitadas por muchos seminaristas, sacerdotes jóvenes y activistas eclesiales, practican un anti-intelectualismo militante, anti-Vaticano II y neo-tradicionalista, a la par que pro-Vaticano I. No pocas de ellas son, probablemente sin saberlo ni quererlo, dudosamente católicas cuando defienden, por ejemplo, que el acceso a la Escritura y a su estudio es propio de la tradición protestante, no de la católica.

Quien bebe únicamente de estas fuentes y lo hace de manera acrítica, suele incurrir en una especie de “ignorancia orgullosa” en la que el Vaticano II es criticado como traidor a la verdad, a la revelación y a la tradición por su supuesta entrega al secularismo o al protestantismo. Nada que ver con la importancia concedida al pensamiento y a la cultura por la inmensa mayoría de sus antecesores, buena parte de los cuales estuvieron –cargados de argumentos– en la primera fila del debate cultural. Pienso, por ejemplo, en **Hans Urs von Balthasar**. Y sí, todo tiene que ver con un desarme intelectual que mostrará su enorme limitación cuando toque afrontarlo en serio. Será entonces cuando se compruebe la imposibilidad de atender a tal desafío prestando atención únicamente a las devociones o celebraciones litúrgicas o absolutizando las experiencias religiosas.

3.3. ¿Qué se entiende por revelación o verdad y tradición?

Finalmente, y sin ánimo de agotar el listado de cuestiones teológico- pastorales que está planteando la revolución digital, quiero indicar una quinta, provocada por el motu proprio del papa Francisco *Traditionis custodes* (2021) y también por el “devocionalismo” al que me acabo de referir en el apartado anterior, de la mano de Massimo Faggioli. En la carta apostólica del papa **Bergoglio** se fijan las condiciones y los cauces, más estrictos que los anteriores, para la celebración de la eucaristía según el ritual reformado por **Juan XXIII** en 1962.

En España hay diferentes páginas webs donde se informa de los lugares en los que se celebran estas misas y en las que, además de comunicar pormenorizadamente sobre los sitios en los que se ofician, se emplean recursos digitales tales como Facebook, correo electrónico, Twitter o vídeos grabados, además de las propias páginas webs. Esa conjunción de tradicionalismo celebrativo y modernidad digital me lleva a constatar una articulación que creo procedente explicitar, aunque sea de manera sucinta, entre las diferentes concepciones de lo que se entiende por verdad o revelación y por tradición cristianas, así como sobre las diversas y legítimas articulaciones entre lo traído del pasado, lo vivido en el presente y lo anticipable del futuro.

Existe, desde el Vaticano II hasta nuestros días –por mucho que pueda sorprender a algunos–, una diferenciada y complementaria comprensión de lo que es la verdad o la revelación y de lo que se entiende por tradición. Y también sobre la articulación entre novedad y continuidad, que la revolución digital no hace más que evidenciar con particular fuerza.

Concretamente, para el teólogo **Joseph Ratzinger**, conocer la verdad o la revelación es “recordar” lo dicho y hecho por Jesús que nos llega en el cauce de la tradición viva, gracias a su autenticación por el magisterio de los sucesores de los apóstoles. Ha sido la posición “oficial” en los pontificados de **Juan Pablo II** y **Benedicto XVI**. Para **Andrés Torres Queiruga**, conocer la verdad es “actualizar” en el presente, es decir, en cada momento de la historia, lo acontecido una vez en el pasado. En esto consiste su propuesta de “mayéutica histórica”.

Y para **Wolfhart Pannenberg**, conocer la verdad o la revelación es anticipar en el presente la verdad final anticipada en Jesús y de la que hay infinidad de destellos o murmullos en cada momento de la historia y, por tanto, a lo largo de la misma. Una verdad o revelación cuya consistencia –en este caso, veritativa– se ha de mostrar por su capacidad para integrar las restantes verdades que se vayan alcanzando en cada momento de la historia.

Este asunto, como he adelantado, presenta una indudable importancia tanto en la manera de entender el discurso teológico como también en el modo de celebrar la liturgia y promover la experiencia religiosa y la oración en un tiempo como el nuestro, marcado, en buena parte, por la pluralidad.

Así, por ejemplo, si nos encontramos con cristianos que cierran filas en torno a una tradición, supuestamente fijada para siempre y de manera inmovible, hay que reconocer que la revolución digital no es ningún desafío para ellos. En cambio, sí lo es para quienes entienden que la verdad y la revelación –anticipada en Jesús– no solo fue entonces una novedad, sino que lo sigue siendo en cada momento de la historia. Con ellos, entiendo que la tradición es un gigante en cuyas espaldas estamos nosotros subidos, viendo un poco más lejos que nuestros predecesores, a pesar de ser unos enanos. Por eso, es viva.

Y, por eso, no todas las articulaciones teológicas y propuestas espirituales son igualmente consistentes desde el punto de vista veritativo ni significativas desde el pastoral. Pero, también por ello, no es de recibo condenar a las restantes en nombre de una de ellas, como entiendo que se ha hecho en muchas ocasiones. Creo que es suficiente mostrar los datos y argumentos en los que se percibe la diferente consistencia teológica y la significatividad pastoral de todas y de cada una de ellas.

La historia de las Iglesias y de sus respectivas teologías (también la de la Oriental) está atravesada por debates de este estilo. Por eso, sabemos que, cuando se han acogotado tales legítimas diferencias (fruto de la pluralidad que funda el hablar del misterio de Dios entregado en Jesucristo), imponiendo una propuesta teológica y espiritual sobre las otras, se ha entorpecido y retrasado una solución sensata y razonable. Es algo que, felizmente, empieza a superarse en el pontificado del papa Francisco.

¡Ojalá que la revolución digital en curso también nos ayude a percibir, a quienes formamos parte de esta numerosa comunidad de seguidores de Jesús, la legítima pluralidad que, afortunadamente, la habita, así como la necesidad de recrear en nuestros días la eterna juventud del Dios uni-trinitario!



CARISMA

¿Quién es Artémides Zatti?⁴³

Ariel Fresia, SDB

José Sobrero, SDB

Zatti, inmigrante

Doce mil kilómetros separan al pueblo de Boretto, en la región de Reggio-Emilia, Italia, con la ciudad de Bahía Blanca, al sur de la provincia de Buenos Aires, Argentina. Como millones de familias de la época, los “Zatti” emigran hacia América en busca de mejores condiciones de vida.

Un paisaje, una cultura y un lenguaje nuevos reciben a un joven Artémides, un santo que vivió algunos de los sueños y dificultades, nostalgias y alegrías, que vive cada migrante que deja su tierra.

Millones en busca de un futuro mejor

En la segunda mitad del siglo XIX, el sistema social y la estructura agraria italiana sufrieron una fuerte crisis que afectó a los pequeños productores y arrendatarios rurales. El desplazamiento del campo a la ciudad provocado por la industrialización, junto con la concentración de la propiedad rural y el crecimiento de la pobreza, empujaron al campesinado italiano a emigrar a América.

De los 52 millones de europeos que emigraron entre 1830 y 1930, cerca de 11 millones desembarcaron en América Latina: la mayoría provenía del norte de Italia y de España. Casi la mitad, unos 5 millones de italianos, se radicaron en Argentina.

Boretto, un pequeño pueblo campesino sobre el río Po, también sintió el impacto de la crisis agraria. Y la familia Zatti sufrió las penurias económicas. **Todos sus miembros, desde muy pequeños, se dedicaron a trabajar en el campo, incluso los niños.** Los hijos mayores y otros familiares se empleaban como jornaleros o peones para ganar el pan y la polenta: “Nacido en hogar pobre, donde había muchas bocas y pocas entradas, era necesario trabajar si se quería vivir”, sintetiza el salesiano Raúl Entraigas, principal biógrafo de Zatti.

⁴³ Publicado originalmente en el *Boletín Salesiano* de Argentina.

Como el resto de su familia, **Artémides llevó una vida pobre de campesinos trabajadores y sacrificados**. Y al igual que otros italianos, vieron en “América” una salida. La información de familiares que ya se encontraban en este continente entusiasmaba. Particularmente el tío Juan Zatti, que estaba instalado en Bahía Blanca, ofició de “llamador”.

Las cadenas migratorias, las redes de sociabilidad y la identidad étnica y religiosa funcionaban para canalizar noticias, descubrir oportunidades laborales y aprovechar los pocos recursos disponibles. Los amigos y familiares ya residentes en la “tierra promisoría”, daban inicio a estas cadenas. **A principios de 1897, la familia Zatti se embarcó rumbo a Argentina. Artémides contaba con 16 años.**

Vínculos y fe para sentirse en casa

Llegados a América, los inmigrantes italianos, en su inmensa mayoría trabajadores agrícolas, fueron dedicándose a diferentes actividades que les permitieran ganarse la vida, o en el mejor de los casos, conseguir un leve ascenso social. **Los Zatti llegaron a Argentina el 9 de febrero y se instalaron en Bahía Blanca**, entonces una pequeña localidad del sur de la provincia de Buenos Aires.

El apoyo entre familiares y la solidaridad de las redes sociales, como las sociedades de socorros mutuos y la acción de la Iglesia, propiciaron la inclusión de los migrantes a la vida social, cultural y productiva. Los Salesianos de Don Bosco, muchos de ellos también italianos, favorecieron esa inserción en la sociedad bahiense.

Como parte de esa cadena migratoria, Artémides oficia como consejero de los nuevos incorporados al país: “Escuché que llegó de Italia, o mejor dicho, del inolvidable Boretto, el primo Higinio. Desde las lejanas tierras patagónicas le deseo buena suerte. (...) Aconséjelo que no se deje atrapar (va para todos) por aquel patrón que haga trabajar los días festivos, con la excusa de la necesidad, diciendo y practicando lo que ya habrá oído decir, que en América todo está permitido con tal de hacer plata”.

Los Zatti, una familia religiosa, acostumbrada a las prácticas de piedad campesinas, concurrían asiduamente a la parroquia de Boretto. Ya en Argentina, Artémides, como todos sus hermanos, se incorporó a la vida parroquial y pronto se transformó en asiduo participante de las actividades organizadas por los salesianos. **En el contacto con ellos nació la vocación religiosa y el deseo de hacerse salesiano.**

Con el recuerdo de la tierra natal

Los migrantes, incluso incorporados a sociedades “receptivas”, como los Zatti a fines del siglo XIX, experimentaron la pobreza y la incertidumbre. Mientras intentaban mantener los lazos con el pueblo de origen, iban construyendo nuevos vínculos para abrirse camino.

A raíz de un trámite, Artémides entra en contacto con su párroco en Boretto y remite saludos a todos sus connacionales: “Escribí a Boretto, al P. Costante Solian, pidiendo el certificado de Bautismo y Confirmación. Ya me los ha enviado encargándome de saludar a todos Uds. y a los ‘Boretenses’ que viven en Bahía Blanca”.

En la vida de Artémides podemos ver su resiliencia ante las adversidades en el nuevo contexto vital: trabajo precario, estudios incompletos, dificultades graves de salud, incertidumbre por el futuro. Frente a todas ellas pudo reponerse. Finalmente, en 1914 obtiene su “carta de ciudadanía” como ciudadano de la República Argentina. Y recién en

1934, con motivo de la canonización de Don Bosco y por única vez, vuelve a Italia y visita su pueblo natal.

Un santo inmigrante

Diversos factores inciden en las migraciones, que pueden ser voluntarias o forzadas, resultado de desastres ecológicos, crisis económicas y situaciones de pobreza extrema o conflictos armados, cuya magnitud y frecuencia no dejan de aumentar.

Si bien en una proporción menor a lo que fue a fines del siglo XIX, países como Argentina **siguen recibiendo cada año a cientos de miles de inmigrantes**, sobre todo provenientes de otros lugares de América latina. Y como en distintos lugares del mundo, la obra salesiana es punto de encuentro y fe para las familias migrantes, y lugar de formación y recreación para sus niños y jóvenes.

Al mismo tiempo, y como consecuencias de diversos factores, también hoy muchas personas dejan el país para radicarse en otros lugares. Ellos y ellas van, al igual que lo hizo la familia Zatti, en busca de nuevas oportunidades, persiguiendo sueños, con dificultades y miedos.

Hoy como ayer, los migrantes —a pesar de las carencias, injusticias y desigualdades— gracias a sus conocimientos, redes y competencias particulares buscan abrirse camino y construir un futuro mejor. De esa manera, **contribuyen a forjar comunidades más fuertes, diversas y con sujetos resilientes en la nueva sociedad y cultura a la que llegan.**

Los “Zatti”, y entre ellos Artémides, forjaron una historia en Argentina. Aquel migrante de Boretto encontró una vocación junto a los salesianos y desarrolló una vida plena. La historia posterior lo muestra en Viedma consolidado en una vocación de servicio incondicional. Una trayectoria vital consagrada a Dios y a los más pobres, **razón por la cual es recordado como el “pariente de todos los pobres”, y un santo sencillo y cercano a la gente.** Un santo inmigrante, esperanza para tiempos difíciles.

Zatti, creyente

El acto vital de la fe es la historia personal del creyente. Si decimos que en la raíz de la fe está el don de Dios, también debemos asegurar que ese don se cobija en una persona. De ese modo, tenemos que conocer quién es la persona y su personalidad, pues allí reside su fe.

La fe como adhesión personal a Dios resultó para Zatti una historia personal, llegando a la santidad en el trabajo concreto, en la atención de los enfermos, en el mundo de la salud.

Creí, prometí, sané

La fe cristiana de Artémides **tiene su inicio en su bautismo en Boretto, Reggio Emilia, Italia**, en la basílica de San Marcos, el mismo día de su nacimiento, el 12 de octubre de 1880.

En 1897 la familia Zatti-Vecchi se traslada a la Argentina para emprender una nueva vida. Llegan a Bahía Blanca, donde el tío Luis les prepara un hogar y la posibilidad de trabajo. Durante los fines de semana se acercaban a la parroquia Nuestra Señora de la Merced, atendida por los salesianos. Allí Artémides pudo profundizar su fe en Jesús y conocer a Don Bosco. **Con ese testimonio decidió ser salesiano.**

Viajó a Bernal para comenzar el aspirantado salesiano, donde estudió y trabajó con entusiasmo. Lamentablemente contrajo tuberculosis al tener que cuidar de un salesiano golpeado por esa enfermedad. El contagio fue inevitable. No obstante, él siguió adelante.

Viajó a Viedma para apaciguar los dolores de su enfermedad. Allí conoció al padre Evasio Garrone, dedicado a la medicina, que le invitó a **realizar una promesa a María Auxiliadora** para lograr la curación, con el compromiso de dedicar su vida al cuidado de los enfermos del incipiente Hospital San José de Viedma.

La frase de Artémides fue categórica: **“Creí, prometí y sané”**, como quedaron escritas en el periódico *Flores del Campo* del 3 de mayo de 1915.

Creer en la intercesión de María para su curación fue un acto de fe sencilla, lleno de amor filial. **Prometer** fue un acto valiente para confiar en la Providencia y dedicarse a la atención de los enfermos. **Sanar** fue el resultado del acto de fe y confianza que llevó a Artémides a quedarse hasta el día de su muerte junto a los más necesitados.

“La oración era como la respiración de su alma”

Este hecho es el punto de inflexión para entender el enorme trabajo de Artémides que podemos apreciar a lo largo de los años vividos en Viedma. Con fe sobrellevó la enfermedad y orientó su vocación, a la que nutrió diariamente en la unión con Dios, desde las cinco de la mañana hasta las últimas horas del día.

Monseñor Carlos Mariano Pérez fue el inspector salesiano en los últimos años de Artémides. Su testimonio sobre la vida de fe de Zatti demuestra su vida interior:

“Amaba a Dios con todo su corazón, con toda su mente y con toda su fuerza. La oración era como la respiración de su alma y estaba convencido que en ella tenía la omnipotencia de Dios en sus manos”.

*“Aunque los problemas materiales lo tenían acuciado y preocupado, **siempre anteponía lo eterno a lo temporal.** Conocía la Sagrada Escritura y la saboreaba: igualmente la vida de los santos y los tratados de ascética. Todo lo sabía irradiar con su ejemplo y con su palabra”.*

*“Era un **verdadero catequista** que ofrecía la imagen del hombre adulto en la fe, capaz de transmitir la fe en Cristo sincera y desinteresada. **Los enfermos más pobres, más difíciles o con enfermedades repugnantes, eran para él los verdaderos pararrayos del Hospital San José.** Tenía bien clara en la mente y en el corazón la frase de Jesús: ‘Todo lo que hagan a uno de estos pequeños, a mí me lo hacen’ (Mt 24, 40)”.*

Zatti, de puño y letra

En una carta de Artémides escrita en 1914, desde Viedma a sus familiares de Bahía Blanca, expresa de modo simple y sencillo los pasos que va dando en su vida de fe. Como nos recuerda Romano Guardini, es la historia de un creyente, en una personalidad concreta. Así dice la carta:

“Rezad por mí, que tengo mucha necesidad para poder cumplir la misión que el buen Dios en su misericordia infinita se ha dignado confiarme, yo lo hago por ustedes todos los días. ¡Y con mucho fervor cuando pienso que la vida presente es corta, muy corta!

Que de los padecimientos del día de ayer no se tiene más recuerdo (dulce recuerdo cuando se sufre por el Señor) ¡y que el premio que nos espera es grande, muy grande porque es Dios mismo!... ¡A veces me viene una angustia inexplicable cuando pienso que lo podemos perder por culpa nuestra!... ¡Pero armados de fe combatimos la batalla del Señor y el Señor hará que merezcamos una recompensa eterna!...” (Cartas de Zatti, N° 106, Archivo Histórico Salesiano de Argentina Sur, sede Bahía Blanca)

Aquí encontramos su convicción profunda de la experiencia personal de Dios, sabiendo que esta relación lo lleva a reconocer y a creer en la revelación divina, un misterio tan grande que sostiene su vida entregada a los más necesitados, sus queridos enfermos: **“¡y que el premio que nos espera es grande, muy grande porque es Dios mismo!**

La fe de Artémides fue un verdadero gozo, sabiendo que gozar es entrar en el dinamismo de la realidad, en cada instante. **Con su fe se comprometió en la vida comunitaria que tenía forma de hospital**, conviviendo con sus hermanos enfermos, pobres y necesitados, los últimos, los olvidados.

Así el gozo creció en intensidad. Allí se alojó la alegría, la emoción, el placer, el gusto personal de su vocación. Intensidad fue “una buena y abundante medida”. Ese fue el dinamismo que mantuvo Artémides, creyente y adherido a lo trascendente, que lo llevó a la santidad.

Zatti, salesiano

Estamos en Viedma, alrededor de 1940. Hace algunos años que **el salesiano coadjutor Artémides Zatti es el alma del hospital San José** que los salesianos llevan adelante desde fines del siglo XIX en esa ciudad de la Patagonia argentina. **Un lugar donde el cuidado de la vida como viene** no se limita a la salud física, sino que se cuida a las personas de forma integral... a **todas** las personas.

Un peón de campo muy pobre ha estado varios meses en el hospital. Estaba agradecido por lo mucho que Artémides había hecho por su salud y por toda su persona. **Y sin cobrarle nada, ya que no estaba en condiciones de pagar.** Quiere expresar su gratitud. No sabiendo cómo hacerlo, le dice: *“Muchas gracias por todo, Don Zatti. Me despido de usted y déle muchos saludos a su esposa, aunque no tengo el gusto de conocerla...”*.

“Ni yo tampoco”, le contestó, riendo, Zatti.

En las cosas grandes, uno puede fingir. En las cosas pequeñas, uno se muestra como es. Y en esta respuesta podemos rastrear algo de la vida y el corazón de Don Zatti.

Cercano, hermano

A Zatti le tocó sufrir el desarraigo, la emigración, las limitaciones económicas que hacen que deba dejar de estudiar para trabajar, las dificultades para abrirse paso en su comunidad. Todos aspectos que son **síntomas de pobreza...** y esto, paradójicamente, lo ayudará a comprender los dolores y las necesidades de los pobres.

El vivir su vocación salesiana como salesiano “coadjutor” o “hermano” le facilita esa cercanía. **Don Bosco piensa a los salesianos coadjutores como presencia educativa cercana entre los jóvenes y los sectores populares.** Lo hace en un contexto social, el de la Italia del inicio de la Revolución Industrial, en el que hay una falta de simpatía por parte del pueblo hacia todo lo que sea “conventual” o “claustral”.

Esta sencillez y la ausencia de “formas” eclesíásticas de los salesianos coadjutores —que no es únicamente la vestimenta o las tareas que se realizan, sino también la forma de pensar, de mirar el mundo entendiéndolo como un lugar donde el Reino de Dios crece—, les permiten estar cercanos y ser uno más, y **tener llegada incluso en ambientes y en personas que, de otra manera, se mantendrían alejadas de la fe.**

Entonces, esta vocación del salesiano coadjutor no será tanto referida a lo que se puede hacer o no, sino a **cómo se trata de ser en el hacer.** Es así que muchas veces encontramos a coadjutores realizando tareas o propuestas que no son las habituales en la actividad salesiana, como fue en Don Zatti el ser enfermero.

La vocación de hermano coadjutor de Zatti no es el resultado de una carencia, porque “no le queda otra”, dado que la tuberculosis que había padecido cuando estaba en el seminario salesiano de Bernal le impedía continuar con su sueño de ser sacerdote salesiano.

Sino porque, a partir de esa circunstancia, encuentra otra manera de desarrollar su vida y sus ansias de servir y ser feliz. Como muchas veces pasa, del dolor y la limitación pueden surgir más amor y un horizonte muchísimo más amplio que el anterior.

Esta cercanía en Don Zatti se expresa en otro detalle: continúa moviéndose en bicicleta. Le ofrecen comprar algún auto, para moverse “más rápido” y “alcanzar a más personas”, ser más efectivo... ofrecimiento que siempre rechaza. Prefiere la bicicleta, que permite detenerse a dedicar tiempo a las personas.

Con alegría

El Dr. Ecay, médico del hospital, le preguntó una vez: *“Don Zatti, ¿cómo hace usted para estar siempre de buen humor?”*. Zatti contestó: *“Es fácil, doctor: tragando amargo y escupiendo dulce”*.

Tener un semblante alegre y responder con humor, aún en las circunstancias más difíciles, surge de **un corazón que está en paz con Dios y se siente amado por Él,** que sabe relativizar las situaciones, identificando qué es lo esencial.

Tal vez Don Zatti podría haber respondido con un argumento centrado en la teología de la vida religiosa a esa persona que le mandaba saludos a su esposa... pero su respuesta fue otra. Entendiendo también que la vocación del religioso salesiano es un poco más desconocida e incomprensible, a veces con falta de reconocimiento social ante la valoración que la sociedad tiene de la figura del sacerdote. Pero esto no le preocupa o entristece a Zatti. **Él entiende que lo esencial siguen siendo “las personas”** —Da mihi animas, caetera tolle— y su bienestar, y a ellas se dedica.

Las enfermeras que alguna vez lo sorprendieron a las 05:30 de la madrugada, antes de la oración con la comunidad salesiana, **postrado en la capilla y con el rostro pegado al suelo,** en profunda oración, saben de dónde sacaba Zatti las fuerzas para seguir recorriendo la senda a veces áspera y difícil del servicio a los demás.

En comunidad

En el hospital siempre hubo un muy buen equipo de trabajo, que Don Zatti formó a su imagen y semejanza. Trabajaron allí otros salesianos e Hijas de María Auxiliadora, además de varios médicos y enfermeras. En todos ellos, la motivación inicial era poder **ayudar con profesionalismo y una visión integral a quienes más lo necesitaban**. Y, desde la perspectiva de Zatti, ayudar también a crecer en la fe a quienes eran sus colaboradores.

Un médico, con serias dudas de fe, llegó a decir: *“Frente a Zatti, flaquea mi incredulidad... si hay santos sobre la tierra ese es uno de ellos. Cuando estoy por tomar el bisturí en la sala de operaciones y lo miro a él ayudando en la operación, con su sabiduría de enfermero y con el rosario en la mano, el ambiente se llena de algo sobrenatural...”*

Dice la oración para pedir la intercesión de Don Zatti: *“Que la alegría de verlo brillar en el cielo de tus santos, nos ayude a dar testimonio de tu Luz”. Que su vida de seguidor de Jesús con la forma de Don Bosco nos anime a revalorizar nuestro propio camino, y en nuestra vocación y profesión, dejarnos modelar por Dios en las acciones de todos los días.*

Raíz, raíces, tronco y ramas⁴⁴

Cristina Inogés⁴⁵ y María Luisa Berzosa⁴⁶, FI

RAÍZ

La raíz, yo, y nosotros **Tertuliano**, dijo: “Dios Padre es una raíz profunda; el Hijo es el brote que irrumpe en el mundo; el Espíritu difunde la belleza y la fragancia”. Me gusta esta frase.

Nosotros tendemos más a ver como raíz a Cristo. No pasa nada porque teniendo como aliada a la Trinidad podemos situar a una u otra persona de la misma en lugares diferentes y seguirá siendo el mismo Dios.

En la narración del mito de Sísifo, se cuenta que fue condenado por los dioses a no ser feliz hasta que fijase una gran piedra en lo alto de un monte. La piedra era perfectamente redonda y la cumbre fina como la punta de una aguja. Con gran esfuerzo, Sísifo empujó la piedra hasta arriba, la colocó en la cima y ... cuando soltó las manos, la piedra rodó pendiente abajo. Hoy lo sigue intentando con el mismo resultado. Sísifo no es capaz de desistir por sí mismo, ni admite el más mínimo consejo en ese sentido. Él pobre no puede dejar de querer ser feliz.

Sísifo somos también cualquiera de nosotros. Hasta ahora no hemos conseguido ser plenamente felices. Sin embargo, nosotros no nos enfrentamos a la condena de unos dioses mezquinos, nosotros queremos ser felices, pero, andamos preguntándonos, ¿existe la felicidad? ¿La vida que llevo es la que tengo que vivir sin posibilidad de cambio como Sísifo?

Para disfrutar de todo lo que ese Dios raíz nos puede dar, hay que tener clara la determinación de ser felices, porque, si no somos felices, nada haremos, ya que Dios es Felicidad. Sí, sin duda. Dios es la Felicidad. Y nuestro Dios nos atrae hacia Él y, así, aprendemos que esa Felicidad se escribe con mayúscula con la “F” de fe. Y, así, también aprendamos a decir: “Creo que la Felicidad existe”. La raíz está, normalmente, escondida en la tierra aunque no siempre (raíces aéreas). En latín, *humus* significa *suelo*. Teniendo en cuenta la raíz, en este caso de la palabra, humildad, sería pisar la tierra, vivir en la realidad, reconocer lo que somos, con quién somos, y para quién.

⁴⁴ Publicado en el suplemento “Somos CONFER” de la revista “Vida Nueva”, núm. 33 (junio de 2022).

⁴⁵ Miembro de la Comisión Metodológica del Sínodo,

⁴⁶ Miembro de la Comisión de Espiritualidad del Sínodo.

Captar el amor que Dios nos tiene es lo que nos convierte en hombres nuevos. Nuestro comportamiento se funda en la fe y no al revés. Que Dios sea raíz no significa que nosotros tengamos que ser sencillamente “ojeadores” de lo que surge a partir de esa raíz; al contrario, es necesario que nos “enredemos” en los hilillos de esa raíz para cambiar nuestra propia raíz, para que cambien nuestras hojas y frutos a partir de ese encuentro íntimo y personal.

Hay que volver a la raíz siendo lo que somos aunque lleve su tiempo y el proceso no sea sereno, ni agradable, y requiera podas en nuestra vida, porque, como dice el Libro de Job (14,7-9): “Hay esperanza para un árbol cuando es cortado, que volverá a retoñar, y sus rebrotes no faltarán. Aunque envejecan sus raíces en la tierra, y muera su tronco en el polvo, al olor del agua lo reverdecerá y como una planta retoñará”.

Se trata de ser capaces de injertarnos para captar el amor que Dios nos tiene y que es lo que nos convierte en hombres nuevos con raíces nuevas. Nuestro comportamiento se funda en la fe y no al revés. Algunas veces parece que vivimos nuestra vocación como una simple rutina sin apenas raíz personal. Si cogemos una piedra del río y conseguimos partirla, a pesar de estar a remojo, está seca por dentro porque el agua resbala por su superficie. La superficialidad que respiramos muchas veces tiene los mismos efectos en las personas. Lo esencial nos resbala. **León Felipe** dice que “tenemos el peligro de que las cosas importantes se nos hagan como callos en el alma”. Un callo en realidad son células muertas.

Y decía **Atahualpa Yucampi** hace muchos años: “Tengo un amor tan amor que es la raíz de mi fuerza, que adquiere todas las formas teniendo una sola esencia”.

“Hablar de amistad con quien sabemos nos ama”, decía santa Teresa

Germinar desde la raíz es desarrollar las cualidades y las ansias que Dios nos ha puesto dentro. Es andar el camino hacia la inmanencia, la Felicidad, la plenitud, y la transcendencia dentro de la vocación a la que fuimos llamados en el bautismo y dentro de la vocación personal con la que también vivimos esa vocación inicial. Porque una vez que descubrimos que también nosotros somos raíz, podemos expandirnos como hacen las raíces normalmente, para vivir la vocación más ampliamente.

Todos estamos llamados a crecer y dar fruto, que es manifestar la vida que está en la raíz. Si esa vida está bien vivida a todos los niveles, sale al exterior, se muestra. Las ramas que están, dentro de la estructura de la planta, lejos de la raíz, muestran esa vida y sin esa raíz no serían nada. Y crecer y dar fruto es producto de un trabajo, sí, pero sobre todo es fruto de una relación estrecha, íntima, esa que nos permite enredarnos con los pelillos de la raíz y que normalmente conocemos como oración. Hablar de amistad porque... en Juan 15, 9-17, **Jesús** dice cantidad de cosas importantes: que todo lo que os he dicho es para que estéis alegres, que os queráis, que sois mis amigos, que vuestro fruto durará... Personalmente, lo que más me choca es eso de “sois mis amigos”.

En otras religiones las relaciones entre los dioses y los humanos se describen con palabras como siervos, esclavos, instrumentos, sometidos... pero no recuerdo haber leído en ningún texto sagrado de otras religiones que esos dioses llamen amigo a un ser humano. La verdad es que este aspecto tampoco se resalta mucho entre los cristianos. “A vosotros os llamo amigos” no es una expresión que utilicemos mucho.

Dios no se porta como amo ni como propietario. Dice que no somos siervos ni instrumentos suyos: somos hijos, somos amigos. Somos libertad. Lo que Dios desea del hombre es que le entregue su persona y que en esa relación alcance la felicidad plena. Al padre del hijo pródigo lo que más le interesa es la vida y la Felicidad de los suyos, sí, de los dos hermanos.

Dios es inexplicable. Nunca lo podremos describir del todo con nuestras palabras ni con nuestras fórmulas teológicas. Él es siempre más de lo que decimos. Totalmente distinto, misterioso y cercano a la vez. Nuestro hablar lo empequeñece, pero no tenemos otra forma de referirnos a Él. ¿Por qué ahora no llegamos a despertar si quiera curiosidad sobre Dios?

La raíz de una planta se abona con determinados productos para que, por ejemplo, las flores puedan tener un color más marcado u otro, pero sigue siendo la misma raíz y la misma planta y las mismas flores, ¿qué aprendemos de esto?

Aprendemos a perder el miedo a hablar de otra manera y a adaptarnos sin cambiar la esencia, como decía Yucampi.

Los valores sociales están cambiando y, con ellos, también la sensibilidad religiosa cambia. Por ejemplo, ahora que se valora más la autonomía personal, y los paternalismos y la obediencia en sentido tradicional no están muy bien vistos, la palabra “amigo” puede ser para algunos mucho más significativa que “padre” para escuchar hablar de Dios.

En las promesas del Bautismo hay una que alude directamente a este quedarnos en los métodos, las instituciones y las fórmulas en lugar de preguntarnos qué haría Jesús en ese caso concreto. Pues hoy, sin duda alguna, adaptaría el lenguaje además de otros reajustes.

Cada uno en la vocación que vive y desarrolla su compromiso bautismal, vosotros como religiosos, yo como laica, tenemos que evolucionar en la lógica de la evolución de la creación del Génesis para mostrar y demostrar que también evolucionamos en humanidad. Incluso, por supuesto, en nuestras comunidades y congregaciones.

Dice el evangelista **Juan** (10, 27-30) que Jesús nos “conoce”; es decir, que nos quiere. Ya se sabe que, tratándose de personas, solo conoce quien ama. Solo se ve con el corazón; lo esencial es invisible a los ojos, dirá el Principito. Por cierto, vosotros ¿os sentís queridos por Dios? Todo lo que es positivo para nosotros es sacramento de Él, nos lo recuerda y nos lo da a conocer un poco: padre, madre, amigo/a, compañero, música, descanso, alimento...

Buscamos en Spotify cómo Dios canta con las voces de **Simon & Garfunkel** que, aunque para los jóvenes de hoy sean ya un poco abueletes, siguen teniendo canciones fabulosas y son ya clásicos: “Cuando estés abrumado y te sientas insignificante, cuando haya lágrimas en tus ojos, yo las secaré todas; estoy a tu lado. Cuando las circunstancias sean adversas y no encuentres amigos, como un puente sobre aguas turbulentas yo me desplegaré. Cuando te sientas deprimido y extraño, cuando te encuentres perdido, cuando la noche caiga sin piedad yo te consolaré, yo estaré a tu lado. Cuando llegue la oscuridad y te envuelvan las penas... Si necesitas un amigo, yo navego tras de ti”.

No basta con ser “los más modernos de los antiguos” cuando se trata de allanar el camino para preparar la tierra para que la raíz agarre bien. Recordemos que estamos jugando con la tierra que puede conducir a otros al descubrimiento de Dios-raíz.

Nuestra vida debe desarrollarse manifestando nuestra vocación desde la raíz, sin embargo, muchas veces, no es nuestra falta de testimonio lo que más aleja a muchos de la experiencia de la Felicidad, sino esa imagen de institución rara, envejecida e inadapta al mundo de hoy que siguen siendo algunas congregaciones, donde parece que la raíz es más el fundador/fundadora que Dios. ¿Es esa la voluntad de Dios?

Jesús fue un fenomenal comunicador. **Pablo**, por ejemplo, un eficiente organizador: Nosotros les rezamos, pero no los imitamos.

¿Cómo explicar, entonces, qué, quién, y cómo es la Raíz?

RAÍCES

De lo que rebosa el corazón habla la boca

Nuestra vida religiosa es cuestión de pasión y enamoramiento mantenidos y renovados, dinámicos, según las etapas vitales, o no se sostiene. Y como se nos recuerda en Prov. 4, 34, “debemos cuidar por sobre todas las cosas el corazón, porque de él brota el manantial de la vida”. Decimos mucho y hemos insistido en ello en los momentos de la pandemia: “Cuídate para poder cuidar”.

Cuidar mi vocación significa cuidar mi persona, mis afectos, no podemos vivir sin dar y recibir amor conscientes de nuestra opción, toda elección supone renuncia pero optamos por la vida y el amor, y, sin embargo, a veces vivimos con cargas pesadas y nuestra comunicación no transparente que hemos encontrado el tesoro que centra nuestra vida.

Es también cuidar nuestras relaciones, nuestro descanso, tener espacios para disfrutar, gratuitos, sin tener que dar cuenta, no somos funcionarias pero a veces lo parecemos... apostar por la vida en sus diversas manifestaciones. Nos ayuda preguntarnos: ¿cómo está mi corazón, fresco o mustio?, ¿qué agua necesita?, ¿dónde voy a beber el agua revitalizadora, esa que calma la sed?

Cuando tengo que acompañar a tantas personas, equipos, obras apostólicas... ¿quién me acompaña?, ¿cuáles son las ayudas que necesito y que busco porque en solitario no puedo? Estoy segura de que se dejan ayudar, es solamente refrescar, ya que hablamos de agua, reafirmar y renovar nuestra manera de vivir.

Porque el mundo es complejo, la misión es intensa, debemos cuidar nuestra persona para poder cuidar mejor lo que se nos ha encomendado...

Raíces en invierno, gestando la primavera

Interioridad, familiaridad conmigo, con el Señor, saber conocerme, reconocerme, mundo emocional, y la formación permanente que va a dar a luz la primavera, proyectando futuro.

Si no asumimos el invierno no tenemos primavera. Si no nos dejamos acompañar no podemos acompañar.

Peligro y tentación de decir a los demás lo que tienen que hacer pero yo no lo hago. Creer que el tiempo de gestación es imprescindible para engendrar una nueva criatura. Y abrazar el invierno.

Que supone la sequedad, el despojo, la poda, mantenidos en la esperanza de una nueva vida, fecunda no por el número, sino por la coherencia de nuestra vida, no importa cuántos somos sino cómo estamos. Nos ayudará preguntarnos si ese invierno está envuelto en la nostalgia de otros tiempos que ya no van a volver o por el contrario somos creativos para un presente y un futuro distintos.

Contemplar la naturaleza en sus ciclos de vida también puede ayudarnos; ahora vivimos la explosión de la primavera, pero recordamos los paisajes secos y pelados, es así el ciclo vital.

Y en cada estación del año podemos recordar las palabras de **Isaías**: “Algo nuevo está brotando, ¿no lo notáis?”. ¿Cuáles son esos brotes incipientes? ¿Tenemos ojos del corazón para descubrirlos?

PRIMAVERA

Significa que ha pasado el invierno, que es un tiempo de fecundidad de nuestra persona, no de nuestro rol, cultivar mi persona que tiene que dar vida, mi persona es más que el rol.

Cuando dejo mi rol, ¿dónde está mi persona? El servicio de gobierno acontece en un momento de la vida, pero después pasa ¿y cómo vivo yo sin dicho servicio? ¿cómo queda mi corazón? No dejar de atender mi persona que permanece más allá de los servicios concretos de cada momento.

Y cuando lo hago crezco en libertad, dejo espacio para quien me sucede, me voy totalmente, no me voy, pero sigo... Cuando estamos que la entrega que sea total, pero cuando lo dejamos también. Mi persona va a seguir dando en otros ámbitos con mi experiencia adquirida, puedo ayudar a quien me sigue. Pasamos por la vida cambiando lugares, servicios, pero lo importante es que permanezcamos enamorados, seducidos por esa palabra vital: yo te he llamado por tu nombre, eres precioso a mis ojos, no temas...

Parábola del sembrador

En entornos eclesiales o en la Vida Religiosa se nos mezcla el trigo y la cizaña, pero también se mezcla con otro cereal que no sea cizaña, mezcla de semillas, diversas, y crecen juntos. Nos encontramos entornos de la diversidad de pensamiento, de modos de ser, otras semillas, y no es cizaña que viene por el aire, no se siembra, nos llega, hay trigos y cereales positivos, diversidad de panes... márgenes, fronteras. Periferias de la sinodalidad.

Aquí también necesitamos un fino discernimiento para distinguir qué cereal es el bueno, cuál es la cizaña que debemos separar y cuáles son otros cereales nuevos o desconocidos que pueden servirnos, está todo mezclado y por eso necesitamos una agudeza de ojos y oídos para no tirar todo.

Necesitamos con urgencia ojo, oído y corazón de personas que discernen para separar lo que está mezclado, pero también saber asumir esas mezclas plurales que a veces nos asustan, que llaman a nuestra puerta y no sabemos cómo responder.

Necesitamos oír y ver en profundidad, traspasar las apariencias y acoger otros cereales que no sean precisamente trigo y trigo limpio... porque ahí también hay mensaje. Y hoy hay muchos canales por donde llegan las novedades y pueden aturdirnos, pero también nos ayudan a mirar con calma, sin precipitación.

TRONCOS Y RAMAS

El trono y el fundador/a

Tenemos la raíz enterrada y viva. Ahora nos fijamos en el tronco y en las ramas, que sin esa raíz no serían nada.

Leía hace unos días un artículo de **Jesús Montiel** –autor que os recomiendo cuando busquéis algo para interiorizar– y terminaba diciendo: “Quizá sea este el desafío de un tiempo tan extrovertido como el nuestro: trabajar la interioridad de manera que sean cuales sean las circunstancias, haya un bosque dentro de nosotros”. Y pensé en los fundadores y fundadoras que tuvieron de verdad un bosque dentro de ellos.

No me gusta decir que hay personas adelantadas a su tiempo, sino que hay personas atentas a su tiempo. Los fundadores y fundadoras fueron personas atentas a su tiempo que no solo vieron ciertas necesidades, sino que escucharon la música con la que el Espíritu acompañaba esa forma de mirar a la realidad; es decir, fue un trabajo conjunto del Espíritu que ponía la sintonía y de esos hombres y mujeres que miraban escuchando la música de fondo.

Solo desde un trabajo de equipo se pueden abordar determinadas cuestiones. Y ahora el trabajo en equipo continúa porque hay que seguir escuchando la sintonía del Espíritu y, entre todos, ir buscando nuevos planteamientos.

Los fundadores y fundadoras han pasado, lo mismo que han pasado muchos miembros de vuestras congregaciones; sin embargo, los carismas permanecen. La pregunta es ¿permanecen los carismas inamovibles? ¿Deben permanecer inamovibles? Lo rígido, lo inamovible no crece, acaba por anquilosarse y convertirse, por seguir con el símil de los árboles, en un “okupa” en el tronco; es decir, muchos árboles son el hábitat existencial de plantas que les chupan literalmente la sabia y los utilizan causándoles muchas veces la misma muerte.

Un carisma no puede convertirse en el “okupa” de una congregación. Al contrario, es necesario conocerlo bien, vivirlo a fondo y, así, de esa manera, ir actualizándolo de manera general y, de forma particular, en cada lugar donde estemos presentes como congregación, porque muchas veces se nos olvida que formamos parte de una civilización cristiana, manifestada en culturas muy diferentes. Y los carismas que nacieron en lugares geográficos y culturales concretos, fueron llevados a otros lugares con culturas diferentes. Y ahora reconocemos que todo necesita un reajuste.

Generalmente, y es algo que nunca habrá que olvidar, los carismas fueron suscitados por el Espíritu para paliar necesidades que muchas personas tenían y que nadie trataba de evitar. Normalmente, eso suponía trabajar con los más pobres.

Ahora hablamos con otro lenguaje que requiere tanta audacia como tuvieron nuestros fundadores/as. El carisma hay que vivirlo en los márgenes, en las periferias, y hasta en la frontera. Para ello, hay que recuperar lo que decía Yucampí, hace muchos años: “Tengo un amor tan amor que es la raíz de mi fuerza, que adquiere todas las formas teniendo una sola esencia”. Hay que mantenerse fieles a la esencia actualizándolo constantemente porque nuestro mundo, la vida, van a velocidad de vértigo.

Y hay que tener en cuenta que vivimos en un mundo inconsistente, o como decía **Bauman**, líquido. Eso significa que la creatividad va a tener que ser constante que nada se puede dar por definitivo.

Esto no significa cambiar por cambiar, significa, más bien, evolucionar, adaptar el carisma a la realidad. ¿Y son realidades diferentes los márgenes, las periferias y las fronteras? Sí, sin duda alguna.

LOS MÁRGENES: en ellos viven quienes nosotros mismos hemos colocado ahí: pobres en general, migrantes, jóvenes, necesitados de cualquier recurso, mujeres...

LAS PERIFERIAS: ahí están quienes, no andando lejos de nuestro entorno, pasean dando vueltas con cierta y sana curiosidad sin ver algo lo suficientemente

atractivo como para acercarse y menos para comprometerse. Para entender esta actitud basta con leer a Simone Weil.

LA FRONTERA: aquí están quienes conscientemente se mantienen a mucha distancia por mil motivos diferentes, algunos con prejuicios, otros con miedos, muchos con desconocimiento o mala información, pero, sobre todo, con muchísimo dolor. ¿Hemos creado nosotros mismos dos orillas irreconciliables?

No resulta muy complicado identificar a quienes viven en cada uno de esos tres puntos de forma existencial o de forma presencial. En estos casos la esencia del carisma tiene que mantenerse clara, pero son tres entornos donde la adaptación debe ser extrema. Las formas de aproximación también deberán ser diferentes, los modos de hablar, el lenguaje, los gestos...

Vamos tan deprisa que, aunque lo intentemos, no podemos adelantarnos a nuestro tiempo. En eso tenemos que aprender del ejemplo de los fundadores/as que supieron ver a través de sus ojos la realidad y escuchar a través de los oídos de su corazón la sintonía que soplabla el Espíritu. Un Espíritu que es incontrolable y al que le gusta trabajar en equipo. No se trata de repetir la historia, sino de aprender a reinterpretar los elementos que todavía hoy son válidos.

Algunas veces nos agobia, a todos, la falta de vocaciones. Normalmente escucho que hay que orar para que haya vocaciones en la Iglesia. Y siempre se puntualiza, en la vida religiosa y sacerdotal. ¿Y en las otras formas de vida no se necesitan vocaciones? Sin embargo, no oigo nunca una invitación para orar y descubrir qué nos quiere decir el Espíritu con la falta de vocaciones. Es como si estuviéramos convencidos de que lo esencial es empezar a construir la casa por el tejado y los cimientos no contasen para nada...

¿No estará el Espíritu empeñado en que descubramos otras formas de sumar miembros al trabajo en equipo? ¿Son las asociaciones de laicos en las diferentes congregaciones la única forma? ¿Podríamos abrirnos a otras formas de colaboración? ¿Cuáles?

Porque tal vez, repito, tal vez, esa labor conjunta que todavía tenemos que descubrir supondría no andar cerrando casas (al menos tantas) y posibilitando tenerlas abiertas de otra manera que puede sorprender al principio, pero que, a la larga, puede ser hasta un modelo de funcionamiento en la misma Iglesia.

El tronco-carisma y los fundadores/ as van unidos y nadie va a tratar de separarlos; al contrario, lo único que hay que ir viendo es cómo evitar que el propio carisma, al intentar vivirlo de forma inamovible, no se convierta en el elemento que sentencie la vida de la propia congregación.

LAS RAMAS

Se han extendido y ahora hay repliegue y la propia vida ha sido podada para que el árbol crezca.

Éramos muchas provincias, teníamos varias provincias y, ahora, nos replegamos. Pero seguimos con mentalidad particular, yo con lo mío y no me encuentro con los demás.

Hacemos nuestra pastoral vocacional cada congregación...

¿Y la intercongregacionalidad? Seguro que se están dando pasos que desconozco, si es así, muy bien, pero ¿por qué no nos lo planteamos? ¿Para cuándo dejamos la intercongregacionalidad como ocasión?

Tenemos los colegios próximos y nos quitamos los alumnos unos a otros, ¿no nos podemos sumar? ¿hay tantas diferencias entre nosotras? Ya sé que todo es muy complejo y no fácil, pero es desafiante. ¿Nos apasiona o no? Creo que se impone un cambio de mentalidad para salir de la propia visión y ampliar los horizontes, seguro que si nos juntamos para ello se nos abren posibilidades que desconocemos. Y para esta apertura también necesitamos dejarnos conducir por el espíritu.

Congregaciones que suman: el reto de un carisma

El carisma no es propiedad privada de cada congregación, es para la Iglesia y el mundo. El carisma nos proyecta a la misión que, en clave del sínodo actual, va unida a la comunión y a la participación.

Es responsabilidad de todos y todas que sea dinámico, que no se quede anclado en el tiempo y es necesario también distinguir que es lo esencial del carisma y que no es tal. A veces hemos unido muchas cosas que son normas, tradiciones y nos cargamos de pesos que no nos dejan libres para la misión, porque llamamos carisma a lo que no lo es o nos fijamos en aspectos periféricos y dejamos de lado los esenciales.

Nos importa mucho mantener la comunión en la raíz para admitir como regalo la diversidad, no ramas desgajadas, sino bien enraizadas, con buena savia y nutrientes para no temer el pluralismo que nos envuelve en el mundo. Lo esencial es poco pero muy consistente y el árbol tiene ramas, flores, hojas, frutos de gran colorido y sabor...

“En la vejez seguirá dando fruto” (Sal 92,15)⁴⁷

Papa Francisco

Querida hermana, querido hermano:

El versículo del salmo 92 «en la vejez seguirán dando frutos» (v. 15) es una buena noticia, un verdadero “evangelio”, que podemos anunciar al mundo con ocasión de la segunda Jornada Mundial de los Abuelos y de los Mayores. Esto va a contracorriente respecto a lo que el mundo piensa de esta edad de la vida; y también con respecto a la actitud resignada de algunos de nosotros, ancianos, que siguen adelante con poca esperanza y sin aguardar ya nada del futuro.

La ancianidad a muchos les da miedo. La consideran una especie de enfermedad con la que es mejor no entrar en contacto. Los ancianos no nos conciernen —piensan— y es mejor que estén lo más lejos posible, quizá juntos entre ellos, en instalaciones donde los cuiden y que nos eviten tener que hacernos cargo de sus preocupaciones. Es la “cultura del descarte”, esa mentalidad que, mientras nos hace sentir diferentes de los más débiles y ajenos a sus fragilidades, autoriza a imaginar caminos separados entre “nosotros” y “ellos”. Pero, en realidad, una larga vida —así enseña la Escritura— es una bendición, y los ancianos no son parias de los que hay que tomar distancia, sino signos vivientes de la bondad de Dios que concede vida en abundancia. ¡Bendita la casa que cuida a un anciano! ¡Bendita la familia que honra a sus abuelos!

La ancianidad, en efecto, no es una estación fácil de comprender, tampoco para nosotros que ya la estamos viviendo. A pesar de que llega después de un largo camino, ninguno nos ha preparado para afrontarla, y casi parece que nos tomara por sorpresa. Las sociedades más desarrolladas invierten mucho en esta edad de la vida, pero no ayudan a interpretarla; ofrecen planes de asistencia, pero no proyectos de existencia⁴⁸. Por eso es difícil mirar al futuro y vislumbrar un horizonte hacia el cual dirigirse. Por una parte, estamos tentados de exorcizar la vejez escondiendo las arrugas y fingiendo que somos siempre jóvenes, por otra, parece que no nos quedaría más que vivir sin ilusión, resignados a no tener ya “frutos para dar”.

El final de la actividad laboral y los hijos ya autónomos hacen disminuir los motivos por los que hemos gastado muchas de nuestras energías. La consciencia de que las fuerzas

⁴⁷ Mensaje del papa Francisco para la II Jornada Mundial de los abuelos y los ancianos, 24 de julio de 2022. Publicado el 10 de mayo de 2022.

⁴⁸ *Catequesis sobre la vejez, I: “La gracia del tiempo y la alianza de las edades de la vida”* (23 febrero 2022).

declinan o la aparición de una enfermedad pueden poner en crisis nuestras certezas. El mundo —con sus tiempos acelerados, ante los cuales nos cuesta mantener el paso— parece que no nos deja alternativa y nos lleva a interiorizar la idea del descarte. Esto es lo que lleva al orante del salmo a exclamar: «No me rechaces en mi ancianidad; no me abandones cuando me falten las fuerzas» (71,9).

Pero el mismo salmo —que descubre la presencia del Señor en las diferentes estaciones de la existencia— nos invita a seguir esperando. Al llegar la vejez y las canas, Él seguirá dándonos vida y no dejará que seamos derrotados por el mal. Confiando en Él, encontraremos la fuerza para alabarlo cada vez más (cf. vv. 14-20) y descubriremos que envejecer no implica solamente el deterioro natural del cuerpo o el ineludible pasar del tiempo, sino el don de una larga vida. ¡Envejecer no es una condena, es una bendición!

Por ello, debemos vigilar sobre nosotros mismos y aprender a llevar una ancianidad activa también desde el punto de vista espiritual, cultivando nuestra vida interior por medio de la lectura asidua de la Palabra de Dios, la oración cotidiana, la práctica de los sacramentos y la participación en la liturgia. Y, junto a la relación con Dios, las relaciones con los demás, sobre todo con la familia, los hijos, los nietos, a los que podemos ofrecer nuestro afecto lleno de atenciones; pero también con las personas pobres y afligidas, a las que podemos acercarnos con la ayuda concreta y con la oración. Todo esto nos ayudará a no sentirnos meros espectadores en el teatro del mundo, a no limitarnos a “balconear”, a mirar desde la ventana. Afinando, en cambio, nuestros sentidos para reconocer la presencia del Señor⁴⁹, seremos como “verdes olivos en la casa de Dios” (cf. Sal 52,10), y podremos ser una bendición para quienes viven a nuestro lado.

La ancianidad no es un tiempo inútil en el que nos hacemos a un lado, abandonando los remos en la barca, sino que es una estación para seguir dando frutos. Hay una nueva misión que nos espera y nos invita a dirigir la mirada hacia el futuro. «La sensibilidad especial de nosotros ancianos, de la edad anciana por las atenciones, los pensamientos y los afectos que nos hacen más humanos, debería volver a ser una vocación para muchos. Y será una elección de amor de los ancianos hacia las nuevas generaciones»⁵⁰. Es nuestro aporte a la revolución de la ternura⁵¹, una revolución espiritual y pacífica a la que los invito a ustedes, queridos abuelos y personas mayores, a ser protagonistas.

El mundo vive un tiempo de dura prueba, marcado primero por la tempestad inesperada y furiosa de la pandemia, luego, por una guerra que afecta la paz y el desarrollo a escala mundial. No es casual que la guerra haya vuelto en Europa en el momento en que la generación que la vivió en el siglo pasado está desapareciendo. Y estas grandes crisis pueden volvernos insensibles al hecho de que hay otras “epidemias” y otras formas extendidas de violencia que amenazan a la familia humana y a nuestra casa común.

Frente a todo esto, necesitamos un cambio profundo, una conversión que desmilitarice los corazones, permitiendo que cada uno reconozca en el otro a un hermano. Y nosotros, abuelos y mayores, tenemos una gran responsabilidad: enseñar a las mujeres y a los hombres de nuestro tiempo a ver a los demás con la misma mirada comprensiva y tierna que dirigimos a nuestros nietos. Hemos afinado nuestra humanidad haciéndonos cargo de los demás, y hoy podemos ser maestros de una forma de vivir pacífica y atenta con los más débiles. Nuestra actitud tal vez pueda ser confundida con debilidad o sumisión, pero serán los mansos, no los agresivos ni los prevaricadores, los que heredarán la tierra (cf. Mt 5,5).

Uno de los frutos que estamos llamados a dar es el de proteger el mundo. «Todos hemos pasado por las rodillas de los abuelos, que nos han llevado en brazos»⁵²; pero hoy es el

⁴⁹ *Ibíd.*, 5: “La fidelidad a la visita de Dios para la generación que viene” (30 marzo 2022).

⁵⁰ *Ibíd.*, 3: “La ancianidad, recurso para la juventud despreocupada” (16 marzo 2022).

⁵¹ *Catequesis sobre san José*, 8: “San José padre en la ternura” (19 enero 2022).

⁵² *Homilía durante la Santa Misa, I Jornada Mundial de los Abuelos y de los Mayores* (25 julio 2021).

tiempo de tener sobre nuestras rodillas —con la ayuda concreta o al menos con la oración—, junto con los nuestros, a todos aquellos nietos atemorizados que aún no hemos conocido y que quizá huyen de la guerra o sufren por su causa. Llevemos en nuestro corazón —como hacía san José, padre tierno y solícito— a los pequeños de Ucrania, de Afganistán, de Sudán del Sur.

Muchos de nosotros hemos madurado una sabia y humilde conciencia, que el mundo tanto necesita. No nos salvamos solos, la felicidad es un pan que se come juntos. Testimoniémoslo a aquellos que se engañan pensando encontrar realización personal y éxito en el enfrentamiento. Todos, también los más débiles, pueden hacerlo. Incluso dejar que nos cuiden —a menudo personas que provienen de otros países— es un modo para decir que vivir juntos no sólo es posible, sino necesario.

Queridas abuelas y queridos abuelos, queridas ancianas y queridos ancianos, en este mundo nuestro estamos llamados a ser artífices de la revolución de la ternura. Hagámoslo, aprendiendo a utilizar cada vez más y mejor el instrumento más valioso que tenemos, y que es el más apropiado para nuestra edad: el de la oración. «Convirtámonos también nosotros un poco en poetas de la oración: cultivemos el gusto de buscar palabras nuestras, volvamos a apropiarnos de las que nos enseña la Palabra de Dios»⁵³. Nuestra invocación confiada puede hacer mucho, puede acompañar el grito de dolor del que sufre y puede contribuir a cambiar los corazones. Podemos ser «el “coro” permanente de un gran santuario espiritual, donde la oración de súplica y el canto de alabanza sostienen a la comunidad que trabaja y lucha en el campo de la vida»⁵⁴.

Es por eso que la Jornada Mundial de los Abuelos y de los Mayores es una ocasión para decir una vez más, con alegría, que la Iglesia quiere festejar con aquellos a los que el Señor —como dice la Biblia— les ha concedido “una edad avanzada”. ¡Celebrémosla juntos! Los invito a anunciar esta Jornada en sus parroquias y comunidades, a ir a visitar a los ancianos que están más solos, en sus casas o en las residencias donde viven. Tratemos que nadie viva este día en soledad. Tener alguien a quien esperar puede cambiar el sentido de los días de quien ya no aguarda nada bueno del futuro; y de un primer encuentro puede nacer una nueva amistad. La visita a los ancianos que están solos es una obra de misericordia de nuestro tiempo.

Pidamos a la Virgen, Madre de la Ternura, que nos haga a todos artífices de la revolución de la ternura, para liberar juntos al mundo de la sombra de la soledad y del demonio de la guerra.

Que mi Bendición, con la seguridad de mi cercanía afectuosa, llegue a todos ustedes y a sus seres queridos. Y ustedes, por favor, no se olviden de rezar por mí.

⁵³ *Catequesis sobre la familia, 7: “Los abuelos”* (11 marzo 2015).

⁵⁴ *Ibíd.*

EDUCACIÓN

La Teología para la vida entra en el aula⁵⁵

Mateo González Alonso

La nueva reforma educativa ha obligado a reprogramar todas las asignaturas, que actualizarán sus contenidos en el próximo curso escolar. La Religión ha tomado la delantera con un currículo innovador, elaborado tras una consulta de ida y vuelta a toda la comunidad educativa, que aterriza los conocimientos teológicos en la realidad de los niños y jóvenes de hoy.

El pasado 24 de junio, cuando en muchos colegios apenas se había ido del todo el eco de los últimos alumnos, el *Boletín Oficial del Estado* (BOE) publicaba los nuevos currículos de la asignatura de Religión Católica para Educación Infantil, Primaria, Secundaria obligatoria y Bachillerato, esto es, el documento marco que recoge el conjunto de conocimientos que el alumno debe adquirir al cursar la materia. De esta manera, la Secretaría de Estado de Educación oficializa, sin injerencia alguna, el trabajo realizado desde la Conferencia Episcopal Española que, en esta ocasión, ha ido más allá de los mínimos establecidos en el acuerdo con la Santa Sede sobre Enseñanza y Asuntos Culturales, haciendo del proceso de elaboración un gran foro abierto de participación. Nunca antes ha habido tantos miles de personas detrás de estas 51 páginas que han llegado finalmente al BOE, tras la aprobación de la actual ley de educación, la Lomloe, a finales de 2020.

Y es que, con este paso oficial, se da por concluido en la Iglesia española el proceso de elaboración del currículo en el que toda la comunidad educativa se ha implicado fundamentalmente a través del foro “Hacia un currículo de Religión Católica. Un diálogo entre todos y para todos”, además de con una serie de consultas realizadas a expertos antes de llegar a esta relación final. Pero el diálogo no se ha quedado solo en la comunidad educativa, como destacaba la directora del secretariado de la Comisión Episcopal para la Educación y la cultura, **Raquel Pérez Sanjuán**, en la presentación del currículo hay que “reconocer que los diálogos con el Ministerio de Educación y Formación Profesional han sido numerosos y fluidos, pero lamentamos que no han dado como fruto la regulación que la enseñanza religiosa merece por su aportación a la formación integral del alumnado”. Y, la visión general de la ley por parte del episcopado español no ha cambiado. Por ello, Pérez Sanjuán recordaba al Gobierno que “los canales de diálogo continúan abiertos y mantenemos la esperanza, en el futuro, que nuestra sociedad pueda disfrutar de una

⁵⁵ Reportaje publicado en la revista “Vida Nueva”, núm. 3.277 de junio de 2022.

mejor consideración académica para las enseñanzas de la religión como proponen las instituciones europeas y como es una realidad en los países de nuestro entorno”, así como en la propuesta del Pacto Educativo Global del papa **Francisco**. Y es que, desde la comisión, reiteró, seguirán luchando por “un reconocimiento más justo y estable para la enseñanza de religión en el sistema educativo”, como se ha demostrado con la publicación de un currículo que es, destacó, una gran “aportación a la calidad y equidad de la educación”, tal como persigue la última ley educativa.

La legitimidad de una materia

Para que esto sea una realidad, no es una cuestión accesoria afrontar la cuestión de la carga lectiva que las Comunidades Autónomas dedican a la asignatura. Así lo ha reflejado la comisión episcopal en una declaración leída por el obispo de Lugo, **Alfonso Carrasco**, tras la publicación en el BOE. Para el prelado, el número de horas semanales destinadas a la materia confesional tiene que expresar “la consideración que merece una asignatura que articula un derecho de las familias y que se refiere a dimensiones de la realidad que afectan mucho y de cerca al alumno”.

Más allá del horario, desde la comisión también se ha defendido que la asignatura “resulta necesaria para dar un contenido concreto a la afirmación de la centralidad de la persona, al pedir una atención real al alumno en su identidad más propia, que implica tener en cuenta su cultura, su lenguaje, su religión, su familia, sus circunstancias particulares”. Esto, resulta “irrenunciable para una comprensión adecuada de la educación”. Y es que el currículo, si bien algunas entidades católicas han hecho algunas reclamaciones, consolida la presencia “legítima” de estas asignaturas “confesionales” en la escuela. Aunque, recuerdan los obispos, “no es posible una enseñanza o un pensamiento verdaderamente inclusivo, sino desde la aceptación consecuente de la libertad de conciencia –la cual está fundada en la búsqueda personal de inteligencia de la realidad– y de la libertad religiosa, que rechaza la imposición de la verdad abusando de cualquier forma de poder”.

Ejercicio de responsabilidad

Desde el Observatorio de la Religión en la Escuela, su director, **Carlos Esteban Garcés**, destaca a Vida Nueva que “sinceramente, el nuevo currículo de Religión mejora la Lomloe, no se puede decir lo mismo a la inversa”. Y es que el nuevo texto legislativo “cumple el marco competencial de la reforma y responde con responsabilidad y lealtad al perfil de salida de la educación básica”. Y es que, tras un primer análisis, destaca que se concretan “los diez indicadores del perfil de salida que propone el Ministerio de Educación”, así como las competencias que reclama la Unión Europea.

Ahora bien, más allá de estos aspectos técnicos, Esteban, que tan solo hace unas semanas ha analizado con las demás religiones la ley educativa; la Lomloe sigue dejando mucho que desear en otros aspectos. Para él, la ley Celaá “no ha tratado bien al hecho religioso; ninguna de las religiones está satisfecha con ese tratamiento adicional que la Lomloe les ha dispensado”. “El tratamiento de las religiones en la Lomloe no es suficiente, es más jurídico que pedagógico. Se mantiene solo un cierto cumplimiento de los acuerdos del estado con las religiones, pero da la impresión que se hace a última hora y con desgana, en una adicional”, critica. Frente a este punto de partida destaca que las confesiones han asumido el marco curricular y se han tomado su tarea “en serio”. Algo que contrasta que a pesar de la existencia de “muchos recursos ya en los tribunales sobre el tratamiento de la religión en la Lomloe”, “hasta los que no son favorables a la religión en la escuela han manifestado su buena acogida al nuevo currículo de Religión”.

No hay que olvidar que hay muchas otras propuestas curriculares que están siendo polémicas, como las de Historia o Matemáticas. Para Carlos Esteban “son numerosas las acusaciones de que están demasiado ideologizados, algunos decretos han sido incluso denunciados en los tribunales y han sido admitidos a trámite”, por lo que le resulta “curioso y sorprendente que en anteriores reformas fuera el currículo de Religión el que estaba ideologizado y que, en este caso, se habla más de la ideología de los otros currículos que el de Religión”.

“Con este nuevo currículo la Pedagogía de la Religión ha alcanzado una mayoría de edad”, afirma este especialista en la materia. Y es que la propuesta aprobada recoge el enfoque competencial y, destaca, “está organizado en un nuevo mapa de aprendizajes esenciales que viene determinado por el proceso madurativo del alumno, por tanto, se proponen los contenidos que el estudiante necesita para progresar en su crecimiento como persona, en su desarrollo afectivo-emocional, y en su maduración social”. Con esta propuesta se “aportan, desde la visión cristiana de la vida, los conocimientos y valores necesarios para que el alumnado construya su proyecto vital con sentido y aprendan a ser ciudadanos globales en entornos locales”. Esto se plasma en el hecho de que “la Teología es la razonabilidad de la fe, y eso es lo que el currículo transmite, la razonabilidad de la fe conforme la a pedagogía escolar y sus etapas educativas”. Para Esteban, “cuando se lee el currículo enseguida se percibe que todo está impregnado de la visión cristiana de la persona, la sociedad, la cultura, etc. Hay expresiones del magisterio eclesial que están muy presentes, por ejemplo: la cultura del encuentro, la casa común, el cuidado, la ecología integral, la fraternidad universal. Son categorías antropológicas y teológicas que la Iglesia utiliza en este tiempo y que en el currículo de Religión se hacen pedagógicas”. En este sentido, reconoce el experto, “es un currículo que mantiene la originalidad de la Teología, responde así a la confesionalidad de la materia escolar, pero a la vez, esa Teología se ha articulado de manera pedagógica en línea con las finalidades propias de la escuela. Precisamente así se define la identidad y naturaleza de la enseñanza de la religión católica en la escuela: un servicio eclesial a la formación escolar”.

Y es que, decían los obispos en su declaración, “podría decirse que en la clase de religión se hace un ejercicio verdadero de teología, en diálogo con los desafíos culturales a los se enfrentan concretamente los alumnos que el profesor tiene delante, ayudándolos a comprender en modo acorde a las diferentes etapas educativas cómo la inteligencia de la experiencia cristiana ilumina la existencia en todos sus aspectos”.

El mínimo de una hora... y casi el máximo

El Ministerio de Educación fijó un mínimo de una hora semanal para la clase de Religión, pero dejaba en manos de las comunidades autónomas añadir más tiempo a la materia. Lo cierto es que, en un vistazo general a la propuesta de las diferentes regiones, son pocas las que han decidido ampliar el horario lectivo. Por ejemplo, en Andalucía, Castilla-La Mancha y Castilla León, solo se pasará a dos sesiones semanales en Infantil y Primaria. Tan solo la Comunidad de Madrid y Murcia dan además el salto a aumentar las clases de Religión en Secundaria. En el caso de Madrid, doblando en primero y cuarto, mientras que en Murcia se amplía en primero y segundo.

Vocabulario curricular

Los currículos de una materia son un documento técnico elaborado con la jerga propia que exige la naturaleza del texto. En este caso, lo jurídico, lo teológico o lo pedagógico se encuentran en el documento publicado por el BOE y hay conceptos que pueden parecer

exclusivamente para iniciados. *Vida Nueva* repasa en este glosario básico los conceptos claves de la nueva ley y los temarios que vienen.

- **Competencias clave:** un poco dejadas de lado en la última ley del PP, son la base sobre la que se organizan las propuestas estratégicas de la nueva ley. Las competencias son los conocimientos y habilidades que un alumno tiene que adquirir para resolver los problemas que le van a surgir en su día a día. En concreto son ocho: comunicación lingüística, la multilingüe, la de las STEM (matemática, ciencia, tecnología e ingeniería), la digital, la personal, social y de aprender a aprender, la ciudadana, la emprendedora y la conciencia y expresiones culturales. Si existe una competencia espiritual es un debate abierto.

- **Estándares:** las competencias han borrado de un plumazo los estándares de aprendizaje, eje curricular con la ley anterior. Procedentes del mundo de la empresa y la gestión de calidad, los estándares de aprendizaje evaluables son una concreción de todo lo que el alumno debe saber, comprender y saber hacer en cada asignatura, para ello son observables, medibles y permitir comprobar la gradualidad y evolución del aprendizaje. Un ejemplo de estándar de la asignatura de religión de Primaria es: “Nombra y secuencia representaciones gráficas de los momentos esenciales de la Pasión, muerte y resurrección de Jesús”. “Reconoce y representa una función lineal a partir de la ecuación o de una tabla de valores”, es un estándar de matemáticas de 1º ESO.

- **Perfil de salida:** es la herramienta en la que se concretan los principios y fines del sistema educativo a través de la identificación de todo lo que un alumno debe adquirir durante la enseñanza básica. La ley marca un perfil único para todos los españoles e implica a los objetivos y decisiones educativas en cuanto a estrategias y opciones de organización lectiva. Apunta a cuestiones como la responsabilidad personal, el estilo de vida saludable, el espíritu crítico, la resolución pacífica de los conflictos, la exigencia ética, afrontar la incertidumbre o el cambio social.

- **Descriptorios operativos:** en esta ley las competencias se han enriquecido con una serie de “descriptorios operativos” que concreta cada una de esas competencias en función del momento educativo en el que se encuentra un alumno. Por ello se marcan entre tres y cinco concreciones por etapa y competencia.

- **Competencias específicas:** como las competencias son generales, en esta nueva categoría se incluyen las actividades y situaciones que se afrontan desde cada materia, aunque tienen que ir unidas al perfil de salida y a los criterios de evaluación en función de las competencias generales. Para la asignatura de religión se han establecido seis que se van adaptando según las diferentes etapas.

- **Situaciones de aprendizaje:** muy de moda en la pedagogía actual, son actividades que implican que un alumno tenga que desplegar una serie de actuaciones en las que ponga a prueba su adquisición y desarrollo de las competencias clave y las específicas. De esta manera se comprueba si se han interiorizado estos aspectos para que sirvan de herramienta vital.

¿Qué se va a aprender en la clase de religión?

Hoy en día el currículo es algo más que la lista de contenidos distribuidos por cursos a impartir en una materia. El de Religión, como el de más materias, incluye competencias, algunas claves metodológicas y criterios de evaluación. Estas son algunas de las competencias específicas en las que se palpa una sensibilidad más teológica y una presencia mayor de las insistencias de **Francisco**:

Educación Infantil: “Reconocer hábitos básicos de relación tomando como referencia modelos cristianos”; “Desarrollar hábitos de acogida y amabilidad aprendidos a través de cuentos y narraciones bíblicas”; “Propiciar espacios inclusivos y pacíficos de convivencia, tomando como ejemplo las palabras y acciones de Jesús de Nazaret”; “Explorar el propio mundo imaginativo y simbólico y reconocer las propias emociones, descubriéndolo en momentos de silencio, quietud y espacios de reflexión guiada que permita descubrir la vida interior”, “Identificar a Jesús de Nazaret como el núcleo esencial del cristianismo”...

Educación Primaria: “Reconocer los vínculos y relaciones con los grupos de pertenencia, comparándolos con los de Jesús de Nazaret, identificando hábitos y principios que ayudan a generar un clima de afectividad, respeto, solidaridad e inclusión”; “Describir algunas situaciones cercanas de desamparo, fragilidad y vulnerabilidad, empatizando con las personas desfavorecidas”; “Descubrir cómo el pueblo cristiano muestra su fe en la vida diaria en diferentes fiestas y manifestaciones religiosas”; “Desarrollar sensibilidad sobre el valor de la vida y de la igual dignidad del ser humano, y su papel en el cuidado de la naturaleza”; “Observar en las celebraciones litúrgicas, los espacios sagrados y los sacramentos de la Iglesia elementos esenciales del cristianismo”; “Reflexionar sobre algunos principios generales de la ética cristiana, conociendo su realización en biografías significativas y movimientos sociales”; “Conocer el Credo de la fe cristiana, poniéndolo en diálogo con otras áreas de conocimiento científico y cultural y con otras religiones”...

ESO: “Describir y aceptar los rasgos y dimensiones fundamentales de la identidad personal, analizando relatos bíblicos de vocación y misión”; “Desarrollar empatía y reconocimiento de la diversidad personal y social”; “Analizar las necesidades sociales, identificando las situaciones de injusticia, violencia y discriminación, con sus causas, discerniéndolas según el proyecto del Reino de Dios, implicándose en propuestas de transformación social”; “Elaborar una primera síntesis de la fe cristiana, subrayando su capacidad para el diálogo entre la fe y la razón, entre la fe y la cultura”; “Formular un proyecto personal de vida con sentido que responda a valores de cuidado propio, de los demás y de la naturaleza”; “Reconocer la Iglesia, comunidad de los discípulos de Jesucristo, y su compromiso en la amistad social como núcleos esenciales del cristianismo, valorando críticamente su contribución cultural e histórica”...

Bachillerato: “Identificar e interpretar las ideas y creencias que conforman la identidad personal, contrastándolas con categorías fundamentales de la antropología cristiana”; “Distinguir los principios fundamentales del mensaje social cristiano, contrastándolos con otros humanismos e ideologías contemporáneas”; “Describir los retos políticos y económicos en entornos locales y globales,”; “Reconocer las características propias del saber teológico, en cuanto a su método, fuentes y contenido, identificando las semejanzas y diferencias con otros saberes, en especial con la ciencia, y valorando sus aportaciones éticas”...

Una clase de religión cada vez más accesible

Cuando **Beatriz Martínez Álvaro** comenzó a estudiar magisterio de Educación Especial no podía imaginarse que a esa vocación se uniría, en perfecta armonía, la de ser maestra de religión católica. Y es que ella, tras una propuesta del sacerdote de la parroquia de toda la vida –en la que era catequista– descubrió un nuevo horizonte educativo del que forma parte desde 2011. Actualmente es la profesora de religión en un colegio de Educación Especial con alumnos que van desde los 3 a los 21 años. Su recorrido comenzó también en otro colegio similar haciendo una sustitución, luego pasó por otros centros ordinarios mientras se ha ido especializando cada vez más en este campo a través de su práctica docente complementada con los estudios de psicopedagogía.

Recuerda su primera vez en el aula, con 21 años y la carrera recién terminada, como un “shock” ante las situaciones que se iba encontrando. Ahora, con mucha formación y

recorrido profesional, su vuelta a la Educación Especial sirvió para que “todo encajase en la cabeza y aplicar los conocimientos de la pedagogía terapéutica a los contenidos de la clase de religión”. Desde entonces las ideas no han parado de surgir. En este sentido, desde su experiencia, señala para aquellos profesores que creen que no sabrán adaptar la materia que “los recursos nacen de las propias necesidades de los niños y ellos las van pidiendo”. En este sentido, el diseño universal de aprendizaje de la nueva ley implica que “no hay que hacer cosas específicas para los niños con necesidades educativas especiales, sino que podemos hacer materiales y presentaciones que sirvan para todo el alumnado y que todos se puedan ver enriquecidos con los contenidos y con la diversidad de las aulas”.

Esta es una clave que abraza del nuevo texto y es que, para la docente, es “muy positivo” que en las nuevas propuestas se puedan llevar a cabo desde “una visión más amplia que nos aleja del riesgo que podíamos tener de elaborar un currículo paralelo cuando el alumnado tenía un desfase curricular muy grande”. Desde las competencias se pueden “presentar a todos los contenidos de forma accesible sin hacer diferenciaciones”.

Esto no es solo teoría. En estos años, ha vivido cómo a sus alumnos la clase de religión “completa la formación de la persona, les enriquece muchísimo” incluso a quienes tienen necesidades más graves y permanentes. “Los avances que han tenido en este campo han sido muy grandes, desde empezar a identificar a Jesús, el conseguir hacer la señal de la cruz a pesar de las dificultades motrices, salir al entorno y conocer la parroquia de nuestro barrio para descubrir la relación con lo que hacemos en clase y reconocer a Jesús en el sagrario...”, relata Martínez Álvaro. Ahora bien, como ha reflexionado alguna vez en la revista *Religión y Escuela*, es consciente de que “los avances son a muy largo plazo, pero se van viendo y las familias, que también quieren vivir su fe con sus hijos, se muestran muy agradecidas”. En cualquier caso, invita “a ser realistas y valorar mucho los avances de cada día”.

Más allá del aula, el profesor de religión tiene que “hacer un esfuerzo extra por demostrar que es un profesional”, apunta la maestra. Para Beatriz Martínez, desde su experiencia, una vez que esto se demuestra “entonces te acogen, te llaman por tu nombre –y dejas de ser el de ‘reli’– y animan a los alumnos a que vayan contigo”, pero, lamenta, “tienes que demostrar que eres profesional, algo que en otros perfiles se presupone”. Y es que, el balance de estos años, es que todo esto “ha sido un regalo del Señor”. Así se muestra “enamorada de su trabajo, de sus alumnos y de la materia”, sentencia.

Alfonso Carrasco: “Los profesores de Religión son pioneros”

La publicación del currículo es, en cierto modo, un punto de llegada y un punto de partida. El obispo de Lugo, Alfonso Carrasco, presidente de la Comisión Episcopal para la Educación y Cultura, valora en *Vida Nueva* la publicación de este documento que orientará la clase de religión del mañana.

PREGUNTA- Ha concluido el trabajo de elaboración de los nuevos currículos de Religión con un método nuevo y una amplia participación. ¿Qué balance hace la comisión de esta experiencia?

RESPUESTA- La experiencia ha sido buena y enriquecedora. Haber adoptado un método participativo ha supuesto expresar a la comunidad educativa la voluntad decidida de los obispos de seguir cuidando la asignatura de Religión y la importancia que reconocen al protagonismo y a la experiencia de los profesores. Comunicar estas certezas claramente ha sido un bien, ayudando a percibir que existe un horizonte de futuro para esta asignatura y promoviendo el compromiso y la colaboración de todos.

Por otra parte, este método ha enriquecido mucho la elaboración del currículo, facilitando que la Comisión diese pasos importantes en la renovación de los

planteamientos y los contenidos. Confiamos en que la participación de tantos en el proceso de su elaboración ayude ahora a la comprensión y a la acogida del currículo. Y deseamos, en particular, que este método pueda tener continuidad, comenzando por compartir la experiencia de la nueva programación, sus dificultades, ventajas e inconvenientes; será muy importante para la fecundidad de la clase de Religión y para el trabajo futuro de la Comisión.

En el balance pesa mucho también el valor de las relaciones establecidas y el agradecimiento por la colaboración generosa de muchas personas, expertas en pedagogía, psicología, profesores de teología y de formación del profesorado, titulares de escuelas concertadas, responsables de fundaciones escolares, de asociaciones de familias, de editoriales, y, de manera particular, delegaciones diocesanas de enseñanza y profesorado de religión. Las muchas aportaciones que nos llegaron por las vías abiertas con el “Foro virtual” y con la publicación de los borradores del currículo, fueron de gran ayuda, a veces de modo muy concreto; y querría agradecerlas también expresamente.

Elaborar de este modo el currículo, con tantas y tan diversas colaboraciones, nos ha enseñado de nuevo que caminar juntos resulta imprescindible en una tarea educativa que necesita de todo el Pueblo de Dios.

P.- ¿Cómo se traducirá esta nueva propuesta curricular con la variedad en la carga lectiva de las autonomías?

R.- En aquellas Administraciones educativas que han dado a la asignatura una carga lectiva superior a la mínima determinada por el Ministerio, será posible una programación más acorde con los objetivos educativos de este ámbito de enseñanza. La dificultad será mayor en aquellas Comunidades Autónomas que se ha dejado reducido a una hora semanal; será un desafío para el profesorado conseguir que la contribución de la clase de Religión resulte suficiente, de modo que no se pierdan aspectos importantes de las competencias personales y sociales previstas por la Ley. En todo caso, incluso el mínimo de una hora puesta a disposición para la asignatura es siempre, para nosotros, una ocasión educativa importantísima; y nos alegramos de que esté asegurada por nuestro marco jurídico.

Por supuesto, la variedad de regulaciones podrá significar una diversidad en la integración de la asignatura en el conjunto del currículo y en las actividades de cada centro educativo, en lo que también influirá la carga lectiva que se haya adoptado. Y, a pesar de que todas las Comunidades Autónomas tienen un mismo currículo de Religión aprobado por la CEE, podrá haber también alguna variedad en la programación, particularmente en lo referente a las situaciones de aprendizaje.

P.- Después de este trabajo tan intenso para sintonizar los currículos con los principios de la Lomloe, ¿sigue la comisión valorando de la misma manera la ley educativa?

R.- La Comisión parte de una valoración primera de la Lomloe: es la Ley de educación actualmente vigente, que hemos de aceptar como tal, para estar presentes en el sistema educativo. Esta presencia es la primera forma de defensa de la libertad de enseñanza y de los derechos de las familias. Ello no quita el imprescindible juicio crítico con respecto a opciones, teóricas y prácticas, propias de la Ley.

El trabajo de los currículos ha servido sin duda para profundizar en los principios pedagógicos de la LOMLOE, a los que debe adaptarse también la asignatura de Religión; y creemos que puede hacerlo, que esta pedagogía no implica necesariamente contradicción con planteamientos cristianos. Por otra parte, no es una novedad completa y en nuestras escuelas, también concertadas, hay ya experiencia de trabajo con estos principios pedagógicos; otra cosa será ver con cuánto éxito se consigue ponerlos en práctica.

La descripción del entorno cultural implicada en la Lomloe, dependiente también de la UE y de la UNESCO, es una realidad con la que se confrontarán inevitablemente alumnas y alumnos; por ello, en la medida en que implica la dimensión moral y religiosa de la persona, constituye un desafío para la clase de Religión, la cual habrá de ofrecer al alumnado la posibilidad de verificar razonablemente la respuesta de la fe a estas grandes cuestiones humanas.

Los límites de los planteamientos culturales propios de la Ley siguen pareciéndonos los mismos que percibimos desde el principio, vinculados a una escasa percepción de la trascendencia, de la dimensión propiamente religiosa de la persona. Sigue siendo necesario, por tanto, valorar e integrar mejor la libertad de conciencia y los derechos de las familias, poner en el centro la formación integral del alumno, superando la tentación de perspectivas utilitaristas. Son realidades que habrán de ser testimoniadas por la presencia de la escuela de identidad cristiana y la asignatura de Religión católica.

La posibilidad de una utilización de la enseñanza al servicio de ideologías propias de determinados grupos de poder no está nunca excluida, por supuesto; tampoco por los principios propios de la Lomloe, a pesar de la frecuente apelación a la necesaria “laicidad” del Estado.

P.- ¿Cómo sintoniza la nueva propuesta con elementos tan variados como la Doctrina Social de la Iglesia, la Agenda 2030 o las propuestas del papa Francisco?

R.- Nuestra propuesta busca conscientemente estar en sintonía con la Doctrina Social de la Iglesia y con la propuesta del papa Francisco. Las referencias a la Agenda 2030, en cambio, provienen de su presencia en los planteamientos y objetivos de la Ley y, por tanto, de su actualidad en la vida de la escuela y de la sociedad; son cuestiones con las que niños y jóvenes tienen que confrontarse de hecho, y en las que no podemos dejarlos solos, generando la impresión de que el Evangelio no tiene que ver con la vida real, con el mejor modo de estar hoy en el mundo. Creemos seguir en esto las enseñanzas del papa Francisco –de salir al encuentro de las personas en su realidad concreta–, su propuesta de promover un “Pacto Educativo Global” y su magisterio particular, por ejemplo en *Laudato si’* o en *Fratelli tutti*. El currículo está atento, además a los grandes temas de Doctrina Social –referidos a la paz, la dignidad de toda persona y los derechos fundamentales, el rechazo de las discriminaciones e injusticias, la justicia en las relaciones económicas y sociales, en las relaciones entre los pueblos y con la naturaleza, etc.– que tienen hoy gran actualidad.

Otros aspectos están igualmente presentes, por supuesto, relativos a los contenidos de la fe en Dios, al Credo cristiano, a las verdades morales fundamentales, a la historia de la Iglesia, al diálogo interreligioso, etc. Aunque estos contenidos del currículo no son directamente doctrina social, la hacen posible, pues esta doctrina depende radicalmente de la comprensión de la verdad de la persona, de la madurez de su conciencia moral y de los aprendizajes de las correspondientes competencias –virtudes.

P.- ¿Hay elementos ideológicos de la Ley Celaá que son incompatibles con la propuesta cristiana?

R.- La Lomloe no contradice directamente estas afirmaciones cristianas, ni impide que nosotros las hagamos en el currículo. Sin embargo, nos parece imprescindible que algunas de sus posiciones, por ejemplo sobre el “género”, no se conviertan en vías para la introducción de una ideología desde el poder político; por el hecho mismo, que contradiría la neutralidad del Estado y la libertad de la sociedad, y porque podría conllevar elementos y perspectivas incompatibles con una antropología cristiana. También desde este punto de vista se comprende que pueden tener muchas repercusiones en la práctica las reservas que la Ley introduce con respecto a la libertad de conciencia y de enseñanza.

P.- ¿Qué tipo de docente de ERE reclaman los nuevos currículos?

R.- El currículo reclama un docente con pasión por las personas que le son confiadas para su educación, con pasión por el Evangelio y con claridad sobre cómo la fe ilumina y hace posible la vida humana, personal y social. Es decir, un profesorado, ante todo, con vocación, con compromiso personal por su relación viva con la Iglesia, por su inteligencia de la razonabilidad de la fe y por su afecto real por quienes le son encomendados. Por ello, los currículos piden hoy del docente un esfuerzo particular de formación, sobre todo teológica y pedagógica; para comprender bien el modo en que se plantean contenidos y propuestas, el sentido y la aportación específica de la asignatura, así como los principios y métodos pedagógicos. Así podrá cumplir su misión educativa y estar en la escuela participando y colaborando activamente en su vida, con plena dignidad académica. De hecho, este ha sido el caso en muchos cambios legislativos anteriores: docentes de Religión han sido pioneros, y una ayuda para todos en sus centros educativos.

Me parece oportuno insistir también en el cuidado de una relación viva con la Iglesia, algo exigido no sólo jurídicamente, sino por la lógica misma del currículo de Religión; pues el docente habrá de valorar la identidad y el enraizamiento religioso del alumno en su comunidad cristiana, y habrá de saber mostrar cómo la fe en el Evangelio ilumina razonablemente la persona, su vida moral y religiosa, su destino personal y su misión en la sociedad.

P.- ¿Cuál es el siguiente frente de la Comisión con el Ministerio de Educación y Formación Profesional?

R.- Ya se ha anunciado por el Ministerio de Educación y Formación Profesional la voluntad de repensar el estatuto del docente. Esto afectará a nuestra Comisión, al menos por lo que implica para el profesorado de Religión. Será sin duda un desafío, pues hay muchas cuestiones abiertas; pero es también una oportunidad. Esperamos poder afrontarlo en diálogo con el Ministerio y con la participación de la comunidad educativa, en primer lugar de los docentes mismos, pero también de los centros universitarios de formación del profesorado, con los que estamos en contacto.

Por supuesto, desde el Ministerio podrían plantearse también nuevas cuestiones, que pidiesen respuesta por nuestra parte. Nosotros hemos ofrecido siempre disposición al diálogo y colaboración leal, como creemos corresponde a las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Procuraremos seguir por este camino, bien sabiendo que en esta relación estamos al servicio de los derechos de las familias, de la libertad de enseñanza y, por tanto, de nuestra libertad como cristianos, como Iglesia, para estar presentes y ser también protagonistas en nuestro sistema educativo.



POR TU PALABRA

El comentario de textos bíblicos⁵⁶

Carlos Rey, SDB

Estimados lectores

Tiempo atrás colaboré con la revista Forum a través de pequeños artículos elaborados a partir de las cosas de la vida. Vuelvo a hacerlo ahora con otra orientación: **EL COMENTARIO DE TEXTOS BÍBLICOS**.

Sé que es algo que muchos hacen, pero es mi intención darle un toque especial poco común: el propio de la “**LECTURA EXISTENCIAL O ANTROPOLÓGICA DE LA VIDA**”. Este método de lectura busca en un primer momento identificar y prestar especial atención a la vida ordinaria o dramática existencial que revela el texto para, después, identificar, dar énfasis y centrarse en la presencia y acción de Dios en la historia. Este modo de leer la Biblia distingue, sin separar, la vida real y la presencia activa de Dios en ella, con el fin de descubrir la verdad más honda de los acontecimientos, la que los ilumina y da sentido.

El contexto cultural actual

Vivimos en una cultura antropocéntrica. El centro de la cosmovisión del hombre moderno, al menos en nuestro primer mundo, ya no es Dios ocupando el lugar central, llevando la iniciativa, haciendo milagros y llenando todo de su presencia cuasi física. Ahora es el ser humano quien se sitúa en el lugar de Dios: consciente de su poder y responsabilidad, ha tomado la vida y la historia en sus manos; cree incluso que puede vivir sin Dios.

En este contexto, Dios sobra y no es necesario para la realización de la persona; más bien atenta contra su autonomía y capacidad de decidir sobre sí mismo y el mundo. Y sobra todo lo que hable de Él: la religión, las instituciones religiosas, la Biblia misma. Si acaso, se reconoce la labor moralizadora y civilizadora que han jugado en la historia y pueden seguir realizando, pero poco más.

Siendo esto así, a la hora de evangelizar conviene partir del ser humano tal y como es hoy; lo mismo para que llegue a la experiencia de la Biblia como Palabra de Dios que salva: habrá que empezar “desde abajo y desde dentro” de él mismo, de su historia en el

⁵⁶ Todos los comentarios bíblicos de Carlos Rey están disponibles en la página web <https://soto.salesianos.es/parroquia/comentarios-biblicos/>.

mundo, sus necesidades y anhelos, los propios de la condición humana tocada y herida por el pecado, el límite y la caducidad, experiencias comunes a toda persona.

¿En qué consiste la Lectura Existencial?

Este modo de leer la Biblia busca sacar a la luz y hacernos tomar conciencia de su riqueza antropológica y existencial, es decir, de qué modo y hasta qué punto refleja la realidad del ser humano para, sobre esta base, ir más allá y descubrir progresivamente su valor como “Palabra de Dios”. Son dos, por tanto, los momentos de acercamiento al texto:

- EN EL PRIMERO PRIMA LO EXISTENCIAL O ANTROPOLÓGICO: nos centrarnos en identificar, destacar y valorar las experiencias y vivencias humanas de la persona o colectivo y su conexión con las nuestras, hombres modernos. Dicho con otras palabras: la “Lectura Existencial” se llama así porque rastrea lo propio del ser humano que contiene el texto, lo que facilita la conexión e identificación con él.

Pero la finalidad de este ejercicio no es quedarnos ahí, sino hacer de ello plataforma o puente para dar un paso más, o mejor, un salto a otro nivel: EL TEOLOGAL.

- EL SEGUNDO SE CENTRA EN LA PRESENCIA Y ACCIÓN DE DIOS, poniendo atención en percibir las en los acontecimientos y en la historia, viendo cómo Dios transforma a las personas y da un nuevo sentido a los acontecimientos, felices o dramáticos, alegres o tristes, de entonces y de ahora.

Supone, por tanto, una especial conexión con lo real, con lo cotidiano, con lo que sucede, para desde ahí ir descubriendo la realidad más honda y verdadera de la realidad: la de Dios, los cambios que provoca en el corazón humano y el nuevo sentido que, a su luz, adquiere la vida, incluso el dolor, el sufrimiento y la muerte. Esto nos permite conectar con el texto, captar nuevos matices en él, nos revela cómo es Dios y nos acerca al modo de ver y de hacer de Jesús, lo cual es fuente de suave alegría y profundo gozo.

Ambos momentos, aunque distintos, interactúan y están muy relacionados entre sí. Son en realidad dos niveles de lectura:

- EL EXISTENCIAL, referido a la situación, la trama o drama que vive el ser humano, sus interrogantes y el misterio personal de cada uno, por lo que la Biblia nos ayuda a aprendernos a nosotros mismos y a comprender mejor la vida y la historia.
- EL TEOLOGAL, término no siempre sinónimo de espiritual, en cuanto que en la Biblia se hallan las respuestas a las grandes preguntas del hombre sobre Dios, ese misterio que le ha intrigado siempre: quién es, cuál es su relación con nosotros, la historia y la realidad... y sobre el ser humano, el otro gran misterio: su origen y destino últimos, su dignidad, sus límites y el sentido de su existencia...

Dice J.L. Elorza, maestro y divulgador de este modo de lectura:

Esta lectura en clave existencial es, hoy día, insustituible si queremos que la Biblia venga a ser espacio de experiencia de Dios. Antes que o al mismo tiempo que experiencia de Dios, tiene que haber experiencia de la existencia con toda su riqueza y problemática. Es decir, primero los presupuestos antropológicos porque solo desde ellos puede la Palabra de

Dios conectar con las entrañas del ser humano y suscitar experiencias de salvación⁵⁷.

¿Cuáles son los frutos de este modo de leer la Palabra?

- NOS HACE VER SU CONEXIÓN CON NUESTRA VIDA, que habla de nosotros, que sus historias nos reflejan, desnudan, sorprenden, iluminan, responden a nuestras ansias más hondas y nos dan vida... ¡Cuánto tiene que ver la Biblia con nosotros!
- NOS DESCUBRE LA PRESENCIA ACTUANTE DE DIOS en sus relatos y en los nuestros transformándonos, dando un nuevo sentido a los sucesos y un insospechado horizonte a todo: el de Jesús.

Así es. Lo afirmo desde mi larga experiencia personal y de enseñarla y acompañar a personas que la practican. Mi deseo es compartir con mis hermanos salesianos algo que aprendí de otros, que considero muy valioso y creo que puede ayudar.

La “Lectura Existencial” conecta con nuestra sensibilidad de hombres modernos, hace más comprensible el texto bíblico, desvela matices nuevos y facilita el acceso al modo de ser, ver y actuar de Jesús. Por todo ello es especialmente apto para el hombre de hoy y, como ya dije, fuente de honda alegría.

El Antiguo Testamento

La Lectura existencial es apta tanto para el Nuevo como para el Antiguo Testamento, pero especialmente para este último, el gran desconocido. Siendo preparación del Nuevo, refleja mejor que este la dimensión o nivel existencial del ser humano, algo esencial para la comprensión teológica, en clave de fe, del mismo, por lo que conviene decir una palabra sobre el mismo.

Escribe J.L. Elorza:

Hay que volver a apreciar el AT. Muchos podrían mirarlo, con razón, como un libro deficiente desde el punto de vista dogmático y moral... Es evidente que el NT supera al AT desde el punto de vista de los contenidos más definitivos, de la revelación; pero desde el punto de vista catecumenal y existencial, el AT supera al NT: es escuela de aprendizaje de los grandes temas antropológicos: la libertad, la identidad, la esperanza, la reconciliación con la realidad, la confianza, la paciencia histórica, la experiencia plural y paradójica de la relación con Dios, un Dios de imagen igualmente plural, etc...⁵⁸

En la Biblia, especialmente en el AT, prevalece lo histórico, lo experiencial y lo existencial... Es un libro fundamentalmente testimonial: atestigua situaciones y experiencias vividas (¡y que seguimos viviéndolas!). Hay de todo, pero destaca lo sucedido, lo vivido, lo gozado y lo padecido, tanto a nivel individual como colectivo. Nos ofrece historia vivida...; acontecimientos vividos...; estampas de hombres y mujeres reales...

Los libros del AT... nos presentan tipos humanos reales, nos hablan de acontecimientos y situaciones vividas... Es decir, la presencia humana en el mundo en su riqueza y complejidad, en su belleza y dramaticidad. ¡Un

⁵⁷ J.L. Elorza, *Lectura existencial de la Palabra para el hombre moderno*, p. 48.

⁵⁸ *Ibidem*, p. 29.

libro profundamente humano que nos ayuda a comprender el corazón humano y el espesor de sus experiencias.⁵⁹

El origen de los comentarios

Los comentarios de textos bíblicos que presentaré mes a mes en la revista Forum son fruto de varios años de trabajo con grupos bíblicos en Burgos y, sobre todo, en Soto del Real.

El método que utilizo es muy sencillo y práctico:

- TRABAJO PERSONAL: a cada quince días ofrezco a los miembros de los grupos un texto bíblico, frecuentemente del Antiguo Testamento, con algunas preguntas que les ayuden a profundizar en él, para que cada uno lo trabaje en casa solo o con su consorte, caso ambos estén en un grupo.
- TRABAJO EN GRUPO: en la reunión proyectamos el texto y lo vamos leyendo y comentando poco a poco, a partir de las preguntas que les voy haciendo. Este continuo preguntar y responder ayuda a los participantes a percibir detalles y matices que suelen pasar desapercibidos, tanto a nivel existencial-antropológico (natural) como teologal-espiritual (presencia activa de Dios).
- COMENTARIO EN LA WEB: concluidos los encuentros de los grupos, cuelgo en la Web de la Parroquia un comentario que recoge y completa las diversas contribuciones. Su lectura completa el proceso. Estos comentarios son los que presentaré en la revista.

Como se ve no es nada del otro mundo, pero las personas se sorprenden al descubrir la novedad y hondura de los textos, al sentir una inesperada conexión con ellos, percibir que reflejan lo que viven, que responden a sus inquietudes y ansias más profundas y les abren al modo de mirar y de ser de Jesús.

La Lectura Existencial es solo una mediación, pero muy apropiada para disponerse a acoger la acción del Espíritu Santo, que es quien, en definitiva, abre y mueve los corazones a la inmensa riqueza de la Palabra.

Os ofrezco, estimados hermanos salesianos, lo que yo mismo recibí esperando que os sea útil y disfrutéis leyendo la Biblia.

Dios y su palabra como fuente de alegría y gozo. ¡Qué grande! Ya lo dijeron los que nos precedieron:

El profeta:

Con gozo me gozaré en Yahvé, exalta mi alma en mi Dios, porque me ha revestido de ropas de salvación, en manto de justicia me ha envuelto como el esposo se pone una diadema, como la novia se adorna con aderezos (Is 61,10).

Los salmistas:

⁵⁹ Ibidem, p. 40.

Te doy gracias Yahvé, de todo corazón, cantaré todas tus maravillas; quiero alegrarme y exultar en ti, salmodiar a tu nombre, Altísimo (Sal 9,2-3).

Me mostrarás el camino de la vida. Hay gran alegría en tu presencia, dicha eterna junto a ti (Sl 16,11).

María:

Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios mi salvador (Lc. 1,46-47).

Y el mismo Jesús:

Os he dicho esto (acaba de hablar a sus discípulos del amor de Dios por ellos y de permanecer en Él) para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea colmado (Jn 15,11).

Un abrazo fraterno.

Carlos Rey

EL ANAQUEL

Tres enredos espirituales de hoy⁶⁰

Alberto Cano Arenas, SJ⁶¹

Tres discursos espirituales aparecen hoy con cierta frecuencia en el ámbito eclesial: la psiquiatrización de la vida espiritual, la hipertrofia del bienestar y la tentación de la debilidad. Para que estas tres narrativas no acaben por desgastarnos, ocasionando un daño con importantes consecuencias en la vida apostólica y pastoral, necesitamos dilucidar los engaños que ocultan y diseccionar tales categorías espirituales para enmendarlas. Solo así lograremos explicarnos e implicarnos ante la realidad, atravesados por un deseo de infinito que se concreta cada día en la realización humilde, madura y responsable de la propia vocación en el seguimiento de Jesús, alejados del egocéntrico “solo yo” que nos tienta y enreda.

Introducción

Cada época y cada generación poseen sus propias *categorías de propulsión*. Es decir, las claves que le sirven de motor para intentar explicarse a sí misma con el mayor nivel posible de fidelidad. Pues resulta que, del mismo modo, nuestro momento creyente se va dotando de esta serie de elementos comunes que nos permiten contarnos quiénes somos, interpretar qué nos sucede o aclarar algunas de las cosas que nos pasan en el terreno espiritual. Sin embargo, al mismo tiempo que nos ayudan, algunos discursos cotidianos también nos pueden enredar. Porque no todo lo que nos decimos es siempre aséptico ni neutro. Y porque las categorías desde las que nos entendemos no solo nos *explican* aquello que vivimos, sino que en muchas ocasiones nos *implican* con una fuerza enormemente poderosa, adosándonos a un determinado posicionamiento ante la realidad.

Por eso, las páginas que siguen tratan de proporcionar una disección espiritual de tres de estos discursos que aparecen hoy con cierta frecuencia en el espacio eclesial. Con el objetivo de dilucidar algunos engaños –más o menos conscientes– que quizás se pueden esconder agazapados bajo categorías que, ciertamente, tienen su atractivo y su innegable interés. Pienso sobre todo, como digo, en contextos creyentes y en personas que quieren vivirse y entenderse desde la fe. Pero, aunque me parecen válidas para cualquier estado de vida, al escribir estas intuiciones (necesariamente incompletas e iniciales) tengo en la cabeza de forma particular a personas consagradas, sacerdotes, seminaristas, miembros de sociedades de vida apostólica y religiosos en formación.

⁶⁰ Pliego publicado en la revista “Vida Nueva”, núm. 3.279 del 16 al 22 de julio de 2022.

⁶¹ Psiquiatra.

Los tres discursos espirituales que he seleccionado son los que me parece que, en este momento y por diferentes motivos, tienen una relevancia mayor: la *psiquiatrización de la vida espiritual*, la *hipertrofia del bienestar* y la *tentación de la debilidad*. Quiero alejarme de lecturas parciales, reduccionistas y polares acerca de cuestiones que son tremendamente delicadas. Me gustaría, eso sí, poner el foco en lo que de viscoso pueden tener estas tres narrativas que acabo de señalar. Para que no se nos conviertan, sin quererlo, en ofensas que nos infrinjan calladamente un daño con repercusiones pastorales, apostólicas o de misión que no resultaría nada banal.

En el fondo de estas líneas late un deseo por el que todo ser humano se encuentra atravesado y que tiende al infinito. Es el deseo del *más*: más honestidad, profundidad, fidelidad, hondura, discernimiento, perseverancia, compromiso, discreción, entrega, reconciliación, amor, servicio... santidad. Un deseo que, en cada uno de nosotros, encuentra su regazo en la realización concreta, humilde, madura y responsable de la propia vocación en el seguimiento del Señor **Jesús**⁶². Un deseo, en definitiva, que se ahoga cuando se desploma en el pozo egocéntrico del “solo yo”; pero que se vigoriza cuando sale “de su propio amor, querer e interés”⁶³. Creo que necesitamos enmendar de algún modo estas categorías espirituales que vamos replicando una y otra vez y que, con grandes sutilezas, nos pueden acabar por desgastar.

I. LA PSIQUIATRIZACIÓN DEL ESPÍRITU

1. ¿El hábito de “no estar del todo bien”?

No resulta sencillo encontrarse hoy a quien te diga que, de verdad, “se encuentra bien”. Así, sin más. Sí, alguien que esté honestamente a gusto con lo que hace, suficientemente ilusionado con lo que lleva entre manos, sereno en medio de los ajetreos propios de lo cotidiano, colmado de sentido con lo que en este momento le toca vivir... e incluso atractiva y contagiosamente entusiasmado. Y me pregunto si, de algún modo, no nos habremos acostumbrado a “encontrarnos mal”. O, mejor dicho, “a no estar del todo bien”.

Sin duda, todos somos susceptibles de vernos sumidos en episodios francos de depresión mayor o anegados por síndromes ansiosos graves que apenas nos dejen respirar. Cualquiera, por recios y estables que nos consideremos. Insisto, todos sin excepción. Y entonces lo sensato y lo cabal (y también lo humilde y lo difícil, es cierto) será ponernos en manos de quienes profesionalmente, desde la psicología o la psiquiatría, nos puedan ayudar.

Sin embargo, con honradez, ¿podemos decirnos que todo lo que nos pasa es psicológico?, ¿que lo que nos afecta ocurre simplemente en nuestra vida mental?, ¿que lo que nos hace sufrir es un síntoma que “nos viene” y “nos entra” (así, como quien se coge una gripe), y ya está? Más aún, ¿es saludable creernos que no hay momentos vitales en los que lo *normal* sea sentirse mal? Pues bien, plantearse esto resulta de una importancia crucial porque, en palabras de **Yves Congar**, “aquellas personas que no saben cómo sufrir, no saben cómo esperar”⁶⁴.

La enfermedad mental existe y genera mucho sufrimiento. En primer lugar, a quien la sufre; pero también alrededor. Supone, en la mayoría de los casos, un inmenso dolor. Y

⁶² Pues, como señaló hace ya más de veinticinco años el P. Peter-Hans Kolvenbach, “ni en el matrimonio ni en el celibato podemos decir que amamos si no lo expresamos corporalmente de un modo u otro: ¿puede imaginarse una novia que jamás abraza a su novio?”. Peter-Hans Kolvenbach, SJ, *Alocución a los jesuitas en formación de la Provincia de México* (1996).

⁶³ San Ignacio de Loyola, *Ejercicios Espirituales*, 189.

⁶⁴ Yves Congar, OP, *Dialogue between Christians: Catholic contributions to ecumenism* (1966). Traducción del autor.

por eso no podemos jugar con ella –menos aún, con aquellos que la padecen– mediante espiritualizaciones burdas que nos protejan infantilmente de patologías, trastornos, síndromes o enfermedades que producen una gran aflicción.

Pero, del mismo modo, nos hacemos un flaco favor cuando reducimos la complejidad de nuestra vida a lo que le ocurre a nuestra psicología (a nuestro cerebro, a nuestra mente, a nuestros pensamientos, a nuestros afectos... como lo queramos llamar). Y esto es un arma de doble filo, porque funcionando de tal modo nos podemos engañar. Porque nos olvidamos de que somos mente, sí... pero también espíritu.

¿Qué quiero decir? Pues que hay dolencias (o achaques, si queremos) que no son de la mente, sino del espíritu. O al menos, que son intermedias; *mezcladas*, podríamos decir. Y que son *normales* porque forman parte de cualquier vida psicológica y espiritualmente estable. En otras palabras: que hay tristezas o ansiedades que no podemos entender como síntomas (ya que no las “pillamos” sin motivo ni explicación), sino como consecuencias naturales del vivir, en las que algunas veces anidan ciertas fallas de sentido o quiebras del horizonte espiritual.

2. Tres achaques espirituales de hoy

Creo que en nuestros días hay tres de estas fallas de sentido de las que estamos particularmente aquejados, sobre todo desde planteamientos de vida creyentes. Y, por otra parte, a las que tenemos todo el derecho del mundo, porque –insisto– pueden ser absolutamente inherentes a cualquier desarrollo vital normal. Pero, eso sí, que nos cuesta horrores acabar de aceptar y asumir como tales.

- El primer achaque espiritual es el de la **soledad**. Por supuesto que es complicado sentirse solo. Supone un desgarramiento interior notar que, quizás incluso repletos de gente alrededor, al final, en el fondo, nos vivimos como sin hogar. Y con todo, aun resultando exigente, la soledad puede ser una consecuencia natural de algunos proyectos de vida conscientemente elegidos (por ejemplo, desde la fe, las opciones consagradas o sacerdotales). Ahora bien, tal soledad –inherente a ciertos desempeños vocacionales– acarrea siempre un reto porque nos lanza una pregunta de tipo espiritual: lo que hago y vivo... ¿es *con Cristo*?
- El segundo achaque espiritual es el de la aparente **inutilidad**. La inutilidad es esa sensación de estarme entregando envano, sin resultados manifiestos, sin atractivos, con pocos éxitos, con escaso reconocimiento, incluso con fracasos... ¡y con frustraciones! Porque, claro, “con lo que yo valgo... y lo desaprovechado que estoy”. Pero es que nuestra llamada es a ir detrás del Señor. ¡Detrás! Sí, detrás. Entonces... ¿qué esperábamos? Pues bien, este desgarramiento del espíritu nos lanza una nueva pregunta espiritual: lo que hago y vivo... ¿es *en Cristo* (es decir, como Él, a su modo y manera)?
- El tercer achaque es el de la **dificultad**. Porque hay decisiones que implican tareas objetivamente complejas, que hacen mella, que tienen consecuencias (también sobre la propia salud o estabilidad). En definitiva, que cuestan; y, a veces, mucho. Bueno, pues el tirón que conlleva este último achaque es también espiritual, porque nos confronta con una pregunta más: lo que hago y vivo... ¿es *por Cristo*? La cuestión es que cuando estas dolencias aparecen (y no predomina en ellas una disfunción psicológica que anule la voluntad), aun acompañándose de su dosis de malestar, su abordaje tendrá que ser inevitablemente espiritual. No se resolverán con una patada a seguir hacia la psicología, pues se juegan en otra cancha. Habrá que rescatar algo así como una *homeopatía del*

espíritu. Es decir, tratar a lo igual con lo igual; a lo espiritual con lo espiritual. Pues hay clases de demonios que “solo pueden salir con oración”⁶⁵.

3. Contra la psiquiatrización del espíritu

No podemos jugarlo todo y siempre a la carta de la psicología. No podemos, tampoco, acomodarnos y recrearnos en un pretendido síntoma que nos lleve, así, a abandonar la irrenunciable lucha espiritual contra las consecuencias de la desolación. Necesitamos introducir una dosis de humilde resistencia, de serena insurrección, de sana batalla contra el desaliento y la sequedad. Resulta obligado rebelarse espiritualmente contra la desolación, los fantasmas y los miedos. O plantarle cara al mal espíritu – “hacer contra”, como diría san **Ignacio de Loyola**– con una aleación de voluntad, inteligencia y discernimiento. Pero siempre con cuidado de no consentir el regodeo ni la autocomplacencia que, a modo de ganancias secundarias, nos proporciona la embaucadora rutina de alimentar nuestro dolor.

En definitiva, necesitamos recuperar una actitud espiritual que nos libere deliberadamente del dañino hábito de “no acabar de estar bien”. Dicho de otra manera, nos hace falta determinarnos a construir hábitos que nos ayuden a “encontrarnos – espiritualmente– bien”. Y esto no consistirá únicamente en una tarea psicológica, sino que sucederá como respuesta a la confianza, que es el lugar teológico en el que encuentra sentido la frustración, si esta asoma como consecuencia de una apuesta por amor. Pero a una confianza real –y, por ello, divina– en la promesa de Dios: “¡Animo! Soy yo. ¡No temáis!”⁶⁶. A una confianza, en fin, que será siempre pascual. Esto es: arrodillada, clavada en cruz y resucitada.

Y es que, en palabras de **Benjamín González Buelta**, porque hemos sido consolados por el Señor, también “somos responsables de la alegría y de la fiesta, como lo somos de la creatividad y de la fidelidad hasta la cruz. El Jesús que nos fue fiel en la pasión hasta la muerte, también nos es fiel en la resurrección [...]. Es una alegría imposible, inalcanzable, pero real y gratuita como don del Resucitado”⁶⁷.

II. LA TIRANÍA DEL BIENESTAR

4. ¿Bienestar o ‘bienhacer’?

Con bastante frecuencia escuchamos, especialmente en contextos creyentes, que “lo importante es lo que somos, no lo que hacemos”. Y esto es absolutamente verdad, porque en cada uno de nosotros se aloja un valor absoluto que nos acompañará en cualquier circunstancia, momento y situación. Tenemos un valor radical por el simple hecho de ser lo que somos: es la dignidad. Más aún, esta dignidad profunda de la que todos participamos no crece ni se intensifica por lo que hacemos o por lo que dejamos de hacer. Así que, en este sentido, es totalmente cierto que más importante que lo que hacemos es lo que somos. Concretamente, desde la fe, lo que somos es criaturas amadas por Dios.

Y, sin embargo, a veces me asalta otra sospecha: ¿no habremos sustituido la importancia de *lo-que-somos* por el despotismo del *cómo-estamos*? Es decir, ¿no estaremos asistiendo a una peligrosa hipertrofia del bienestar? Y, a consecuencia de ello, ¿no se nos irá devaluando sutilmente la llamada original a hacer el bien?

⁶⁵ Mc 9, 29; Mt 17, 21.

⁶⁶ Mt 14, 27; Jn 6, 20.

⁶⁷ Benjamín González Buelta, SJ, *Signos y parábolas para contemplar la historia* (Sal Terrae, 1992).

Sería burdo, caricaturesco y simplón pretender disociar el bien que podemos hacer de la persona que lo lleva a cabo. Porque el bien (o el mal) realizado no se hace nunca a pesar de lo que somos, sino con todo aquello que nos constituye. De tal manera que una ayuda de cualquier tipo que pretenda ser genuina, sana, libre y discreta necesitará de suficiente lucidez, por parte de quien la ejecuta, acerca de su propio mundo interior. En otras palabras, resultará imprescindible conocer de alguna manera cómo estamos, cómo nos sentimos. Esto implica un sincero examen que trate de aclarar los deseos personales, las motivaciones, hábitos, tendencias, inclinaciones, criterios, pensamientos, argumentos, intenciones...

Pero, siendo así, lo que no parece en modo alguno saludable sería caer en la permanente obsesión del *cómo estoy*. Quiero decir, en la preocupación compulsiva con respecto a cómo me encuentro, cómo me siento, cómo me noto, cómo me percibo, qué es lo que experimento dentro de mí. Del mismo modo que solemos estar bastante alerta para no caer en compulsiones pseudoadolescentes a la acción (que nos colocan en activismos encubridores de necesidades y angustias no siempre bien resueltas), una prevención parecida debería despertárenos ante la pregunta constante acerca de si estoy bien o no.

Este tipo de funcionamientos tan excesivamente encadenados en el *cómo-me-siento* pueden constituir un caldo de cultivo propicio para propuestas que, en el fondo, penalizan el estar mal o el sentir dificultad. Planteamientos que sostienen sutilmente que “está mal sentirse mal”; que con algún sencillo remedio y un poco de voluntad “no debieras sentirte nunca mal”. O peor todavía: que si te sientes mal es “por tu culpa, pues un buen cristiano está siempre alegre y jamás pierde los motivos para sonreír”. Todos estos preceptos basados en buenismos artificiales –y disimuladamente egocéntricos– potencian imposturas tremendamente dañinas, que no brotan de la realidad de las cosas y que causan en muchos un enorme dolor.

5. Hacer el bien es el verdadero mandato transgresor

Los desvelos desmesurados por sentirse bien, que se alimentan en ocasiones de bucles interminables de *hiperautoobservación*, pueden atraparnos en una especie de cárcel interior con plomizos barrotes que nos apartan de otra dimensión crucial: la capacidad de hacer el bien, el *bienhacer*. Y, sin embargo, me parece que andamos ya en riesgo de empalagarnos de este discurso –omnipresente– absorto en el estar bien. Intentamos buscar con ansia el bienestar, pero, al mismo tiempo, acabamos por aborrecerlo porque, sin saciarnos, resulta que nos empacha.

Por eso sigue habiendo un mandato –sostenido por una llamada– que es verdaderamente profético. Un discurso que, por estar enraizado en los dinamismos más profundos del ser humano, aparece siempre mucho más atractivo, más inspirador, más dinamizante, más provocador, más plenificante... más transgresor que cualquier otro. Es la llamada profética e impostergable a hacer el bien, que sigue siendo urgente e ineludible hoy para todos aquellos que quieran comprometer su vida en la misión del mismo Jesucristo: “Buscad, ante todo, el reino de Dios y su justicia; y lo demás se os dará por añadidura”⁶⁸.

Será tarea de cada uno concretar qué significa en supropiavida este *hacer-el-bien*, en función de las decisiones vitales tomadas y de los compromisos vocacionales adquiridos (que, por cierto, no lo olvidemos: tienen valor en sí mismos porque son eco de la llamada del Señor). Y será también reto personal de cada creyente ir aquilatando las motivaciones para que el bien que se hace sea gradualmente por mayor amor a Dios (como Él y con Él). Pero, en cualquier caso, sentir, conocer y cumplir la voluntad del Padre será lo que movilice todo nuestro ser. Responder –con obras y palabras– a la misión que se nos encomienda será lo que nos atrape por entero y nos saque del tedio, la desgana y la

⁶⁸ Mt 6, 33.

desafección. Porque desenrollará el envoltorio que recubre lo que creemos que somos y desplegará aquello que estamos llamados a ser y a hacer.

Entonces, podremos obrar el bien sin permanecer presos del sentirnos bien. Dicho de otro modo, podremos estar bien (o no), pero seremos capaces de poner nuestro centro en otro lugar: en la llamada a permanecer enraizados en Dios. Y es que en ese enraizamiento es donde se sostienen las dudas y los sufrimientos naturales del vivir. Porque, al agarrarnos a tal llamada, podremos confiar en el Dios que nos acompaña y nos envía así, tal y como somos; podremos descansar en la Verdad que nos sana y nos sostiene para aceptar las astillas incómodas de nuestro yo. En definitiva, seremos capaces de seguir adelante centrados no tanto en nuestro bienestar, sino en la misión por el Reino a la que nos convoca Cristo el Señor. Porque, para los creyentes, hacer el bien no es demostrar lo competentes que somos; es responder a un envío en el seguimiento del Hijo de Dios: “Esto es lo que os mando, que os améis unos a otros como yo os he amado”⁶⁹.

El planteamiento que aquí sugiero no pretende ser –no lo querría– un olvido, una negación, un escape, una evitación, una represión, una disociación, ni ningún otro tipo de defensa –más o menos sofisticada– ante el estado real del yo. Como he dicho anteriormente, la honestidad acerca de quién y cómo soy es imprescindible para cualquier persona que se determine a ayudar. Si quiere ser, en cambio, una llamada de atención para levantar la cabeza, liberarnos de la mirada umbilical –esa que queda prendada del propio ombligo– y no pensar que lo primero, lo único, lo fundamental... es nuestro propio bienestar.

No solo –ni siempre– hacemos el bien cuando estamos bien. Aunque, evidentemente, habremos de tener cicatrizadas con suficiencia nuestras propias heridas para que no nos ocurra que, intentando hacer el bien, al final hagamos el mal que no queremos hacer⁷⁰. O para que no nos pase como a Quirón, que podía curar a todos y a sí mismo no se podía curar. Ya dijimos que un nivel suficiente de conexión y conocimiento de nosotros mismos, de “amar lo que nos duele, lo que nos sangra bien adentro”⁷¹ –como diría **Dulce María Loynaz**–, es indispensable para hacer bien el bien.

Esto nos alejará de fantasías de falsa pureza e ilusiones de heroísmo que no se ajustan a la realidad. Pero sin esperar a estar (ni a ser) perfectos, pues entonces nunca empezaremos a amar. Una vez más, el centro debería ser el mismo: convertirnos en colaboradores – humildes y apasionados, eso sí– en la misión de liberación a la que somos impelidos cuando nos sentamos a mirar de cerca el corazón misericordioso del Señor. “El centro del mundo, donde se anudan y unifican todas las fuerzas y los hilos de la trama de la historia, es el corazón traspasado de Cristo”⁷², afirmará **Karl Rahner**.

6. Que nos inquiete no hacer el bien

“Lo nuestro es estar”, nos decimos muchas veces. Totalmente de acuerdo. Pero nuestro estar es un *estar-haciendo*; es decir, poniendo en juego nuestra voluntad, nuestro querer y previamente nuestro conocer la realidad, por supuesto. Nuestro ser se despliega en un hacer; lo que somos se desenvuelve –aunque no solo, es verdad– en lo que hacemos. Desde la fe, podemos decir que el nuestro es un *ser-en-misión*, un ser operante y actuante que se ejercita para conocer y poner en obra la voluntad de Dios. *Ser y estar* ni se discriminan ni se pueden excluir. Por tanto, cuidado con voluntarismos obsesivos que acaben indefectiblemente por estrangularnos y ante los que solemos estar bien escarmentados.

⁶⁹ Jn 15, 12.

⁷⁰ Cf. Rom 7, 19.

⁷¹ Dulce María Loynaz, *Amor es...*

⁷² Karl Rahner, *Meditaciones sobre los Ejercicios de San Ignacio*.

Pero cuidado también con quietismos ingenuos que contengan la falsa promesa de que un perfecto *saber-estar* nos colocará automáticamente, y sin más, cerca de Dios.

Eso sí, nuestro hacer deberá ser ordenado, discernido y descentrado. Ordenado hacia el bien que proclamamos, que es la colaboración en la misión de justicia y reconciliación que brota de la fe en Jesucristo. Discernido para no caer en trampas ni engaños que nos seduzcan vaporosamente “bajo apariencia de bien”⁷³. Descentrado en cuanto capaz de reconocer que Dios no deja de actuar cuando yo estoy en pasividad o en disminución. En resumen, deberá ser algo así como un *hacer en Aquel que hace en nosotros*. Alejado de cortocircuitos de un narcisismo espiritual que, por un lado, busque estar bien a toda costa; y, por otro, evite sistemáticamente el estar mal. Y retirado del masoquismo espiritual que alaba todo lo que cuesta y sospecha de todo aquello que hace disfrutar.

Así las cosas, ojalá a los creyentes nos inquiete más no hacer el bien querido por Dios que no estar siempre bien (lo que, por otro lado, sería una auténtica autotiranía vital). De hecho, algunas tristezas y agobios pueden ayudarnos a reconocer la falta de libertad, como le ocurrió al joven rico después de su conversación con Jesús⁷⁴. ¡Ojalá nos preocupe el *bienhacer* al menos tanto como nos preocupa el bienestar! Es una buena señal que nos desconcierte el bien que está aún por construirse, “porque evangelizar no es gloria para mí, sino necesidad. ¡Y ay de mí si no evangelizara!”⁷⁵.

Una vez más, si resulta ordenado, discernido y descentrado, este planteamiento no será una apelación devota al activismo compulsivo ni al pelagianismo autoculpabilizador. Porque no consistirá en hacer muchas cosas, ni siquiera quizás más cosas de las que ya solemos hacer (¡Jesús llega siempre antes que nosotros!). Se tratará, en cambio, de mudar el foco de lo que nos aparece como importante. Para que “un día descubramos la sorpresa infinita de que nos preocupa mucho más otra vida que la nuestra”⁷⁶.

Ojalá nos preguntemos más a menudo, también unos a otros y con mayor finura, si hacemos el bien... aunque en ocasiones duela. Y que sea eso igualmente lo que nos ayude a arrojar una mirada más completa sobre cada uno de nosotros y sobre el conjunto de nuestra existencia. Aunque venga la cruz. De hecho, “Dios mismo está trabajando en aquello que es una cruz para nosotros. Solo a través de la cruz llegamos a tener una cierta autenticidad y profundidad en la existencia. Nada es completamente serio a no ser que uno esté conforme a pagar este precio”⁷⁷.

En fin, “toda *aspiración a la perfección cristiana* no puede consistir en último término en otra cosa que en el amor de Dios y del prójimo, en el cumplimiento de aquel mandamiento grande y único, que por ello deja de ser propiamente mandamiento, porque su realización manda precisamente buscar a Dios y al prójimo, no a sí mismo y a su propia *perfección*”⁷⁸. Y así, ojalá que, “imaginando a Cristo nuestro Señor delante y puesto en cruz”, nos atrevamos a considerar con renovado fervor: ¿qué he hecho por Cristo?, ¿qué hago por Cristo?, ¿qué debo hacer por Cristo? Para que, siguiéndole en la pena, también le sigamos en la gloria⁷⁹. Porque no lo olvidemos: “Al ser el servicio desinteresado del amor al prójimo elemento integrante de esta antigua y siempre nueva tarea de todo cristiano, todo cristiano tiene una misión, un apostolado”⁸⁰.

⁷³ San Ignacio de Loyola, *Ejercicios Espirituales*, 10.

⁷⁴ Cf. Mc 10, 22.

⁷⁵ 1 Cor 9, 16.

⁷⁶ Miguel García-Baró, *La muerte, el amor y otros aprendizajes* (Universidad Pontificia Comillas, 2011).

⁷⁷ Yves Congar, OP, *Dialogue between Christians: Catholic contributions to ecumenism* (1966). Traducción del autor.

⁷⁸ Karl Rahner, SJ, “*Parrhesía*, sobre la virtud apostólica del cristiano” (1969), en *Escritos de Teología, Tomo VII*. Cursiva en el original.

⁷⁹ Cf. San Ignacio de Loyola, *Ejercicios Espirituales*, 53.

⁸⁰ Karl Rahner, SJ, “*Parrhesía*, sobre la virtud apostólica del cristiano” (1969), en *Escritos de Teología, Tomo VII*.

III. LA DEBILIDAD COMO TENTACIÓN

7. Las “tentaciones de María”

La tercera *categoría de propulsión* que se ha abierto paso de forma imperiosa en la conversación cotidiana, en el espacio público y en la reflexión eclesial es la *debilidad*. Y, junto a ella, nos vamos dotando de un discurso que recurre frecuentemente al amplio racimo de términos que recogen un estado de cierto desbordamiento y temor: fragilidad, fracturas, vulnerabilidad, costuras, flaquezas, pequeñez, limitación... De algún modo, todos podemos decir, si nos miramos con franqueza, que últimamente –y quizás con más densidad que en otros períodos– hemos experimentado la impotencia, el miedo, la incapacidad o la endeblez. Estamos transitando por *el tiempo de la debilidad*, muy distinto a otros momentos en los que ha podido predominar cierta sensación de valentía, importancia e incluso omnipotencia.

La debilidad percibida nos recuerda, sin duda, un dato teológico central: que los seres humanos somos criaturas; o, en otras palabras, que ninguno de nosotros somos el Creador. Y, así vivida, la propia debilidad nos coloca en el lugar que nos corresponde delante de Dios, por lo que puede convertirse en camino que nos acerque al único Señor de nuestras vidas. Pero, al mismo tiempo, me pregunto si no nos estaremos deslizando –sobre todo en entornos creyentes, una vez más– hacia atmósferas en las que la debilidad se ha podido convertir sibilinamente en tentación espiritual. Esto es, si no nos encontraremos faltos del necesariodiscernimiento acerca de lo que ahora nos representamos (en el plano religioso, no en su dimensión psicológica) como debilidad institucional, comunitaria o personal. Porque “Dios no nos ha dado un espíritu de cobardía, sino de fortaleza, de amor y de templanza”⁸¹.

Los evangelios sinópticos coinciden en narrarnos episodios de tentación al inicio de la vida pública de Jesús⁸². Estas son las tentaciones más conocidas y explícitas que encontramos en el Nuevo Testamento y podríamos denominarlas *tentaciones de la fortaleza*. Es decir, constituyen un reto continuo de discernimiento espiritual acerca de “qué hacer con la grandeza” personal: ¿usarla en beneficio propio?, ¿o permitir que el Señor la habite para que podamos cumplir enteramente su voluntad? En Jesús, su fortaleza deriva de la singular dignidad de ser el Hijo de Dios.

Pues bien, junto a estas tentaciones de Jesús, pareciera como si el evangelista **Lucas** nos dejara entrever también otro tipo de tentación; esta vez, al inicio de la “vida pública de **María**”, en la escena que conocemos como la anunciación del ángel **Gabriel**⁸³. A estas podríamos llamarlas *tentaciones de la debilidad*, pues la pregunta que late ahora de fondo es “qué hacer con la pequeñez” personal. Nuevamente: ¿usarla en propio beneficio?, ¿o dejar que se convierta en espacio en el que Dios nos dé la gracia que necesitamos para cumplir su voluntad? En María, su fragilidad es vientre capaz de gestar las obras grandes de Dios.

Pudiera dar la impresión, a primera vista, de que estas “tentaciones marianas” sean mucho más pacíficas y placenteras que las de Jesús: el diálogo con el ángel Gabriel, en lugar de la conversación con Satanás; el escenario hogareño de Nazaret, frente a lo inhóspito del desierto; la llamada a la alegría, y no la provocación con falsas expectativas; el anuncio de algo grande, en vez de la seducción del engaño... Sin embargo, podemos imaginar que en María también se dio una tremenda batalla interior: “Ella se turbó y

⁸¹ 2 Tim 1, 7.

⁸² Cf. Mt 4, 1-11; Mc 1, 12-13; Lc 4, 1-13.

⁸³ Cf. Lc 1, 26-38.

discurría qué clase de saludo era aquel”⁸⁴; o “¿cómo sucederá eso si no convivo con un varón?”⁸⁵.

8. La debilidad también puede ser trampa y disfraz

La debilidad brota en el discurso como una tentación de tipo espiritual, en mi opinión, cuando la miramos preferentemente en el espejo de nuestro yo ideal. Por eso nos tocará discernir, ya que el mal espíritu “nos combate y procura tomarnos” por allí “por donde nos halla más débiles y más necesitados”⁸⁶. En este sentido, podemos identificar tres señales de alarma que nos alertan de la deriva tramposa a la que, si nos descuidamos, es posible que nos conduzca el curso de los pensamientos sobre nuestra propia fragilidad. Las reconoceremos porque emergen cuando la debilidad adquiere las siguientes tres cualidades embusteras y enmascara otras tres tentaciones que ahora voy a intentar dilucidar.

- La primera señal de alarma es el surgimiento de una debilidad que **paraliza**; o, en otras palabras, que bloquea nuestra capacidad de respuesta y de acción. Y esta es tramposa porque disfraza una *tentación increyente*: la de enterrar entre nuestras pequeñeces la fortaleza de Dios. Es decir, la de considerar silenciosamente que nuestra debilidad tiene más peso que la fuerza del Resucitado (cuya misericordia se presenta a veces, es verdad, de forma misteriosa o escondida). Frente a ella, escuchamos muy distinta la palabra del ángel Gabriel: “¡Alégrate!, llena de gracia, el Señor está contigo”⁸⁷. A menudo se nos olvida que nuestra fe no es en nosotros, sino en Aquel que nos llama y que no se avergüenza ni de ti ni de mí. Con cierta frecuencia se nos escapa que no nos predicamos a nosotros mismos (en una especie de *autoanuncio* feroz), sino que anunciamos a Cristo crucificado, que es “fuerza y sabiduría de Dios para quienes han sido llamados”⁸⁸.
- La segunda de estas alertas es la aparición de una debilidad que **entristece** o desafecta; que nos “enflaquece el alma”, podemos decir, pues consiente el embuste y la mentira. Y es también tramposa porque camufla una *tentación narcisista*: la de arrinconarnos pegajosamente, una vez más, en el escondite de nuestro propio yo (“lo que soy”, “lo que siento”, “lo que puedo”, “lo que tengo”, “lo que valgo”, “lo que sé”...). Todos somos capaces de encontrar mil y una palabras para decirnos nuestras debilidades –e incluso para regodearnos en ellas–: inseguridades, miedos, obsesiones, complejos, frustraciones, dificultades, manías, heridas, tibiezas... Mil y una palabras que, por otra parte, ya nos sabemos de sobra y –probablemente– de siempre. Pues, de vez en cuando, merece la pena enrollar los sudarios con los que nos envolvemos la cabeza y dejarlos en el suelo, en un lugar un poco apartado⁸⁹, para que no nos ocupen tanto espacio vital. Y para que no nos resequen, en el mejor de los casos, hasta apoltronarnos en una esterilizante *pastoral del mundo interior*.
- El último de estos indicadores de riesgo es el florecimiento de una debilidad que **excusa**; dicho de otra manera, que nos justifica con “razones aparentes, sutilezas y falacias”⁹⁰, como diría san Ignacio de Loyola. Una concepción tal de la debilidad puede devenir en tentación cuando funciona a modo de escudo para amortiguar la severidad de nuestra autoimagen ideal. Y entonces acabará por encubrir lo que, más bien, es pereza, abandono, vagancia, frialdad, negligencia, falta de creatividad o mera dejadez. Claro que hay que acoger la debilidad y no exigirnos imposibles; de esto no cabe duda. Claro que

⁸⁴ Lc 1, 29.

⁸⁵ Lc 1, 34.

⁸⁶ San Ignacio de Loyola, *Ejercicios Espirituales*, 327.

⁸⁷ Lc 1, 28.

⁸⁸ 1 Cor 1, 23-24.

⁸⁹ Cf. Jn 20, 7.

⁹⁰ San Ignacio de Loyola, *Ejercicios Espirituales*, 329.

Dios hace obras grandes en cada ser humano contando con nuestra debilidad; menos duda aún. Pero habremos de tener cuidado para no deleitarnos y dar demasiada voz a autodiscursos de una debilidad que, en realidad, trata de mendigar la validación de lo que hacemos (o dejamos sin hacer) mediante la treta de inspirar lástima a los demás. Porque, como ahora mismo veremos, la debilidad cristiana es siempre para cumplir la voluntad de Dios.

9. La debilidad cristiana

Frente a esa debilidad que hemos intentado caracterizar como trampa, disfraz y tentación espiritual, existe también otravivenciade la fragilidad que constituye una verdadera experiencia de fe. Esta sucede cuando la propia pequeñez se mira y se vive, en primer plano, delante de Dios. En resumen, la debilidad religiosamente ordenada será aquella que nos conduzca a recibir la gracia de vivirnos pequeños y, al mismo tiempo, confiados en un Padre bueno que es quien lleva adelante el Reino de Dios. Será, en fin, una debilidad que cumpla la siguiente triple característica preposicional.

- En primer lugar, habrá de ser una debilidad **desde Dios**. En ella podemos recibirnos en verdad como criaturas que se entienden a partir de la mirada misericordiosa y primera del Señor. Entonces, nuestros límites encontrarán su descanso humilde y natural en la omnipotencia del Salvador. Y, así, lo definitivo ya no consistirá en interrogarnos acerca de “quién soy yo”, sino en la búsqueda sincera con respecto a “quién es Dios”⁹¹. Porque la salida creyente del callejón de la pequeñez no es preguntarse obsesivamente “qué hago yo con mi debilidad”, o “cómo me la puedo quitar de encima yo”. La pregunta es otra y va dirigida al Señor: “¿Cómo harás tú que suceda eso?”⁹².

- En segundo lugar, tendrá que ser una debilidad **en Dios**. Es decir, en su fortaleza, pues de este modo resultará posible situar nuestros zarandeos dentro del plan salvífico de Dios y convertirlos en oportunidades de vivir arraigados en la verdad, la valentía y la lucidez. Y es que, al final, nuestras flaquezas solo encuentran su verdadero lugar en la fortaleza de Dios, que es siempre más grande que cualquiera de aquellas. Complacernos –no regodearnos– en nuestras debilidades solo tiene sentido cuando en ellas se manifiesta la fortaleza de Dios, que es adonde remiten⁹³. Entonces, tendremos que decidir si estamos dispuestos a creernos de verdad la promesa rotunda del ángel: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra”⁹⁴.

- En último lugar, resultará ser una debilidad **para Dios**. Desde la fe en el Señor que guía la historia, la nuestra es siempre una *debilidad para*: que no se convierte en beneficio personal, sino que se erige en condición de posibilidad para encarnar en la vida la voluntad de Dios. Y, todavía más, es siempre una *debilidad habitada*: que nos empuja a reconocernos lo suficientementefrágiles como para que el Señor pueda cumplir en nosotros enteramente su plan. Será en medio de esta lucha espiritual que comporta la pequeñez –“aquí está la esclava del Señor...”– donde se abra paso con fecundidad la respuesta radical a la voluntad de Dios –“...que se cumpla en mí tu palabra”⁹⁵–. En definitiva: débiles, sí; pero para cumplir su voluntad.

⁹¹ Cf. San Ignacio de Loyola, *Ejercicios Espirituales*, 48-49.

⁹² Lc 1, 34.

⁹³ Cf. 2 Cor 12, 10.

⁹⁴ Lc 1, 35.

⁹⁵ Lc 1, 38.



HISTORIAS DE PROBADA JUVENTUD

Abrimos caminos

Comentario al lema de
la campaña pastoral 2022-2023

Si nuestra historia no ha generado **“apasionados por la vida”** tendremos que repensarla. Vivir sin pasión es estar ausentes, soñar sin protagonistas, ignorar que a la noche le sigue el día... En el camino nacen las pasiones y los apasionados por la vida. Por eso este curso, **“ABRIMOS CAMINOS”**, vamos a hacernos expertos en los caminos de la vida. **Abrimos caminos** para crecer como personas, para fortalecer nuestras comunidades y para encontrarnos con el Dios de todos los caminos.

Abrimos caminos hacia dentro en un inesperado descubrimiento que crea sorpresas y regala alegrías. Este encuentro con uno mismo se ha de realizar teniendo por base el optimismo y la esperanza. Todo es posible en el regalo que se nos entrega cada día.

Abrimos caminos hacia los demás con el compromiso de construir fraternidad. Intuimos que este mundo desconcertante se decanta por favorecer tiempos, espacios y personas que nos ayuden a convivir como grupo, como Comunidad Educativa, como quien intuye que hay que seguir soñando...

Abrimos caminos hacia Dios compartiendo la experiencia de sentirnos llamados a vivir la gratuidad, a celebrar que somos queridos por Dios, a orar al Padre con todos los hermanos que caminan, unidos de la mano.

Señalamos que este triple panorama no es progresivo, ni está marcado por la acentuación de un aspecto sobre otro. Constituye un movimiento o eje transversal: siempre, al mismo tiempo, consciente o inconscientemente, **abrimos caminos** hacia dentro, hacia los demás y hacia Dios. Cada gesto vital que realizamos se inserta en este triple modo de caminar.

Nos pasamos la vida entera buscando caminos, ensayando posibilidades y soñando proyectos. Así, hasta que llega el día en que nos damos cuenta de que es el camino el que nos busca a

nosotros. Hay que experimentar que nosotros mismos somos el camino, que caminar es vivir, solo vivir. Y que la vida nos ofrece lo necesario para seguir el camino en el que Dios se nos da a conocer.

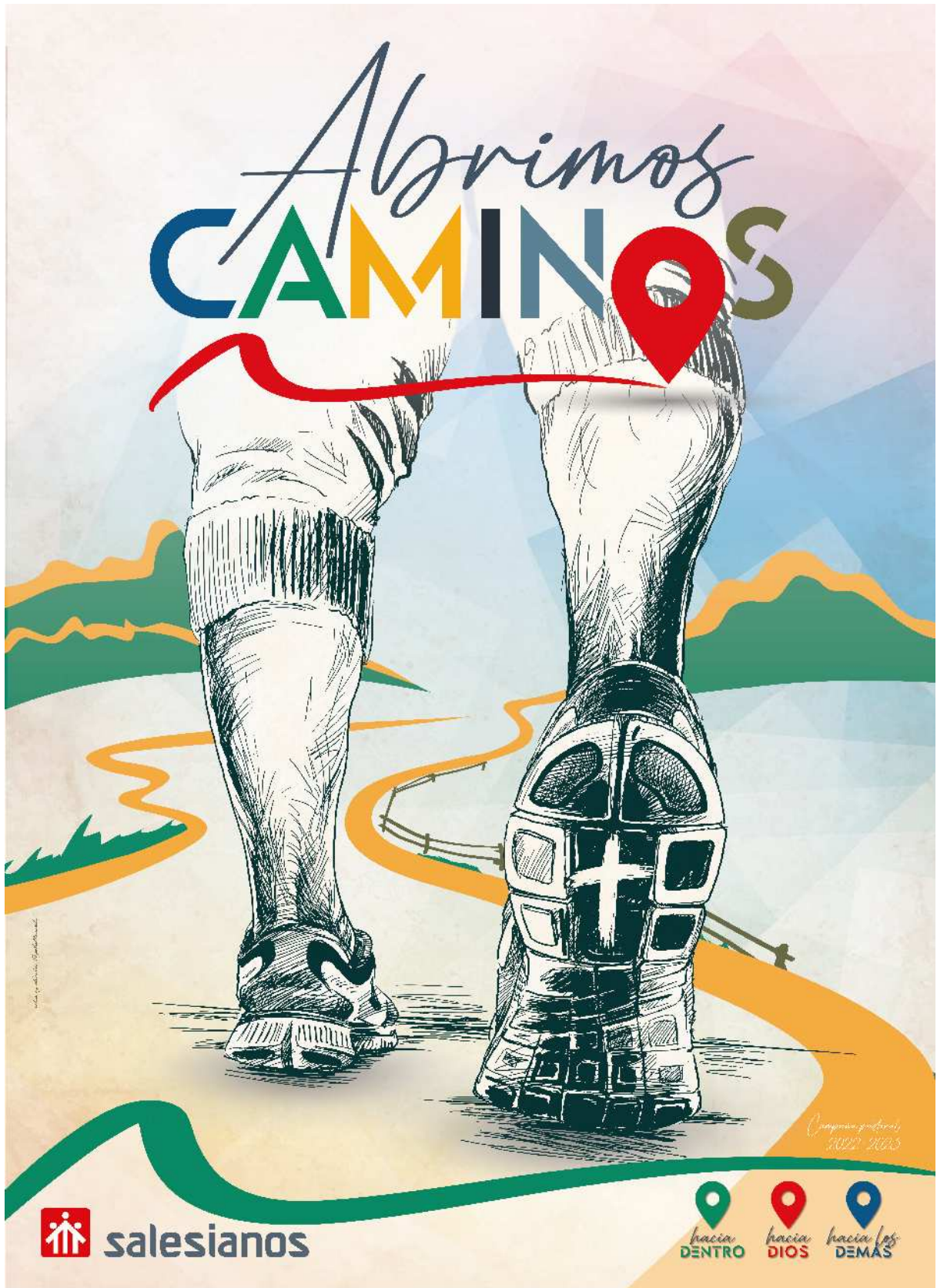
Si **abrimos caminos**, nos vendrá a la mente aquello de “yo soy el camino y la verdad y la vida” (Jn 14,6). Es hora de constatar que el camino, la verdad y la vida son la misma realidad, que el camino nos hace, que la verdad mora en el centro de la vida y que la vida es siempre camino. Ya decía la canción que “la meta es estar en camino”.

El curso 2022–2023 nos llama a descubrir nuestra realidad de caminantes, de peregrinos. **ABRIMOS CAMINOS**, porque vivimos, porque la vida, en todas sus dimensiones, es un camino. ¡Siempre en camino!

Esta, tal vez, no sea una **historia de probada juventud** sino una historia para probar nuestra juventud.

Isidro Lozano

Abriremos CAMINOS



salesianos


hacia
DENTRO


hacia
DIOS


hacia los
DEMÁS

*Campaña gráfica
2022-2023*